CIRCULO DEL CRIMEN

LA BANDA DE LOS MUSULMANES

CHESTER HIMES

EDICIONES FORUM

Nº 34

Un hombre blanco en un club de negros en Harlem es atacado, perseguido y asesinado en la calle. Cuando Grave Digger Jones y Coffin Ed Johnson llegan a la escena del crimen, la resolución del caso parece sencilla, pero todo se va complicando: Coffin Ed mata a un miembro de la banda de los Musulmanes, a la que pertenece su hija, y el sospechoso principal se escapa, pero cuando encuentran su arma resulta que es de fogueo. Entonces, ¿quién ha matado al hombre blanco en Harlem?



Chester Himes

La banda de los Musulmanes

«Sepulturero» Jones & «Ataúd» Johnson - 02

ePub r1.2
Titivillus 03.02.15

Título original: *The Real Cool Killers*
Chester Himes, 1959
Traducción: Axel Alonso Valle

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Nota a la traducción

La traducción de una obra de Chester Himes siempre resulta complicada. La comunidad negra o «afroamericana» de los Estados Unidos, a la cual pertenecía el autor, posee unos rasgos culturales propios respecto del conjunto mayoritario de la sociedad americana «blanca». Las novelas de Chester Himes, al estar fuertemente enraizadas en sus experiencias vitales y el entorno en el que éstas se desarrollaron, beben también en gran medida de ese trasfondo cultural, lo que dificulta su comprensión por parte de aquellos lectores que no estén familiarizados con él. Para conseguir trasladar con éxito el Harlem novelesco que habitan Grave Digger y Coffin Ed a la cultura española y su idioma, es totalmente necesario llevar a cabo una serie de adaptaciones y cambios que creemos conveniente explicar.

En primer lugar, una gran parte de los personajes de Chester Himes pertenecientes a la comunidad negra no habla inglés americano estándar, sino una variante dialectal conocida como *Black English* que probablemente tuvo su origen en una lengua criolla entroncada con el portugués y hablada por los esclavos negros que llegaron de África. Esta lengua, en contacto con el inglés, iría evolucionando y adaptándose hasta convertirse en lo que es hoy día. No se trata pues de una versión degradada del inglés americano, sino de una lengua distinta que ha evolucionado de manera paralela a él y cuya mayor influencia en su forma actual es dicho idioma. Sin embargo, la percepción que la sociedad «blanca» estadounidense ha tenido tradicionalmente de este dialecto es que se trata de un inglés «mal hablado», repleto de errores gramaticales y con una pronunciación «vulgar» e incorrecta. El que la mayoría de sus hablantes haya vivido en

la pobreza y la marginalidad durante cientos de años no ha contribuido naturalmente a que dicha percepción cambiara hasta hace relativamente poco, cuando los lingüistas comenzaron a llevar a cabo estudios serios sobre el *Black English* y sus orígenes.

Dada la imposibilidad de trasladar directamente al castellano los rasgos lingüísticos del *Black English*, entre los cuales están unas características gramaticales propias y un argot que sirve para reafirmar la identidad de la comunidad negra en una sociedad blanca, se ha optado por adaptar el dialecto atendiendo a la impresión que su uso provoca en los personajes (blancos en su mayoría) hablantes de inglés estándar. Por lo tanto, los diálogos de los personajes negros de Harlem de estrato social más bajo, que son aquellos en los que los rasgos del *Black English* se encuentran más patentes, se han traducido de modo que el lector tenga la impresión de que utilizan un lenguaje vulgar e inculto, recurriendo para ello a una escritura fonética que no sigue necesariamente las normas ortográficas y gramaticales del castellano (utilización de apóstrofos para unir palabras, acentuación de monosílabos, etc.) pero que busca la comprensión del mensaje por parte del lector de manera rápida y sencilla. Aquellos negros que han conseguido integrarse hasta cierto punto en la sociedad blanca, como Grave Digger y Coffin Ed, no utilizan este dialecto (salvo quizás algún elemento de su argot) y hablan un inglés totalmente estándar, razón por la cual sus diálogos han sido traducidos normalmente al castellano. También encontramos en esta novela el caso de la élite social de Harlem: aquellos que a pesar de vivir en el gueto han conseguido salir de la pobreza y la marginalidad gracias a actividades lucrativas en muchos casos ilegales, como el juego o el proxenetismo. Personajes como Johnny, Dulcy o Mamie Pullen conservan en su forma de hablar algunos rasgos propios del *Black English*, sin llegar a tener la presencia que manifiesta en los habitantes más desfavorecidos de Harlem. En este caso se ha optado por traducir su forma de hablar con un castellano ajustado también a la norma dado que se ha considerado que la utilización por su parte de elementos del habla de la población marginal del gueto no contribuiría a representar el estatus social del que disfrutan dentro de éste. Se ha procurado mantener no obstante el uso

del vocabulario coloquial o incluso vulgar del mundo del hampa en el que se mueven.

La jerga habitual utilizada por los hablantes del *Black English* más puro está relacionada con el entorno del gueto. No es de extrañar por tanto que buena parte de ése vocabulario del que se nutre haga referencia a conceptos pertenecientes al mundo del crimen, las drogas, el sexo y otros aspectos de la vida marginal, pero también existe una gran variedad de palabras vinculadas al ámbito de la música, tan importante dentro de la comunidad negra. Abundan también los términos despreciativos referidos a los blancos, en un número tan amplio como los utilizados por éstos para referirse a los negros.

En la traducción de este argot negro se ha procurado buscar equivalentes en castellano que posean aproximadamente el mismo significado que los términos originales. No obstante, debido a la complejidad de estos últimos y a las diferencias culturales, es inevitable que parte del significado se pierda en el proceso. En el caso de la jerga criminal y de la calle en general, la correspondencia ha sido en muchos casos más sencilla, recurriendo a la utilización de palabras españolas que denotan la misma realidad. No se ha creído necesaria la inclusión de un glosario ni de notas al pie que clarifiquen estos términos, por considerar que el lector medio español está relativamente familiarizado con ellos o porque su significado es fácilmente deducible del contexto.

Por último, queremos justificar la decisión de no traducir los apodos de los personajes en el texto de la novela, entre ellos los de los dos detectives protagonistas, Grave Digger Jones y Coffin Ed Johnson. Las razones que han llevado a ella han sido principalmente dos: el deseo de mantener el «sabor» típicamente americano del escenario y la complejidad que encierra encontrar equivalentes para muchos de los apodos si no quiere uno desviarse demasiado del significado original. No obstante, se han introducido notas al pie en el texto explicando su significado allí donde se ha creído necesario para poder entender ciertas alusiones a dichos apodos. Se han incluido también otras notas al pie para aclarar algunas referencias culturales del relato, aunque se ha procurado mantener su número al mínimo para no entorpecer demasiado la lectura.

Con objeto de mejorar la comprensión de la novela por parte del lector, ofrecemos aquí una lista de los apodos que aparecen en ella junto con una traducción aproximada de sus significados.

Grave Digger Jones	*Sepulturero* Jones
Coffin Ed Johnson	*Ataúd* Ed Johnson
Big Smiley	*Grandullón Sonriente*
Big Henry	*Gran* Henry
Sheik	*Jeque* (Con la connotación de atractivo, galán, por las películas de Rodolfo Valentino)
Choo-Choo	*Chuchú* (onomatopeya del sonido del tren; posiblemente p asociación entre el humo que suelta la locomotora y el que suelta Chuchú al fumar marihuana)
Inky	*Manchado de Tinta*
«Smokey»	*Ahumado*
Bad-eye	*Ojo Pocho*
Bones	*Huesos*
Sugartit	*Peritas* (un sugartit, literalmente «teta de azúcar», era un

	paño húmedo relleno de azúcar que se utilizaba para calm a los bebés antes de la invención del chupete; aquí hace referencia al pecho de la chica)
Rubberlips Wilson	*Labios de Goma* Wilson
Lowtop Brown	*¿Deportivas Bajas?* Brown (falta más información sobre el personaje)
Poor Boy	*Chico Pobre*
Burrhead	*Cabeza de Erizo* (en referencia seguramente al pelo corto tieso del personaje)
Sheba	*Saba* (por la película La reina de Saba; referido a una muj atractiva)
Ready Belcher	*Figurín Belcher* (en referencia a que siempre viste a la última)
Good Booty	*Buen Trasero*
Honey Bee	*Abeja*
Camel Mouth	*Hocico de Camello*
Beau Baby	*Niño Guapo*
Punkin Head	*Cabeza de Calabaza*
Slow Motion	*Cámara Lenta*
Four-Four Row	*Fila Cuatro-Cuatro*

Para más información sobre las características del *Black English* y consejos para su traducción, remitimos al artículo: M. MATEO MARTÍNEZ-BARTOLOMÉ, «La traducción del *Black English* y el argot norteamericano», *Revista Alicantina de Estudios Ingleses* 3, 1990, pp. 97-106.

Axel Alonso Valle

Prólogo

Bienvenidos al baile de esta noche. La orquesta ya ha empezado a tocar y todos saltan a la pista para contonearse al ritmo de la música, de ese *jazz* cálido y sensual que flota en el ambiente como un perfume cuya fragancia indujera al pecado. La canción resulta conocida para los habitantes de Harlem, el gueto negro por antonomasia de la Nueva York del siglo pasado. El «renacimiento» artístico que llenara Harlem de músicos, escritores y otros artistas negros treinta años antes queda muy lejano para los «harlemitas» de los años cincuenta, y ya sólo en el recuerdo de aquella época célebre y en la penumbra neblinosa de los clubes pueden encontrar el solaz de la nostalgia. Sin embargo, en las calles ruidosas, en las casas ruinosas, la realidad les abofetea de forma insistente hasta hacerles despertar de su ensoñación. Pero una y otra vez, cada noche, tratan de embriagarse de música, alcohol o placeres más carnales, para escapar, aunque sólo sea por un instante, de la cárcel sin barrotes que América, la supuesta tierra de las oportunidades, ha construido para ellos.

Harlem baila cada noche en el ciclo homónimo de novelas negras de Chester Himes. Pero siempre se trata de un baile de máscaras, donde nada ni nadie es lo que parece, donde todos ocultan la verdad; un baile al que los blancos nunca están invitados, pero al cual insisten en acudir, en busca del exotismo de lo prohibido. Y cuando eso ocurre, inevitablemente, surgen los problemas.

Grave Digger (*Sepulturero*) Jones y Coffin Ed (*Ataúd*) Johnson son los protagonistas de este Ciclo de Harlem, dos detectives negros

en un Departamento de Policía blanco que no entiende ni quiere entender qué ocurre dentro de los invisibles límites del barrio. Pero cuando un hombre blanco muere en el barrio, el deber llama, y la Policía irrumpe para detener al asesino. Sin embargo, en el laberinto de asfalto y ladrillo que sirve de escenario a este baile de máscaras de ébano, Grave Digger y Coffin Ed son los únicos capaces de encontrarlo. Armados con sus niqueladas y legendarias Colts, montados en su abollado sedán negro, recorrerán las calles de Harlem palmo a palmo, visitando clubes de *jazz*, burdeles y casas de juego clandestinas, abriéndose camino a golpes si es necesario, hasta desenmascararlo.

Sepulturero y *Ataúd* son una suerte de mediadores entre el Harlem de ficción de Himes y el resto del mundo. No sólo para los lectores, para quienes ejercen de guías, sino también para los propios personajes. El hombre blanco es incapaz de entender cómo piensan y actúan los habitantes de Harlem, que tienen su propio lenguaje, su propia cultura y su propia justicia, impartida generalmente mediante la navaja y la pistola; es incapaz de ver a través de las máscaras con las que se ocultan y protegen. Grave Digger y Coffin Ed no sólo entienden ese lenguaje, sino que también saben cómo piensan, huelen sus mentiras y sus penetrantes miradas son capaces de traspasar cualquier máscara. No tienen además remordimiento alguno en utilizar la fuerza para extraer la verdad; como dice el teniente Anderson, superior directo de ambos detectives en la novela: «Tienes que ser duro para ser un policía de color en Harlem. Lamentablemente, la gente de color no respeta a los policías de color a menos que sean duros». Por todo esto, Grave Digger y Coffin Ed tienen un estatus legendario entre los harlemitas. Todos los conocen y saben de lo que son capaces. Son «los jefes». Y sus potentes revólveres, capaces de matar una roca y después enterrarla, son casi tan legendarias como ellos mismos.

La banda de los Musulmanes es la segunda novela del ciclo después de *Por amor a Imabelle*, en la que Chester Himes presenta a su pareja de detectives y desfigura a uno de ellos haciendo que un

estafador le tire un vaso de ácido a la cara. Quién le iba a decir a él, tras sus constantes esfuerzos por que América le aceptara primero como un escritor negro, luego como un autor de literatura «seria», que la fama le llegaría escribiendo novelas *pulp* de detectives en Francia, adonde emigró en 1953 en un intento de escapar del racismo asfixiante de su país de origen. Nacido en Misuri en 1909 en una de las pocas familias negras de clase media de la época, desde su más tierna infancia el «Problema Negro» de Estados Unidos se convirtió en una obsesión para él. Después de múltiples traslados familiares por todo el país, sus estudios universitarios en Ohio se vieron arruinados por su relación con el alcohol, la prostitución y las malas compañías, relación alentada por el desasosiego que le producía una situación familiar rota, el racismo de la sociedad blanca y la sensación de no encajar en ninguna parte. Ingresó en prisión en 1928 por un robo de joyas, y salió en libertad condicional siete años después. Fue durante su estancia en la cárcel cuando comenzó a escribir, inicialmente relatos cortos que fueron publicados en la prestigiosa revista *Esquire*. Estos relatos primerizos, inspirados en su experiencia vital e influidos por la lectura de revistas como *Black Mask*, ya dan buena muestra de los temas que se convertirían en el centro de su obra: el problema racial negro, el sexo interracial, la violencia y la frustración de vivir en una sociedad que ofrece verbalmente la libertad y que luego, en la práctica, la niega. Tras su salida de prisión, Himes recorrió EEUU durante casi dos décadas en busca de algún sitio al que llamar hogar, persiguiendo su recién descubierta pasión por la escritura al tiempo que aceptaba cualquier trabajo menor y pedía dinero a familiares y amigos para aliviar su siempre precaria situación económica. A principios de los cincuenta, decidió que ya no soportaba seguir viviendo en América y partió hacia París, donde otros escritores negros expatriados, como Richard Wright, ya residían y le animaron a seguir su ejemplo.

Chester Himes logró subsistir en sus primeros años de autoexilio en Europa gracias al interés (moderado) existente en Francia por sus obras anteriores. El comienzo de la escritura del Ciclo de Harlem se

produjo a sugerencia del editor francés Marcel Duhamel, que había traducido su ópera prima *Si grita, suéltale* para el mercado francés y que después pasó a dirigir la colección «La Série Noire» en la editorial Gallimard, colección dedicada a la publicación de novela negra de corte americano. A pesar de la reticencia inicial de Himes a escribir este tipo de novelas, consideradas literatura «barata» de consumo, sus constantes problemas económicos le hicieron aceptar finalmente la propuesta. Irónicamente, fueron precisamente estas novelas y su pareja de detectives protagonistas las que le darían el reconocimiento del público, primero en Francia y otros países europeos y, bastante más tarde, en su Estados Unidos natal. Tras vivir en distintos puntos del Viejo Mundo, finalmente se asentaría en Moraira, Alicante, junto a su última mujer, Lesley. Allí moriría en 1984 tras una horrible década de deterioro progresivo de su salud que acabaría por condenarle a una silla de ruedas y a una parálisis absoluta. Sus últimas obras publicadas serían los dos volúmenes de su autobiografía y la novena y última novela inacabada del Ciclo de Harlem, *Plan B*, reconstruida a partir de borradores y sinopsis detalladas del propio Himes.

Pero mucho antes de eso, en 1958, Himes recibía el Grand Prix de Literature Policielle francés por la primera novela de la serie, y su estatus como autor de culto comenzaba a gestarse. Las páginas de *La banda de los Musulmanes* destilan la atmósfera decadente, la violencia y el humor negro que le hicieron famoso y que tanto influyeron a decenas de escritores posteriores. En ellas, el odio se manifiesta de manera tan palpable (odio del blanco hacia el negro, del negro hacia el blanco, del negro hacia sí mismo por su miedo del blanco) que casi se diría que es un personaje más. Y en medio de esta vorágine de violencia, mentiras y falsas apariencias, en este baile de máscaras grotescas, dos detectives tratan de mantener el orden y de encontrar a un asesino, porque es por lo que les pagan y lo que han jurado hacer.

La banda de los Musulmanes

1

Estoy bajando pa'l río,
y allí me sentaré n'el suelo.
Si la tristeza de mí s'apodera,
al agua'rrojaré mis huesos…

Big Joe Turner estaba cantando una adaptación *rock-and-roll* de *Dink's Blues*. El ritmo fuerte y melódico surgía de la máquina de discos con suficiente energía como para derretir el hueso.

Una mujer saltó de su asiento frente a una mesa como si la música la hubiera pinchado con chinchetas. Era una mujer negra y delgada con un vestido de punto rosa y medias rojas de seda. Se subió la falda y empezó a bailar con ímpetu como si estuviera intentando sacudirse las chinchetas una a una.

Su ánimo resultaba contagioso. Otras mujeres se bajaron de un salto de sus altos taburetes y se unieron al baile. Los clientes se rieron y dieron voces, y comenzaron también a moverse. El pasillo entre la barra y las mesas se convirtió en una tormenta de cuerpos en movimiento.

Big Smiley, el gigantesco barman, empezó a recorrerse la barra de un lado a otro arrastrando los pies como si fuera una locomotora.

Los clientes de color del Dew Drop Inn de Harlem, entre la calle 129 y Lenox Avenue, se estaban divirtiendo como nunca esa fría y despejada noche de octubre.

Un hombre blanco que estaba de pie cerca de la mitad de la barra los miraba con una diversión cargada de cinismo. Era la única

persona blanca presente.

Era un hombre corpulento, de más de metro ochenta de altura, vestido con un traje de franela gris oscuro, camisa blanca y corbata de color rojo sangre. Tenía el rostro amarillento, de facciones amplias y con la piel manchada de la disipación. Tenía el abundante cabello negro salpicado de canas. Sostenía la colilla de un puro consumido entre los dos primeros dedos de la mano izquierda. En el tercero había un sello. Aparentaba unos cuarenta años.

Las mujeres de color parecían estar bailando exclusivamente para su diversión. Un ligero rubor se extendía por su rostro amarillento.

La música paró.

Una voz fuerte y áspera dijo amenazadora por encima de las jadeantes risas:

—M'apetece rajarle'l cuello a algún blanco hijoputa.

Las risas pararon. La sala se quedó súbitamente en silencio.

El hombre que había hablado era un peso galio bajito y escuálido de cuello cuarteado cuyos días de boxeador habían quedado veinte años atrás y que lucía una barba gris de varios días tiñendo su áspera y negra piel. Llevaba un estropeado bombín negro que se había vuelto verduzco con los años, un chaquetón a cuadros andrajoso y un peto vaquero azul.

Sus ojos pequeños y llenos de furia estaban rojos como carbones ardientes. Avanzó airado y con pasos rígidos hacia el hombretón blanco, empuñando una navaja semiautomática en su mano derecha con la hoja extendida y pegada a la tela de la pernera.

El hombretón blanco se giró hacia él, con aspecto de no saber si reír o enfadarse. Su mano se movió con aire despreocupado hacia el pesado cenicero de vidrio que había sobre la barra.

—Cálmate, hombrecillo, y nadie saldrá herido —dijo.

El hombrecillo de la navaja se detuvo a dos pasos de él y dijo:

—Si pillo algún blanco hijoputa aquí'n mi lao de la ciudá intentando jugá con mis nenitas voy a rajarle'l cuello.

—Menuda idea —contestó el hombre blanco—. Soy representante comercial. Vendo esa King Cola tan buena que tanto os gusta por aquí. Sólo me he dejado caer para apoyar a mis clientes.

Big Smiley se acercó y apoyó sus masivos puños sobre la barra.

—Mira'quí, tío duro —le soltó al hombrecillo—. No trates d'asustá a mis clientes sólo porque seas má grande que'llos.

—No quiere hacerle daño a nadie —dijo el hombretón blanco—. Sólo quiere un poco de King Cola para relajarse. Dale una botella de King Cola.

El hombrecillo de la navaja le soltó un tajo al cuello que le cortó limpiamente la corbata roja justo por debajo del nudo.

El hombretón dio un brinco hacia atrás. Se golpeó el codo con el borde de la barra y el cenicero que había estado sujetando salió volando de su mano hasta estrellarse contra la repisa de vasos de vino que decoraba el fondo de la barra.

El estrépito le hizo dar otro brinco hacia atrás. Su segundo acto reflejo siguió tan rápidamente al primero que esquivó el segundo navajazo sin verlo siquiera. Lo que le quedaba del nudo de la corbata se partió por el medio y se abrió como una herida sangrante sobre el blanco cuello de la camisa.

—¡… cortao'l cuello! —gritó una voz con la misma excitación que si hubiera cantado un *home run*.

Big Smiley se inclinó sobre la barra y agarró al hombrecillo de ojos enrojecidos por las solapas del chaquetón, levantándolo del suelo.

—Dame'l pincho, enano, antes de que te lo haga comé —dijo lentamente, sonriendo como si estuviera de broma.

El hombre de la navaja se revolvió y le sajó el brazo. La tela blanca de la manga de su chaqueta reventó como un globo y los músculos de su negra piel se abrieron como el mar Rojo.

La sangre salió a chorros.

Big Smiley se miró el brazo cortado. Todavía sujetaba al hombre de la navaja en el aire por el cuello de su chaquetón. Podía verse la

sorpresa en sus ojos. Las aletas de su nariz se hincharon.

—M'has rajao, ¿eh? —dijo. Su voz reflejaba incredulidad.

—Te voy a rajá otra vé —respondió el hombrecillo, revolviéndose en su presa.

Big Smiley le soltó como si de pronto quemara.

El hombrecillo dio un bote en el suelo y le soltó un navajazo en la cara a Big Smiley.

Big Smiley se echó hacia atrás y metió la mano derecha bajo la barra. Encontró un hacha corta de bombero. Tenía el mango rojo y una hoja muy afilada.

El hombrecillo dio un salto y lanzó un nuevo tajo hacia Big Smiley, enfrentando su navaja al hacha de él.

Big Smiley respondió con un golpe cruzado hacia la derecha con el hacha de mango rojo. La hoja encontró el brazo del hombre de la navaja a la mitad de su trayectoria y lo seccionó justo por debajo del codo como si hubiera sido guillotinado.

El brazo cortado, con la navaja aún agarrada, voló por los aires dentro de la manga del chaquetón, salpicando de gotas de sangre a los espectadores cercanos, aterrizó sobre el suelo de baldosas de linóleo y se deslizó bajo una mesa.

El hombrecillo cayó de pie, soltando todavía navajazos al aire con su medio brazo. Estaba demasiado borracho para darse cuenta de que le habían alcanzado de lleno. Vio que le habían tajado la parte inferior del brazo; vio a Big Smiley echando hacia atrás el hacha de mango rojo. Pensó que iba a darle otro hachazo.

—¡'Spera, bigardo hijoputa, qu'encuentre mi brazo! —chilló—. Tie mi navaja'n la mano.

Se dejó caer de rodillas y empezó a gatear con su única mano por el suelo, en busca de su brazo amputado. La sangre manaba a chorros del muñón, que se sacudía como la boca de una manguera.

Entonces perdió la consciencia y cayó de bruces.

Dos clientes le dieron la vuelta; uno ató una corbata alrededor del brazo sangrante a modo de torniquete, el otro introdujo en él la pata de una silla para apretarlo.

Una camarera y otro cliente estaban apretando una toalla anudada alrededor del brazo de Big Smiley. Todavía sujetaba el hacha de bombero en su mano derecha, con cara de sorpresa.

El encargado blanco se puso de pie en la barra y gritó:

—Por favor, permanezcan sentados. Que todo el mundo vuelva a su asiento y pague la cuenta. Se ha llamado a la Policía y todo se arreglará.

Como si hubiera dado un pistoletazo de salida, la gente empezó a correr en dirección a la puerta.

Cuando Sonny Pickens salió a la acera vio al hombretón blanco mirando hacia dentro a través de una de las pequeñas ventanas que daban al exterior.

Sonny había estado fumando cigarrillos de marihuana y estaba totalmente colocado. Vistos desde sus ojos drogados, el oscuro cielo nocturno parecía púrpura brillante y los lúgubres bloques de apartamentos ennegrecidos por el humo tenían el aspecto de flamantes rascacielos hechos de ladrillos color fresa. Los letreros de neón de los bares, de los salones de billar y de los cafetuchos ardían como fuegos fosforescentes.

Extrajo un revólver empavonado azul del bolsillo interior de su chaqueta, hizo girar el tambor y apuntó con él al hombretón blanco.

Sus dos amigos, Rubberlips Wilson y Lowtop Brown, le miraron con los ojos desorbitados por el asombro. Pero antes de que ninguno de ellos pudiera frenarlo, Sonny avanzó hacia el hombre blanco, caminando sobre las puntas de los pies.

—¡Eh, tú! —gritó—. Tú eres el tío que ha’stao tirándose a mi mujé.

El hombretón blanco giró bruscamente la cabeza y vio una pistola. Sus ojos se abrieron de par en par y la sangre huyó de su faz amarillenta.

—Dios mío, ¡espera un momento! —aulló—. Estás cometiendo un error. Me estáis confundiendo todos con algún otro.

—No voy a’sperá un carajo —dijo Sonny, y apretó el gatillo.

Una llamarada naranja salió disparada hacia el pecho del hombretón blanco. El sonido hendió la noche con estrépito.

Sonny y el hombre blanco saltaron al mismo tiempo. Ambos empezaron a correr antes de que sus pies tocaran el suelo. Los dos corrieron hacia delante. Corrieron hasta que chocaron uno con otro a toda velocidad. El mayor peso del hombre blanco arrolló a Sonny, tirándolo al suelo.

Se abrió camino a través del público de color reunido, derribando a la gente como bolos, y atravesó la calle en medio del tráfico, corriendo delante de los coches como si no los viera.

Sonny se puso en pie de un brinco y lo persiguió. Pasó por encima de la gente que el hombretón blanco había tirado al suelo. Bajo sus pies, los músculos se deslizaban sobre el hueso. Avanzó tambaleándose. Los gritos a su espalda comenzaron a perseguirle y las luces de los coches cayeron sobre él como estrellas fugaces.

El hombretón blanco estaba pasando entre los coches aparcados del otro lado de la calle cuando Sonny volvió a dispararle. Consiguió llegar sano y salvo a la acera y empezó a correr en dirección sur por el lado interior.

Sonny pasó también entre los coches y siguió tras él.

La gente en la línea de fuego hacía zambullidas acrobáticas para ponerse a salvo. Los que estaban más adelante se apiñaron dentro de los portales para ver qué estaba pasando. Vieron a un hombretón blanco con ojos azules enloquecidos y los restos de una corbata roja que daban la impresión de que le habían cortado el cuello, siendo perseguido por un negro enjuto con un gran revólver azulado. Se apartaron fuera de la línea de tiro.

Pero la gente que iba detrás, que estaba segura fuera de ella, se unió a la persecución.

El hombre blanco iba delante. Sonny le seguía. Rubberlips y Lowtop corrían tras los talones de Sonny. Tras ellos, los espectadores se extendían a lo largo de una línea irregular.

El hombre blanco pasó a la carrera junto a un grupo de ocho árabes en la esquina de la calle 127. Todos ellos tenían barbas

negras y pobladas cubiertas de canas. Todos llevaban turbantes de un verde intenso, gafas ahumadas y túnicas blancas que les llegaban hasta el tobillo. El color de sus teces iba del negro carbón al mostaza. Estaban parloteando y gesticulando como un grupo de monos enjaulados en frenesí. El aire estaba impregnado de la fragancia acre de la marihuana.

—¡Un infiel! —exclamó uno.

El parloteo se interrumpió bruscamente. El grupo se giró en persecución del hombre blanco.

Este oyó el grito. Vio el súbito movimiento por el rabillo del ojo. Saltó hacia delante desde el bordillo.

Un coche que bajaba a toda velocidad por la calle 127 quemó goma en un chillido ensordecedor para evitar atropellarlo.

Frente a los faros del coche, su rostro sudoroso estaba contraído y fuertemente enrojecido; sus ojos azules, negros por el pánico; su pelo salpicado de canas, salvajemente revuelto.

Instintivamente, dio un fuerte salto lateral para apartarse del coche que se aproximaba. Sus brazos y piernas volaron extendidos en una silueta grotesca.

En ese instante Sonny llegó a la altura de los árabes y disparó al hombre blanco mientras aún estaba en el aire.

El fogonazo naranja iluminó el distorsionado rostro de Sonny y el rugido del tiro sonó como una descarga de fusilería.

El hombretón blanco se estremeció y cayó de manera inerte. Aterrizó boca abajo y con los brazos extendidos como un águila. No se levantó.

Sonny llegó corriendo hasta él con el revólver humeante colgando de su mano. Los faros del coche lo iluminaron con fuerza. Miró al hombre blanco que yacía boca abajo en mitad de la calle y comenzó a reír. Se dobló de la risa, sacudiendo los brazos y balanceando el cuerpo.

Lowtop y Rubberlips le alcanzaron. Los ocho árabes se les unieron bajo los haces de luz.

—Tío, ¿qu’ha pasao? —preguntó Lowtop.

Los árabes le miraron y se echaron a reír.

Rubberlips también empezó a reír, seguido de Lowtop.

Todos ellos permanecieron bajo la intensa luz blanca, bamboleándose, balanceándose y doblándose de la risa.

Sonny estaba tratando de decir algo, pero estaba riéndose tan fuerte que no podía soltarlo.

Una sirena de policía sonó cerca de allí.

2

El teléfono sonó en el despacho del capitán en la comisaría de distrito de la calle 126. El agente de uniforme sentado tras el escritorio alargó la mano hacia el teléfono externo sin levantar la vista de la hoja de registro que estaba rellenando.

—Distrito de Harlem, teniente Anderson —dijo.

Una voz correcta y aguda dijo:

—¿Es usted la persona al cargo?

—Sí, señorita —respondió pacientemente el teniente Anderson mientras seguía escribiendo con su mano libre.

—Quiero informar de que un hombre de color con una pistola está persiguiendo calle abajo a un hombre blanco por Lenox Avenue —dijo la voz con la santurronería engreída de una monja que tiene el cielo asegurado.

El teniente Anderson apartó la hoja de registro y acercó una libreta de incidencias hacia él.

Cuando terminó de apuntar los detalles esenciales de su incoherente relato, dijo: «Gracias, señora Collins», colgó y alargó la mano hacia el teléfono interno para ponerse en contacto con la central de Policía de Center Street.

—Ponme con el operador de radio —dijo.

Dos hombres de color estaban conduciendo en dirección este por la calle 135 detrás de uno de los autobuses que atravesaban la ciudad. Unos sombreros oscuros de forma indefinida descansaban directamente sobre su pelo corto y crespo, y sus grandes cuerpos llenaban el asiento delantero de un pequeño y abollado sedán negro.

La estática crujió desde la radio de onda corta y una voz metálica dijo: «A todas las unidades. Peligro de disturbios en Harlem. Hombre blanco a la carrera por Lenox Avenue en dirección sur a la altura de la calle 128. Perseguido por un negro con un arma de fuego. Peligro de asesinato».

—Mejor písale —dijo el de la derecha en tono áspero.

—Creo que sí —contestó lacónicamente el conductor.

Dio un toque corto y penetrante con la sirena y aceleró el coche en un chirriante giro de 180° en mitad de la manzana, cerrándole el paso a un taxi que venía a gran velocidad desde la dirección del Bronx.

El taxi se cargó los frenos para evitar estamparse contra el sedán. Al ver las matrículas personalizadas, el conductor del taxi pensó que eran dos timadores de poca monta que trataban de dárselas de peces gordos con la sirena de su coche. Era un italiano del Bronx que había crecido al lado de gánsteres con mayúsculas, y los matones de Harlem no lo asustaban.

Sacó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡No estás arando campos de algodón en Misisipi, negro hijo de puta! ¡Esto es Nueva York, la Gran Manzana, donde la gente conduce…!

El hombre de color que montaba junto a su novia en el asiento de atrás se inclinó rápidamente hacia delante y tiró de su manga.

—Tío, mete la cabeza y cierra'l pico —le advirtió con inquietud—, Les estás hablando a Grave Digger Jones y Coffin Ed Johnson. Es que no ves l'antena de policía sobre'l maletero.

—Oh, son ellos —dijo el taxista mientras se le bajaba el calentón como a una fulana que tanteara a un guaperas sin blanca—. No los había reconocido.

Grave Digger le había oído, pero apretó el acelerador sin desviar la mirada.

Coffin Ed sacó su revólver de la sobaquera e hizo girar el tambor. El largo cañón niquelado del revólver calibre 38 especial relucía mientras el coche avanzaba entre las farolas, y las cinco balas

revestidas de latón tenían un aspecto mortífero en sus seis recámaras. La de debajo del gatillo estaba vacía. Pero guardaba una caja más de cartuchos junto a su libreta policial y sus esposas en el bolsillo derecho con forro de cuero engrasado de su abrigo.

—El teniente Anderson me preguntó anoche por qué seguimos con estas pipas anticuadas cuando las nuevas son mucho mejores. Estuvo intentando venderme la idea de una de esas nuevas automáticas hidráulicas que disparan quince veces; dijo que eran más rápidas, más ligeras e igual de precisas. Pero le dije que seguiríamos con estas.

—¿Le dijiste lo rápido que podías recargar? —Grave Digger llevaba a su compañera bajo el brazo izquierdo.

—No, le dije que no tenía ni idea de lo duras que son las cabezas de estos negros de Harlem -contestó Coffin Ed.

Su cara marcada por el ácido tenía una apariencia siniestra bajo la tenue luz del salpicadero.

Grave Digger soltó una risita.

—Deberías haberle dicho que esta gente no le tiene ningún respeto a un arma si no tiene un cañón reluciente de media milla de largo. Quieren ver con qué se les está disparando.

—O si no, oírlo; de lo contrario se creen que no puede hacer más daño que sus navajas.

Cuando llegaron a Lenox Avenue, Grave Digger torció hacia el sur con la sirena puesta y el semáforo en rojo, pasando por delante de un camión articulado que se dirigía al este, y redujo hasta colocarse detrás de un Cadillac Coupe de Ville con una cuidada carrocería amarilla que ocupaba todo el carril en dirección sur entre un autobús y una flota de camiones frigoríficos que iba hacia el norte. Tenía una matrícula del estado de Nueva York con el número B-H-21. Pertenecía a Big Henry, dueño de la casa de lotería clandestina 21. Big Henry estaba al volante. Su guardaespaldas, Cousin Cuts, estaba sentado a su lado en el asiento delantero. El de atrás lo ocupaban otros dos hombres con pinta de duros.

Big Henry cogió el puro de entre los gruesos labios de su boca con la mano derecha, le dio unos suaves toques en el cenicero que sobresalía del salpicadero y siguió hablando con Cuts como si no hubiera oído la sirena. El destello de un diamante en la mano que sostenía el puro iluminó el cristal de atrás.

—Haz que se quite de en medio —dijo Grave Digger con voz inexpresiva.

Coffin Ed se asomó por la ventanilla derecha y le pegó un tiro al espejo retrovisor del gran Cadillac, arrancándolo de la puerta.

La mano de Big Henry que sostenía el puro se puso rígida y la nuca de su gordo cuello empezó a hincharse al ver su espejo hecho añicos. Cuts se irguió en su asiento, girándose de modo amenazador, y fue a coger su pistola. Pero cuando vio la siniestra cara de Coffin Ed mirándolo fijamente desde detrás del largo cañón niquelado del 38 agachó la cabeza como un hábil jugador de béisbol que intentara esquivar una bola rápida.

Coffin Ed plantó un agujero en el guardabarros delantero del Cadillac.

Grave Digger rio con sorna.

—Eso le dolerá a Big Henry más que un agujero en la cabeza de Cousin Cuts.

Big Henry se volvió con los ojos de su cara negra e hinchada desorbitados por la indignación, pero se desinfló como un globo en cuanto reconoció a los detectives. Dirigió el coche frenéticamente en dirección al bordillo y chafó el guardabarros delantero derecho contra el lateral del autobús.

Grave Digger logró espacio suficiente para pasar. Mientras lo adelantaban, Coffin Ed apuntó hacia abajo y disparó a las iniciales de Big Henry estampadas en letras doradas sobre la puerta del Cadillac.

—¡Y quédate ahí! —soltó con voz áspera.

Dejaron a Big Henry echándoles una mirada de «cómo podéis hacerme esto a mí» con los ojos bañados en lágrimas.

Cuando llegaron a la altura del Dew Drop Inn vieron la ambulancia vacía y la multitud que se extendía calle abajo. Sin reducir la velocidad, se deslizaron entre los coches aparcados de cualquier modo en la calle y se abrieron camino en la densa aglomeración de gente, con las sirenas a todo volumen. Frenaron pesadamente hasta detenerse cuando sus faros convergieron en la macabra escena.

—¡Larguémonos! —siseó uno de los árabes—. Los engen-dros'tán aquí.

—Los monstruos —concordó otro.

—Tranqui, atontao —reprendió el tercero—. No tien na contra nosotros.

Los dos larguiruchos, desgarbados y ágiles detectives pusieron el pie sobre el pavimento al unísono, con sus niquelados revólveres del 38 especial en la mano. Parecían granjeros anchos de espaldas vestidos con el traje de los domingos en una juerga de sábado noche.

—¡En fila! —dijo Grave Digger a voz en grito.

—¡Recuento! —contestó Coffin Ed.

La multitud comenzó a moverse. Los morbosos y los inocentes se acercaron. Los personajes sospechosos comenzaron a largarse.

Sonny y sus dos amigos se dieron la vuelta sorprendidos, con los ojos muy abiertos.

—¿D'onde han salió? —masculló Sonny aturdido.

—Yo le cogeré —dijo Grave Digger.

—Yo te cubro —contestó Coffin Ed.

Sus grandes pies planos resonaron sobre el asfalto al aproximarse a Sonny y los árabes. Coffin Ed se quedó de pie en un ángulo que dejaba a todos a tiro.

Sin detenerse, Grave Digger se acercó a Sonny y le golpeó en el codo con el cañón de su revólver. Cazó la pistola de Sonny con la mano libre cuando voló de sus dedos flácidos.

—La tengo —dijo mientras Sonny daba un chillido de dolor y se agarraba el brazo entumecido.

—Yo no…

Sonny intentó terminar la frase pero Grave Digger le gritó:

—¡Cállate!

—¡En fila y las manos arriba! —ordenó Coffin Ed en tono intimidatorio, amenazándolos con su revólver. Sonó como si estuviera realmente cabreado.

—Díselo, Sonny —le rogó Lowtop con voz temblorosa, pero esta se vio ahogada por el bramido de Grave Digger hacia la multitud:

—¡Atrás! —dio un tiro al aire.

Todos retrocedieron.

El brazo ileso de Sonny se elevó rápidamente y sus dos amigos le imitaron. Aún estaba tratando de decir algo. Su nuez se agitaba inútilmente en su garganta seca y silenciosa.

Pero los árabes se mostraban desafiantes. Sus brazos colgaban para abajo y movían los pies de un lado y a otro.

—¿Ondes arriba, tío? —dijo uno de ellos con voz ronca.

Coffin Ed lo agarró por el cuello y lo levantó en el aire.

—Tranquilo, Ed —le previno Grave Digger con un extraño tono de preocupación—. Tómatelo con calma.

Coffin Ed se quedó quieto, con el revólver preparado para romperle los dientes al árabe, y meneó la cabeza como un perro saliendo del agua. Tras soltar el cuello del árabe, dio un paso atrás y dijo con voz áspera:

—Uno por la paga… y dos por la función…

Era la primera línea de una canción infantil que se cantaba en el juego del escondite para que el que buscaba avisara a los que se escondían de que iba a por ellos.

Grave Digger continuó con la siguiente línea:

—Tres y todos listos…

Pero antes de que pudiera terminar con «la cuenta se acabó», los árabes se habían puesto en fila junto a Sonny y habían levantado sus brazos bien alto.

—Ahora mantenedlos ahí arriba —dijo Coffin Ed.

—O seréis los siguientes en estar tirados en el suelo —añadió Grave Digger.

Sonny pudo finalmente soltar las palabras:

—No‘stá muerto. Sólo desmayao.

—Es verdá —confirmó Rubberlips—. No l’ha dao Sólo l’asustó tanto que cayó sin sentío.

—Muévalo y se levantará —añadió Sonny.

Los árabes empezaron a reír de nuevo, pero la siniestra cara de Coffin Ed hizo que se callaran.

Grave Digger metió el revólver de Sonny en su propio cinturón, enfundó el suyo, se agachó y levantó la cara del hombre blanco. Unos ojos azules miraban fijamente al infinito. Bajó la cabeza con cuidado y cogió una mano caliente y carente de fuerza, buscando el pulso.

—No‘stá muerto —repitió Sonny. Pero su voz sonaba ahora más débil—. Sólo desmayao, ya‘stá.

Sus dos amigos y él miraban a Grave Digger como si fuera Jesucristo inclinándose sobre el cuerpo de Lázaro.

Los ojos de Grave Digger examinaron la espalda del hombre blanco. Coffin Ed permaneció inmóvil, asemejándose su cara surcada de cicatrices a una máscara de bronce moldeada con manos temblorosas. Grave Digger vio una mancha negra y húmeda en la espesa cabellera negra salpicada de canas del hombre blanco, bajo la base del cráneo. La tocó con la punta de los dedos y al quitarlos estaban manchados. Se puso en pie lentamente y colocó los dedos húmedos bajo la luz blanca de los faros: estaban rojos. No dijo nada.

Los espectadores se apiñaron más cerca. Coffin Ed no se dio cuenta. Estaba mirando las yemas ensangrentadas de los dedos de Grave Digger.

—¿Eso’s sangre? —preguntó Sonny en un quebrado susurro. Un temblor comenzó a subir lentamente por su cuerpo desde sus piernas de saltamontes.

Grave Digger y Coffin Ed le miraron sin decir nada.

—¿Está muerto? —preguntó Sonny con un susurro lleno de terror. Tenía los labios temblorosos secos como el polvo y los ojos

se le estaban volviendo blancos sobre un rostro negro que se había vuelto gris.

—Del todo —dijo Grave Digger en un tono apagado e inexpresivo.

—Yo no fui —susurró Sonny—. Lo juro por Dios.

—No fue él —insistieron Rubberlips y Lowtop al unísono.

—¿Y cómo se explica? —preguntó Coffin Ed.

—El cadáver habla por sí mismo —dijo Grave Digger.

—Que Dios m'ayude, jefe. No pude sé yo —dijo Sonny en un susurro aterrado.

Grave Digger le miró fijamente desde unos ojos duros como ágatas y no dijo nada.

—Tie que creerle, jefe, no pudo sé él —aseguró Rubberlips.

—No señó —reiteró Lowtop.

—Nos'taba intentando hacerle daño, sólo quería'sustarlo —dijo Sonny. Las lágrimas resbalaban una a una de sus ojos.

—Fue'se borracho loco con la navaja'l que lo empezó to —dijo Rubberlips—. Ahí atrá en el Dew Drop Inn.

—Luego'l bigardo blanco se quedó mirando por la ventana —siguió Lowtop—. Eso hizo que a Sonny se le fuera la cabeza.

Los detectives lo miraron con ojos carentes de expresión. Los árabes no se movieron.

—Es un cachondo —dijo finalmente Coffin Ed.

—Cómo's posible que perdiera la cabeza por mi mujé —sostuvo Sonny—, si ni siquiera tengo.

—No me lo cuentes a mí —dijo Grave Digger en tono severo, esposando a Sonny—. Guárdatelo para el juez.

—Jefe, escuche, se lo suplico, le juro por Dios…

—Cállate, estás arrestado —sentenció Coffin Ed.

3

Una sirena de policía sonó en la distancia. Venía del este; empezó como el lamento de un alma en pena y ganó intensidad hasta convertirse en un alarido. Se oyó otra desde el oeste; se le unieron más desde el norte y el sur, sonando una tras otra como cazas despegando de un portaaviones.

—Veamos qué llevan encima estos Musulmanes molones —dijo Grave Digger.

—Recuento, sultanes —añadió Coffin Ed.

Tenían el caso cerrado antes de que llegaran los coches patrulla. La presión había desaparecido. Se sentían los reyes del mambo.

—Alabemos a Alá —dijo el más alto de los árabes.

Como si estuvieran celebrando un ritual, los otros dijeron: «Meca», y todos se inclinaron con los brazos extendidos.

—Cortad el numerito y poneos derechos —reprendió Grave Digger—. Os vamos a retener como testigos.

—¿Quién tie l'oración? —preguntó el líder con la cabeza inclinada.

—Yo la tengo —respondió otro.

—Rézale al gran monstruo —ordenó el líder.

El que guardaba la oración se dio la vuelta lentamente y presentó su trasero cubierto por la blanca túnica a Coffin Ed. Un sonido similar al aullido quejumbroso de un perro salió de él.

—Alá sea loao —dijo el líder y, en respuesta, las blancas y amplias mangas de sus túnicas batieron el aire frente a ellos.

Coffin Ed no entendió lo que estaba ocurriendo hasta que Sonny y sus amigos se rieron sorprendidos. Entonces su cara se contrajo negra de rabia.

—¡Niñatos! —gruñó con voz áspera, le soltó una patada al árabe encorvado que le hizo dar una voltereta y se colocó encima de él con el revólver como si fuera a dispararle.

—Calma, tío, tranquilízate —dijo Grave Digger, intentando poner cara seria—. No puedes matar a un hombre por tirarse un pedo en tu cara.

—Espera, monstruo —vociferó un tercer árabe, arrojando un líquido al rostro de Coffin Ed con un frasco de vidrio—, Refréscat'un poco.

Coffin Ed vio el destello del frasco y el líquido volando hacia su cara, y se agachó trazando un amplio arco hacia el árabe con el cañón de su revólver.

—¡Sólo's perfume! —gritó este último alarmado.

Pero Coffin Ed no le oyó a través del estruendo del torrente de sangre que le estaba subiendo a la cabeza. Lo único en lo que podía pensar era en un estafador llamado Hank tirándole un vaso de ácido a la cara. Y esto tenía pinta de ser ácido también. La súbita e hirviente cólera convirtió su cara quemada en una máscara espantosa, y sus labios llenos de cicatrices dejaron al descubierto sus dientes apretados.

Disparó dos veces consecutivas y el árabe que sujetaba el frasco medio lleno de perfume dijo «oh» en voz baja y cayó lentamente doblado sobre el pavimento. Detrás de él, entre el gentío, una mujer gritó al ceder su pierna bajo su peso.

Los demás árabes salieron a todo correr. Sonny huyó con ellos. Medio segundo después sus amigos le siguieron.

—¡Maldita sea, Ed! —gritó Grave Digger lanzándose a por el arma.

Trató de agarrar el cañón, desviándolo al tiempo que se producía otro tiro. La bala partió por la mitad un cable telefónico en las alturas. Cayó entre la multitud desencadenando una cacofonía de gritos.

Todo el mundo salió corriendo.

La muchedumbre presa del pánico se dirigió en estampida hacia los portales más cercanos, arrollando a la mujer que había recibido el disparo y a otros dos que cayeron al suelo.

Grave Digger empezó a forcejear con Coffin Ed y cayeron encima del cadáver del hombre blanco. Grave Digger tenía el revólver de Coffin Ed cogido por el cañón y estaba intentando quitárselo de la mano.

—Ed, soy yo, Digger —siguió diciendo—. Suelta el arma.

—Suéltame, Digger, suéltame. Déjame matarlo —profería como un loco, con lágrimas resbalándole por su espantosa cara—. Lo han vuelto a hacer, Digger.

Rodaron adelante y atrás sobre el cadáver.

—Eso no era ácido, era perfume —dijo Grave Digger entre jadeos.

—Suéltame, Digger, te lo advierto —mascculló Coffin Ed.

Mientras ellos se revolcaban violentamente sobre el cadáver a un lado y a otro, dos de los árabes siguieron a Sonny al interior del vestíbulo de un bloque de pisos. Las demás personas que se apiñaban dentro se hicieron a un lado y les dejaron pasar. Sonny vio que las escaleras estaban llenas de gente y siguió penetrando en el edificio en busca de una salida trasera. Salió a un pequeño patio trasero rodeado de muros de piedra. Los árabes le siguieron. Uno le puso un lazo al cuello, tirándole el sombrero, y lo apretó con fuerza. El otro sacó una navaja automática y le pinchó ligeramente el costado con la punta.

—Si gritas 'tas muerto —dijo el primero de ellos.

El líder de los árabes se les unió.

—Saquémosle d'aquí —dijo.

En ese momento, los coches patrulla empezaron a descargar policías. Dos agentes y el detective Haggerty salieron de uno de ellos de manera enérgica, siendo los primeros en la escena del crimen.

—¡Madre de Dios! —exclamó Haggerty.

Los policías se quedaron pasmados.

A primera vista parecía que los dos detectives de color estaban forcejeando con el hombretón blanco en una lucha a muerte.

—No os quedéis ahí —jadeó Grave Digger—. Echadme una mano.

—Lo van a matar —dijo Haggerty mientras rodeaba a Grave Digger con sus brazos e intentaba tirar de él—. Vosotros agarrad al otro.

—Al diablo con eso —replicó el policía, golpeando la cabeza de Coffin Ed con su porra y dejándolo inconsciente.

El otro policía sacó su pistola y apuntó al cadáver.

—Un movimiento y disparo —amenazó.

—No se moverá: está muerto —le dijo Grave Digger a Haggerty.

—Está bien, maldición —dijo Haggerty indignado mientras lo soltaba—. Tú me pediste ayuda. ¿Cómo demonios voy a saber lo que está pasando?

Grave Digger se sacudió el abrigo y miró al tercer policía.

—No tenías por qué arrearle —dijo.

—No quería correr riesgos —contestó el policía.

—Callaos y vigilad al árabe —ordenó Haggerty.

El poli se acercó al árabe y le echó un vistazo.

—También está muerto.

—Santa María, ha llegado la peste —se quejó Haggerty—. Encárgate entonces de esa mujer.

Cuatro policías más llegaron corriendo. Por orden de Haggerty, dos se dirigieron hacia la mujer que había sido alcanzada por el disparo. Estaba tirada en medio de la calle desierta.

—Está viva, sólo inconsciente —indicó el policía.

—Dejadla para la ambulancia —dijo Haggerty.

—¿A quién se cree que está dando órdenes? —replicó el policía —. Conocemos nuestro trabajo.

—Vete a hacer puñetas —gruñó Haggerty.

Grave Digger se inclinó sobre Coffin Ed, le levantó la cabeza y le puso un frasco de amoniaco abierto bajo la nariz. Coffin Ed soltó un

gemido.

Un sargento uniformado con la cara roja y corpulento como un tanque Sherman apareció encima de él.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó.

Grave Digger miró hacia arriba.

—Se armó un jaleo y perdimos a nuestro detenido.

—¿Quién disparó a tu compañero?

—No le han disparado, sólo está noqueado.

—Muy bien. ¿Qué aspecto tiene vuestro detenido?

—Hombre de raza negra, alrededor de metro ochenta, entre veinticinco y treinta años, setenta y cinco a ochenta kilos, cara alargada de mentón protuberante, vestido con un sombrero gris claro, traje gris oscuro con rayas marrones, cuello americano blanco, corbata roja a rayas y botines beis. Va esposado.

Los pequeños ojos azul china del sargento fueron del cadáver del hombretón blanco al del árabe barbudo.

—¿A cuál de los dos se cargó? —preguntó.

—Al blanco —respondió Grave Digger.

—Muy bien, lo cogeremos —aseguró—. ¡Profesor! —llamó, elevando la voz.

El cabo, que se había parado para encender un cigarrillo, dijo:

—Mande.

—Acordona toda la maldita zona —dijo el sargento—. No dejes salir a nadie. Buscamos a un zulú de Harlem con traje. Ha asesinado a un hombre blanco. Está esposado, así que no puede haber ido muy lejos.

—Lo cogeremos —afirmó el cabo.

—Detén a todos los sospechosos —ordenó el sargento.

—De acuerdo —dijo el cabo, trotando apresuradamente hacia los policías que acababan de llegar.

—¿Quién le pegó el tiro al árabe? —quiso saber el sargento.

—Fue Ed —reconoció Grave Digger.

—Muy bien —dijo el sargento—. Cogeremos a vuestro detenido. Voy a llamar al teniente y al forense. Cuéntales a ellos el resto.

Se dio la vuelta y se fue detrás del cabo.

Coffin Ed se puso en pie de manera tambaleante.

—Tendrías que haberme dejado matar a ese hijo de puta, Digger —dijo.

—Míralo —respondió Grave Digger, señalando con la cabeza el cadáver del árabe.

Coffin Ed miró a este último fijamente.

—No sabía siquiera que le había dado —dijo como si estuviera saliendo de un trance. Tras un momento, añadió—: No puedo sentir pena por él. Así te lo digo, Digger, mataré a cualquier hijo de puta que intente otra vez tirarme ácido a los ojos.

—Huélete, tío —le pidió Grave Digger.

Coffin Ed inclinó la cabeza. La parte frontal de su traje oscuro y arrugado apestaba a perfume barato.

—Eso fue lo que te tiró. Solamente perfume —señaló Grave Digger—. Traté de avisarte.

—No debí de oírte.

Grave Digger respiró hondo.

—Tío, maldita sea, tienes que controlarte.

—Mira, Digger, un niño que se ha quemado le tiene miedo al fuego. Cualquiera que intente tirarme algo mientras está bajo arresto tiene muchas posibilidades de que le pegue un tiro.

Grave Digger no dijo nada.

—¿Qué le pasó a nuestro detenido? —preguntó Coffin Ed.

—Escapó —respondió Grave Digger.

Se giraron a la vez y contemplaron la escena.

A cada minuto llegaban nuevos coches patrulla, vomitando policías como si se estuviera preparando una invasión. Otros habían bloqueado Lenox Avenue a la altura de las calles 128 y 126, y habían cortado la 127 a ambos lados.

La mayor parte de la gente se había esfumado de la calle. Aquellos que se habían quedado estaban siendo arrestados como sospechosos. Varios conductores que estaban tratando de mover sus coches protestaban a voces asegurando que eran inocentes.

La Policía estaba precintando con rapidez los atestados bares de la zona. Las ventanas de los bloques de pisos estaban llenas de caras negras, y las salidas habían sido bloqueadas por la Policía.

—Tendrán que peinar esta jungla con un peine muy fino —dijo Grave Digger—. Con todos estos polis blancos por aquí, cualquier familia de color podría esconderlos.

—Yo también quiero echarles el guante a esa panda de niñatos —aseguró Coffin Ed.

—Bueno, por el momento tendremos que esperar a que lleguen los de Homicidios.

Pero el teniente Anderson llegó primero, con el sargento y el detective Haggerty pegados a él. Los cinco formaron un círculo bajo los faros del coche y entre los dos cadáveres.

—Muy bien, dadme primero los detalles esenciales —dijo Anderson—. Yo di el aviso, así que me sé el principio. No habían matado al tipo cuando recibí las primeras noticias.

—Estaba muerto cuando llegamos —empezó Grave Digger en un tono apagado e inexpresivo—. Fuimos los primeros en hacerlo. El sospechoso estaba de pie junto a la víctima con la pistola en la mano…

—Espere —dijo una nueva voz.

Un teniente vestido de paisano y un sargento del departamento de homicidios de la zona centro entraron en el círculo.

—Estos son los agentes que practicaron el arresto —expuso Anderson.

—¿Dónde está el detenido? —preguntó el teniente de homicidios.

—Escapó —contestó Grave Digger.

—Muy bien, vuelva a empezar —pidió el teniente de homicidios.

Grave Digger le contó la primera parte, y después continuó:

—Había dos amigos con él y un grupo de pandilleros juveniles alrededor del cadáver. Desarmamos al sospechoso y lo esposamos. Cuando empezamos a cachear a los niñatos de la pandilla tuvimos una pelea. Coffin Ed disparó a uno. El sospechoso escapó durante la pelea.

—Vamos a ver si me aclaro —dijo el teniente de Homicidios—, ¿los adolescentes estaban también implicados?

—No, sólo los queríamos como testigos —aclaró Grave Digger —, no hay dudas acerca del sospechoso.

—Bien.

—Cuando llegué, Jones y Johnson estaban peleándose y revolcándose encima del cadáver —añadió Haggerty—. Jones estaba intentando desarmar a Johnson.

El teniente Anderson y los hombres de homicidios le miraron, y luego se volvieron para observar a Grave Digger y después a Coffin Ed.

—Pasó lo siguiente —dijo Coffin Ed—: uno de los niñatos se dio la vuelta y se tiró un pedo en mi cara, y…

Anderson soltó un «¿qué?» y el teniente de homicidios dijo con incredulidad:

—¿Mataste a un hombre por tirarse un pedo?

—No, disparó a otro de los niñatos —aclaró Grave Digger con su tono monótono—. Uno que le tiró encima perfume de un frasco. Creyó que el niñato le estaba tirando ácido.

Miraron el rostro quemado por el ácido de Coffin Ed y desviaron la mirada avergonzados.

—El tipo que murió es un árabe —añadió el sargento.

—Es sólo un disfraz —reveló Grave Digger—. Pertenecen a una banda juvenil que se hace llamar los Musulmanes Molones.

—¡Ja! —soltó el teniente de Homicidios.

—Se dedican principalmente a pelearse con una banda juvenil de judíos del Bronx —explicó Grave Digger—. Dejamos eso a los asistentes sociales.

El sargento de Homicidios caminó hasta el cadáver del árabe, le quitó el turbante y despegó la barba falsa. La cara de un chaval de color con el pelo alisado y brillante y las mejillas lampiñas le devolvió la mirada. Dejó caer los complementos de su disfraz al lado del cuerpo y soltó un suspiro.

—Es sólo un crío —se lamentó.

Durante un momento, nadie dijo nada.

Entonces el teniente de Homicidios preguntó:

—¿Tenéis el arma homicida?

Grave Digger la sacó de su bolsillo, sujetando el cañón con el pulgar y el índice, y se la dio.

El teniente la examinó con curiosidad durante unos momentos. Después la envolvió con su pañuelo y la deslizó en el bolsillo de su abrigo.

—¿Interrogasteis al sospechoso? —preguntó.

—No habíamos llegado a eso —dijo Grave Digger—, todo lo que sabemos es que el homicidio se produjo a raíz de un tumulto en el Dew Drop Inn.

—Es un café un par de manzanas calle arriba —explicó Anderson —. Hubo una reyerta con arma blanca allí un poco antes.

—Ha sido una noche agitada en la ciudad —dijo Haggerty.

El teniente de Homicidios arqueó inquisitivamente las cejas hacia el teniente Anderson.

—¿Qué tal si trabaja desde ese ángulo, Haggerty? —pidió Anderson—. Indague en torno a la reyerta. Averigüe si existe alguna relación.

—Contábamos con hacerlo nosotros —protestó Grave Digger.

—Dejad que se ocupe él y poneos a trabajar —zanjó el tema Anderson.

—Genial —dijo Haggerty—, los navajazos son lo mío.

Todos le miraron. Se marchó.

El teniente de homicidios dijo:

—Bien, echemos un vistazo a los fiambres.

Hizo un examen superficial de cada uno de los cuerpos. El adolescente había recibido un disparo en el corazón.

—No podemos hacer nada más, habrá que esperar al juez —dijo.

Examinaron a la mujer inconsciente.

—Un tiro en el muslo, cerca de la cadera —determinó el sargento —. Ha habido pérdida de sangre, pero no mortal…; eso creo.

—La ambulancia llegará en cualquier momento —dijo Anderson.

—Ed disparó dos veces al pandillero —explicó Grave Digger—. Debió de ser entonces.

—Ya veo.

Nadie miró a Coffin Ed. En vez de eso, fingieron estar examinando la zona. Anderson meneó la cabeza.

—Va a ser un infierno encontrar a vuestro detenido en esta colmena —dijo.

—No va a ser necesario —atajó el teniente de Homicidios—. Si esta es la pistola que tenía, es tan inocente como usted y yo. Esta pistola no mataría a nadie —extrajo la pistola de su bolsillo y la desenvolvió—. Es una pistola de fogueo del calibre 37. Sólo puede usar balas de fogueo y no pueden llevar carga suficiente como para matar a un hombre. Y no ha sido manipulada para que dispare balas de verdad.

—Perfecto —dijo finalmente el teniente Anderson—, lo que faltaba.

4

Había una cancela de hierro oxidada en el muro de hormigón que separaba los pequeños patios traseros. El líder de la pandilla la abrió con su propia llave. La cancela giró en silencio sobre las engrasadas bisagras.

El pasó primero.

—¡Camina! —ordenó el secuaz con la navaja, aguijoneando a Sonny.

Sonny caminó.

El otro secuaz mantenía el lazo alrededor de su cuello como si fuera una cadena para perros.

Cuando todos hubieron pasado, el líder cerró la cancela y echó la llave.

Uno de los secuaces dijo:

—¿Crees que Caleb está malherío?

—Deja d'hablá delante'l prisionero —le reprendió el líder—. Es que no ties cerebro o qué.

El agrietado pavimento de hormigón estaba sembrado de botellas de vidrio rotas, trapos y objetos diversos arrojados desde las ventanas de la parte de atrás: un muelle de cama oxidado, un colchón de algodón con un gran agujero chamuscado en el centro, varios neumáticos gastados de automóvil y los restos medio resecos de un gato negro con la pata izquierda arrancada y los ojos devorados por las ratas.

Avanzaron con cuidado sorteando la porquería.

Sonny se tropezó con un montón de cubos de basura que estaban algo separados. Uno de ellos cayó al suelo con gran estrépito. De él surgió un repentino y pútrido olor.

—¡Maldición, ten cuidao! —le increpó el líder—. Mira por onde vas.

—Oh, tío, ¿es que nadie s'acuerda qu'estamos aquí atrá? —se quejó Choo-Choo.

—No me llames tío —dijo el líder.

—Sheik, quiero decí.

—¿Qué vais a'cé conmigo, colegas? —preguntó Sonny.

El colocón de hierba se le había pasado: las rodillas le flaqueaban y se sentía hambriento; tenía un regusto salobre en la boca y el miedo le había hecho un nudo en el estómago.

—Vamos a venderte a los judíos —bromeó Choo-Choo.

—No m'engañáis, sé que no sois árabes —dijo Sonny.

—Vamos a'sconderte de la poli —aseguró Sheik.

—Yo no he'cho na —afirmó Sonny.

Sheik se paró, y todos se giraron para mirar a Sonny. Sus ojos eran medias lunas blancas en la oscuridad.

—Muy bien, si no has hecho na t'enviaremos de vuelta con la poli —dijo Sheik.

—No, 'spera un momento, sólo quiero sabé onde me lleváis.

—Te llevamos a casa con nosotros.

—Bien, entonces vale.

No había puerta trasera al vestíbulo como en el otro bloque. Unas deterioradas escaleras de hormigón bajaban a la puerta de un sótano. Sheik sacó otra llave también para abrirla. Entraron en un pasillo a oscuras. Había agua estancada en el suelo agrietado. El aire olía como a tela mohosa y a sumidero viejo. Tuvieron que quitarse las gafas ahumadas para poder ver.

A mitad de camino, una débil luz amarilla surcó en diagonal el pasillo desde una puerta abierta. Entraron en una habitación pequeña y mugrienta.

Un hombre enfermo vestido con unos calzoncillos largos de algodón estaba tumbado en un sucísimo catre de sacos de arpillera y tapado con una andrajosa mantilla para caballos.

—¿Traéi algo pa'l viejo Bad-eye? —dijo con voz quejumbrosa.

—T'hemos traío una negrita guapa —dijo Choo-Choo.

El viejo se incorporó apoyándose en los codos:

—¿Onde'stá?

—No le tomes el pelo —le recriminó Inky.

—Túmbate y calla —dijo Sheik—. Ya te dije antes que no te traeríamos na 'sta noche. —Se volvió hacia sus secuaces—. Vamos, bromistas, daos prisa.

Empezaron a quitarse los disfraces. Bajo las túnicas blancas llevaban pantalones negros y sudaderas. Las barbas estaban fijadas con pegamento.

Sin los disfraces, tenían el aspecto de tres estudiantes de instituto.

Sheik era un chico mulato alto, con extraños ojos amarillos y pelo crespo rojizo. Tenía la figura de hombros anchos y cintura estilizada de un atleta. Su rostro era amplio, su nariz chata con aletas anchas y gruesas, y su piel pecosa. Tenía pinta de antipático.

Choo-Choo era más bajo, rechoncho y oscuro, con la cabeza ovoide y la cara chata y expresiva del bromista nato. Tenía piernas estevadas y los pies torcidos hacia dentro, aunque eran ligeros a la hora de correr.

Inky era un chico de altura media que no llamaba la atención, de condición mansa y sumisa, y negro como el alquitrán.

—¿Onde'stá la pistola? —preguntó Choo-Choo cuando no la vio metida en el cinturón de Sheik.

—Se la pasé a Bones.

—¿Y qué va'cé con ella?

—Cállate y deja de discutí lo qu'hago.

—¿Onde crees que fueron tos, Sheik? —preguntó Inky, intentando poner paz.

—Si son avispaos, a casa —respondió Sheik.

El viejo del catre les observó doblar sus disfraces hasta convertirlos en pequeños paquetes.

—Ni siquiera un poco de King Kong —lloriqueó.

—¡No, na de na! —gritó Sheik.

El viejo se incorporó sobre los codos.

—¿Qué quies decí con na de na? T'echaré d'aquí. Soy'l portero. No veráh mis llaves. Me…

—Cierra'l pico antes de que te lo cierre yo, y si algún poli baja'quí a fisgonea mejó que también lo tengas cerrao. Te traeré algo mañana.

—¿Mañana? ¿Una botella?

El viejo se echó, más calmado.

—Vamos —les dijo Sheik a los otros.

Antes de irse, cogió un abrigo militar harapiento de un gancho en la puerta sin que el portero se diera cuenta. Paró a Sonny en el pasillo y le quitó el lazo del cuello, echando luego el abrigo sobre sus esposas. Parecía como si Sonny estuviera simplemente llevando un abrigo con ambas manos.

—Ahora nadie verá'sas esposas —aseguró Sheik. Volviéndose hacia Inky, le dijo—: Sube tú primero y mira cómo'stá el panorama. Si crees que podemos pasá por delante los polis sin que nos paren, haz una señá.

Inky subió las carcomidas escaleras de madera y cruzó la puerta que daba al vestíbulo del primer piso. Después de un minuto, abrió la puerta y les llamó con señas.

Subieron en fila.

Los extraños que se habían metido de cabeza en el edificio para escapar del tiroteo estaban siendo retenidos dentro por dos policías de uniforme que bloqueaban la puerta de salida. Nadie prestó atención a Sonny y los tres pandilleros. Siguieron subiendo hasta el último piso.

Sheik abrió una puerta con otra llave y entró el primero en una cocina.

Una anciana mujer de color con un vestido largo y suelto de un azul descolorido, con remiendos de un azul más oscuro, estaba sentada en una mecedora junto a una cocina de carbón, zurciendo un raído calcetín masculino de lana sobre un huevo de madera mientras fumaba en una pipa hecha con una mazorca de maíz seca.

—¿Eres tú, Caleb? —preguntó, mirando por encima de unas antiquísimas gafas con montura de acero.

—Somos sólo Choo-Choo, Inky y yo —contestó Sheik.

—Oh, eres tú, Samson —el tono de expectación de su voz se transformó en desilusión—. ¿Onde'stá Caleb?

—Fue a trabajá'l centro a una bolera, abuela. Colocando bolos —mintió Sheik.

—Señó, 'se crío siempre'stá fuera trabajando de noche —dijo con un suspiro—. De verdá'spero por Dió que no s'esté metiendo'n líos con tanto trabajá de noche, porque su vieja abuela'stá demasiao mayó pa velá por él como haría una madre.

Era tan mayor que el color de su piel café oscuro se había desteñido formando manchas, lo que hacía que pareciera la de un guisante moteado seco, y los ojos antaño marrones se habían vuelto de un azul lechoso. Su cráneo huesudo carecía de pelo en la frente, y la piel moteada se aplastaba tirante sobre él. Lo que quedaba de su corto cabello gris estaba recogido en una pequeña bola compacta en la parte posterior de la cabeza. El contorno del hueso de cada dedo afanado en el manejo de la aguja de zurcir resultaba claramente visible a través de la transparente piel apergaminada.

—No s'está metiendo'n problemas —aseguró Sheik.

Inky y Choo-Choo empujaron a Sonny a la cocina y cerraron la puerta.

La abuela miró con ojos escrutadores a Sonny por encima de sus gafas.

—No conozco a'ste chico. ¿También é amigo de Caleb?

—S'el compañero al que sustituye Caleb —dijo Sheik—. Se hizo daño'n las manos.

La abuela frunció los labios.

—Hay tantos de vosotro entrando y saliendo d’aquí to’l tiempo que de verdá ‘spero que no andéi haciendo diabluras. Y este chico nuevo paece mayó que vosotro.

—Te preocupas demasiao —contestó Sheik con rudeza.

—¿Einnn?

—Vamos a nuestro cuarto —dijo Sheik—. No’speres a Caleb. Volverá tarde.

—¿Einnn?

—Vamos —terminó Sheik—. Ya n’oye na.

Era un apartamento alargado como un tren, con una habitación detrás de otra. La siguiente habitación tenía dos camas pequeñas de hierro esmaltadas en blanco donde dormían Caleb y su abuela, y una pequeña estufa rechoncha en una esquina, sobre una estera metálica. Encima de una mesa reposaban un jarro y una jofaina, y había una cómoda con un pequeño espejo barato en lo alto. Al igual que en la cocina, todo estaba limpio como una patena.

—Dadme vuestras cosas y vigilá a la abuela —dijo Sheik, cogiendo sus disfraces doblados en bultos.

Choo-Choo agachó la cabeza hasta el ojo de la cerradura.

Sheik abrió un gran baúl de cedro viejo con otra llave de su llavero y guardó los bultos bajo capas de mantas viejas y enseres domésticos. Era el baúl del ajuar de la abuela: allí guardaba las cosas que le dieron los blancos para los que trabajó, con intención de dárselo a Caleb cuando se casara. Sheik le echó la llave al baúl y la usó después para abrir la puerta de la siguiente habitación. Los demás le siguieron y él cerró la puerta una vez pasaron.

Era la habitación que Choo-Choo y él tenían alquilada. Había una cama de matrimonio donde dormían los dos, una cómoda con un espejo y un jarro y una jofaina sobre la mesa, como en la otra habitación. En torno a la esquina había una cortina de percal que creaba un espacio a modo de ropero. Pero había un montón de trastos tirados y no estaba tan limpio.

Una ventana estrecha daba al rellano de la escalera de incendios de hierro pintada de rojo que bajaba por la fachada del edificio.

Estaba protegida por una reja de hierro cerrada con un candado.

Sheik abrió el candado con una llave y salió a la escalera de incendios.

—Mirá esto —dijo.

Choo-Choo salió también; Inky y Sonny se apiñaron en la ventana.

—Vigila'l prisionero, Inky —recordó Sheik.

—No soy ningún prisionero —protestó Sonny.

—Sólo mira —le ignoró Sheik, señalando hacia la calle.

Abajo, en la amplia avenida, los coches patrulla de ojos rojos se extendían en una masa compacta, como hormigas monstruosas en torno a un hormiguero. Tres ambulancias serpenteaban a través del laberinto, junto con dos coches fúnebres policiales, los coches de la oficina del comisario de la Policía y los de la oficina del forense. Policías de uniforme y hombres en ropa de paisano iban y venían en todas direcciones.

—Los hombres de Marte —dijo Sheik—. La gran batía. ¿Qué te parece, Choo-Choo?

Choo-Choo estaba ocupado contando.

Los rellanos y los tramos inferiores de la escalera de incendios estaban atestados de otras personas que observaban el espectáculo. Tan lejos como alcanzaba la vista, todas y cada una de las ventanas de fachada a ambos lados de la calle se encontraban llenas de cabezas negras.

—He contao treinta y un coches patrulla —indicó Choo-Choo—. Son más de los qu'había'n la Octava Avenida cuando le tiraron a Coffin Ed el ácido'n los ojos.

—Están registrando los edificios uno a uno —dijo Sheik.

—¿Qué vamos a hacé con nuestro prisionero? —preguntó Choo-Choo.

—Primero tenemos que quitarle las esposas. Quizá podamos esconderlo arriba n'el palomá.

—Déjale las esposas.

—No podemos. Tenemos que prepararnos pa'l registro.

Choo-Choo y él regresaron a la habitación. Cogió a Sonny del brazo y señaló hacia la calle.

—Te'stán buscando, tío.

La negra cara de Sonny empezó a ponerse gris otra vez.

—Yo no he'cho na. Mi pistola no era de verdá. Era de fogueo.

Los tres le miraron fijamente con cara de no creerse nada.

—Sí, pos eso no es lo qu'ellos piensan —recordó Choo-Choo.

Sheik estaba mirando a Sonny con una expresión extraña.

—¿Estás seguro, tío? —preguntó lleno de tensión.

—Seguro, 'stoy seguro. Sólo dispara balas de fogueo del calibre 37.

—¿Entonces no fuiste tú'l que disparó al semental blanco?

—Esos lo que os he'stao diciendo. No pude sé yo.

Algo cambió dentro de Sheik. Su cara chata, amarillenta y pecosa adoptó una expresión fiera. Subió los hombros, tratando de adoptar un aspecto peligroso e importante.

—La poli'stá intentando enchironarte, tío —soltó—. Tenemos qu'esconderte pero ya.

—¿Qu'hacías con una pistola que no dispara balas? —preguntó Choo-Choo.

—La tenía'n mi salón de limpieza como broma, na más —dijo Sonny.

Choo-Choo chasqueó los dedos.

—Te conozco. Eres el tipo que trabaja n'ese salón de limpieza de calzao al lao del Savoy.

—Es mi salón de limpieza de calzao.

—¿Cuánta maría'scondes ahí?

—No la paso.

—Sheik, este tío s'un pureta.

—Cortá la cháchara —interrumpió Sheik—. Quitémosle'stas esposas al prisionero —lo intentó con llaves y ganzúas, pero no consiguió que se abrieran, así que le dio a Inky una lima triangular y le dijo—: Intenta cortá la cadena'n dos. Poneos en la cama. —Luego se volvió hacia Sonny—: ¿Cómo te llamas, tío?

—Aesop Pickens, pero la gente suele llamarme Sonny.

—Muy bien, Sonny.

Oyeron la voz de una chica que hablaba con la abuela, y escucharon en silencio unas pisadas con suela de goma que cruzaban la otra habitación.

Un golpe seco, luego tres rápidos y después otro más sonaron en la puerta.

—Gaza —dijo Sheik con su boca junto al entrepaño.

—Suez —respondió la voz de una chica.

Sheik abrió la puerta con la llave.

Entró una chica y cerró la puerta tras ella, de nuevo con llave.

Era una chica alta de piel sepia y cortos rizos negros que llevaba un suéter de cuello alto, una falda escocesa, calcetines cortos y zapatos blancos de ante. Tenía la nariz respingona, boca grande, labios gruesos, dientes blancos bien colocados y unos ojos marrones bien separados y ribeteados de largas pestañas negras.

Aparentaba unos dieciséis años, y llegó sin aliento por la emoción.

Sonny la miró detenidamente y murmuró para sí: «Si no's un ángel, que baje Dios y la vea».

—Demonios, sólo's Sissie. Pensé qu'era Bones con la pistola —dijo Choo-Choo.

—Deja de lloriqueá por la pistola. Está a salvo con Bones. Los polis no van a registrá la casa d'un basurero. Su viejo trabaja pa la ciudá igual qu'ellos.

—¿Qué es eso de Bones y la pistola? —preguntó Sissie.

—Sheik tiene…

—No's asunto de Sissie —le cortó Sheik.

—Alguien dijo que habían disparado a un árabe y al principio pensé que eras tú —dijo Sissie.

—Esperabas que fuera yo —le reprochó Sheik.

Se giró, ruborizándose de vergüenza.

—No me mires a mí —le dijo Choo-Choo a Sheik—. Díselo tú. Es tu chica.

—Fue Caleb —confesó Sheik.

—¡Caleb! ¡Santo Dios! —Sissie se dejó caer en la cama al lado de Sonny. Parecía anonadada—. ¡Santo Dios! Pobre Caleb. ¿Qué hará la abuela?

—¿Qué demonios pue hacé? —espetó Sheik con crudeza—. ¿Levantarlo de los muertos?

—¿Lo sabe ella?

—¿Te parece a ti que lo sepa?

—¡Santo Dios! Pobre Caleb. ¿Qué hizo?

—Yo l'hice al viejo Coffin Ed el salúo apestoso y… —empezó Choo-Choo.

—¡No te atreverías! —exclamó ella.

—Vaya que no.

—¿Qué hizo Caleb?

—Le tiró perfúme'ncima al monstruo. S'el salúo Musulmán pa los polis. Ya t'hablé d'él. Pero'l monstruo debió pensá que Cal l'estaba tirando más ácido a los ojos. Pegó'l tiro tan rápido que no pudimos decirle na.

—¡Santo Dios!

—¿OndeÆstá Sugartit? —preguntó Sheik.

—En casa. No ha bajado a la ciudad esta noche. La llamé por teléfono y me dijo que estaba enferma.

—Vale. ¿Has tenío algún problema pa entrá?

—No. Le dije a los polis de la puerta que vivía aquí.

Oyeron la señal telegrafiada en la puerta.

Sissie dio un grito ahogado.

Sheik le lanzó una mirada de sospecha.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó.

—Nada.

Dudó antes de abrir la puerta.

—¿Esperas a alguien?

—¿Yo? No. ¿A quién podría estar esperando?

—Tas comportándote de forma muy rara.

—Sólo estoy nerviosa.

La señal fue telegrafiada de nuevo.

Sheik se acercó a la puerta y dijo: «Gaza».

—Suez —respondió una cantarina voz de chica.

Sheik le lanzó una mirada amenazadora a Sissie mientras abría la puerta.

Una chica de piel chocolate y huesos finos vestida como Sissie se deslizó apresuradamente al interior de la habitación.

Al ver a Sissie, se quedó quieta y soltó un «¡oh!» con tono de culpabilidad.

La mirada de Sheik viajó de la una a la otra.

—Creía qu'habías dicho qu'estaba'n casa —acusó a Sissie.

—Eso creía —dijo Sissie.

Volvió a mirar a Sugartit.

—¿Qué demonios pasa contigo? ¿Qué narices'ta pasando aquí?

—Han matado a un Musulmán y pensé que eras tú —respondió.

—Toas vosotras, pequeñas zorras, 'tabais esperando que fuera yo —dijo él.

Ella tenía unos ojos oscuros color ciruela con largas pestañas negras que parecían guardar algún secreto. Le lanzó una corta mirada desafiante a Sissie y dijo:

—A mí no me incluyas.

—¿Se lo has dicho a l'abuela? —preguntó Sheik.

—Claro que no.

—Fue tu novio, Caleb —soltó de manera cruel Sheik.

Ella dio un grito agudo y cargó contra Sheik, arañando y dando patadas.

—¡Sucio bastardo! —gritó—. Siempre me estás tomando el pelo.

Sissie la apartó de un tirón.

—Cállate y mantén la boca cerrada —dijo de forma tensa.

—Díselo tú —le pidió Sheik.

—Fue Caleb, es cierto —corroboró Sissie.

—¡Caleb! —chilló Sugartit tirándose boca abajo sobre la cama. Se levantó en un instante, soltando acusaciones contra Sheik—: Tú lo hiciste. Tú hiciste que lo mataran. Por mí. Porque él tuvo más suerte

y no pudiste conseguir que yo hiciera lo que obligaste a hacer a Sissie.

—Eso es mentira —se defendió Sissie.

—¡Caleb! —gritó Sugartit con todas sus fuerzas.

—Calla, l'abuela te va a oí —advirtió Choo-Choo.

—¡Abuela! ¡Caleb está muerto! ¡Sheik lo ha matado! —volvió a gritar.

—Haz que pare —le ordenó Sheik a Sissie—. S'está poniendo histérica y no quiero tené qu'hacerla daño.

Sissie la agarró por detrás, le tapó la boca con una mano y le retorció el brazo por detrás de la espalda con la otra.

Sugartit le echó una mirada furiosa a Sheik por encima de la mano de Sissie.

—L'abuela no pue oí na —dijo Inky.

—Una leche que no —replicó Choo-Choo—. Pue oí cuando l'interesa.

—¡Suéltame! —masculló Sugartit, y mordió la mano de Sissie.

—¡Deja de hacer eso! —gritó Sissie.

—Voy a ir a verle —masculló de nuevo Sugartit—. Le quiero. No puedes detenerme. Voy a averiguar quién le disparó.

—Lo hizo tu viejo —soltó con crudeza Sheik—. El monstruo, Coffin Ed.

—¿He oío a alguien llamá a Caleb? —preguntó la abuela desde el otro lado de la puerta.

Sheik cerró rápidamente sus manos en torno a la garganta de Sugartit y la ahogó para que se callara.

—No, abuela —dijo en voz alta—. Son sólo'stas tontas discutiendo sobre sus cigarrillos de cubeba.

—¿Einnn?

—¡Cubeba! —gritó Sheik.

—Armái tanta bulla qu'una no pue oírse pensá —se quejó ella. La oyeron arrastrar los pies de vuelta a la cocina.

—Dios mío, va a estar levantada esperándole —dijo Sissie.

Sheik y Choo-Choo intercambiaron miradas.

—Ni siquiera sabe qu'está pasando'n la calle —añadió Choo-Choo.

Sheik retiró las manos de la garganta de Sugartit.

5

—¿Cuándo podrá saber con qué lo mataron? —preguntó el jefe de Policía.

—Lo mataron con una bala, por supuesto —respondió el ayudante del forense.

—No me resulta gracioso —soltó el jefe—. Quiero decir con una bala de qué calibre.

Su acento había comenzado a hacerse más marcado, y los policías que mejor lo conocían empezaron a ponerse nerviosos.

El juez de instrucción suplente cerró de golpe su maletín con ademán evasivo y miró al jefe de Policía con ojos aumentados a través de la gutapercha negra que los rodeaba.

—Eso no se puede saber hasta después de la autopsia. Habrá que extraer la bala del cerebro del cadáver y someterla a pruebas y…

El jefe de Policía escuchaba en silencio con el rostro encendido.

—Yo no realizo la autopsia. Soy del turno de noche. Yo sólo dejo constancia de si están muertos. He señalado que este lo estaba al llegar. Al llegar yo, quiero decir, no él. Usted sabe más que yo sobre si estaba muerto cuando llegó aquí, y más también sobre cómo lo mataron.

—Le he hecho una pregunta educada.

—Y yo le he dado una respuesta educada. O tal vez debería decir una educada respuesta de funcionario. Los hombres que hacen la autopsia entran a trabajar a las nueve en punto. Debería tener su informe a eso de las diez.

—Eso es todo lo que le preguntaba. Gracias. Y maldita sea, de poco me va a servir eso esta noche. Es probable que mañana sobre las diez el asesino se haya ido a la otra punta de los Estados Unidos, si sabe lo que le conviene.

—Eso es asunto suyo, no mío. Puede mandar los fiambres al depósito cuando haya terminado con ellos. Yo acabo de hacerlo. Buenas noches a todos.

Nadie respondió. Él se marchó.

—Nunca he sabido por qué necesitamos un maldito doctor para decirnos si un fiambre está muerto o no —se quejó el jefe de Policía.

Era un hombre grande y curtido ataviado con muchos galones dorados. Había ido ascendiendo desde la base del escalafón. Todo en él desde la brazada de franjas doradas del uniforme hasta los zapatos de punta cuadrada a medida decía «polizonte». Los agentes de Centre Street le llamaban a sus espaldas *Spark Plug*, por el jamelgo de pezuñas sensibles de la tira cómica *Barney Google*.

El grupo junto al cadáver del hombre blanco, del cual él era el eje central, había crecido para entonces, incluyendo, además de los protagonistas principales, dos subcomisarios de Policía, un inspector de Homicidios y tenientes de uniforme anónimos procedentes de distritos colindantes.

Los subcomisarios se mantenían en silencio. Unicamente el comisario en persona tenía alguna autoridad sobre el jefe de Policía, y estaba en casa metido en la cama.

—Este asunto es un follón del carajo —dijo el jefe hablando de manera general—. ¿Hemos puesto de acuerdo nuestras versiones?

Todos asintieron.

—Entonces, vamos, Anderson, hablemos con la prensa —le dijo al teniente al cargo de la comisaría de distrito de la calle 126.

Cruzaron la calle para reunirse con un grupo de periodistas que estaban siendo mantenidos a raya.

—Muy bien, señores, pueden tomar sus fotos —permitió.

Las bombillas de los *flashes* hicieron explosión en su cara. Después, los fotógrafos se amontonaron alrededor de los cadáveres

y les dejaron frente a los reporteros.

—Aquí está, señores. Se ha identificado al fallecido por su documentación como Ulysses Galen, residente en Nueva York. Vive solo en una suite de dos habitaciones en el Hotel Lexington. Lo hemos comprobado. El hotel cree que su esposa murió. Es un director de ventas de la King Cola Company. Nos hemos puesto en contacto con su oficina central en Jersey y hemos averiguado que Harlem está dentro de su zona.

Su fuerte acento era música para los oídos de los reporteros en mitad de la ruidosa noche. Las estilográficas arañaban los cuadernos. Las bombillas de los *flashes* descargaban sobre los cadáveres como una andanada de fuego antiaéreo.

—Una carta en su bolsillo de una tal señora Helen Kruger, de Wading River, Long Island, comienza con un «Querido papá». Hay una carta sin enviar dirigida a Homer Galen, en el 1600 de Michigan Avenue en Chicago. Es un distrito de negocios. No sabemos si Homer Galen es su hijo u otro familiar…

—¿Qué hay sobre las causas de su muerte? —interrumpió un reportero.

—Sabemos que recibió un disparo en la parte posterior de la cabeza a manos de un hombre negro llamado Sonny Pickens, que lleva un salón de limpieza de calzado en la confluencia de la calle 134 con Lenox Avenue. Varios negros se sintieron molestos al ver a la víctima bebiendo en un bar situado en la esquina entre la calle 129 y Lenox…

—¿Qué estaba haciendo en un bar mugriento aquí en Harlem?

—Aún no lo hemos averiguado. Probablemente dar un garbeo. Sabemos que el barman resultó herido con una navaja al intentar protegerle de otro agresor de color…

—¿Cómo le atacó el limpiabotas moreno?

—No tiene gracia, señores. El primer negro le atacó con una navaja…, intentó atacarle: el barman le salvó. Cuando salió del bar, Pickens lo persiguió calle abajo y lo disparó por la espalda.

—Acaso espera que le pegue un tiro a un blanco de frente.

—Dos detectives de color de la comisaría de distrito de la calle 126 llegaron al escenario a tiempo de arrestar a Pickens prácticamente en mitad del homicidio. Todavía tenía el arma en la mano —continuó el jefe de Policía—. Esposaron al detenido y se encontraban a punto de llevarlo a comisaría cuando lo secuestró una banda juvenil de Harlem que se hace llamar los Musulmanes Molones.

Los reporteros estallaron en carcajadas.

—Qué, ¿no son los Mau-Maus?

—No tiene gracia, señores —volvió a decir el jefe de Policía—. Uno de ellos intentó arrojar ácido a los ojos de uno de los detectives.

Los reporteros se callaron.

—Otro gánster le tiró ácido a la cara a un agente en esta zona hace algo así como un año, ¿no es verdad? —recordó un reportero —. También era un policía de color. Johnson, Coffin Ed Johnson, le llamaban.

—Es el mismo agente —declaró Anderson, interviniendo por primera vez.

—Debe de ser un imán —dijeron los reporteros.

—Simplemente es un hombre duro y le tienen miedo —explicó Anderson—. Tienes que ser duro para ser un policía de color en Harlem. Lamentablemente, la gente de color no respeta a los policías de color a menos que sean duros.

—Disparó y mató al que le tiró el ácido —añadió el jefe de Policía.

—¿Se refiere al primero o a este? —preguntó el reportero.

—A este, al Musulmán —contestó Anderson.

—Durante el alboroto, Pickens y los otros escaparon internándose en la multitud —dijo el jefe de Policía.

Se giró y señaló un edificio de viviendas al otro lado de la calle. Parecía indescriptiblemente feo bajo la deslumbrante luz de una docena de potentes focos. Había policías de uniforme en la azotea, otros entraban y salían a través del recibidor; y otros más sacaban las cabezas por las ventanas de la fachada para gritarles a otros

policías a pie de calle. Las demás ventanas que daban a la calle estaban atestadas de caras negras, que parecían racimos de extraños frutos púrpuras bajo la descarnada luz blanca.

—Pueden ver por ustedes mismos que estamos buscando al asesino —continuó el jefe de Policía—. Vamos a registrar esos edificios con todos los medios a nuestro alcance, uno por uno, apartamento por apartamento, habitación por habitación. Tenemos la descripción del asesino. Lleva puestas unas esposas que no se pueden forzar. Deberíamos de tenerle detenido antes de que amanezca. Es imposible que escape de esta batida.

—Si es que no lo ha hecho ya —dijo un reportero.

—No lo ha hecho. Llegamos demasiado rápido.

Los reporteros empezaron después a hacerle preguntas.

—¿Es Pickens uno de los Musulmanes Molones?

—Sabemos que fue rescatado por siete de ellos. El octavo murió.

—¿Había algún indicio de robo?

—No, a menos que la victima portara objetos de valor que desconociéramos. Su cartera, reloj y anillos están intactos.

—¿Entonces cuál fue el móvil? ¿Una mujer?

—Bueno, no es probable. Era un hombre importante, de un nivel económico acomodado. No tenía por qué buscar mujeres por aquí.

—Ha ocurrido antes.

El jefe de Policía abrió los brazos en señal de asentimiento.

—Es verdad. Pero en este caso, los dos negros que le atacaron lo hicieron porque les molestaba su presencia en un bar de gente de color. Expresaron su enfado con numerosas palabras. Tenemos testigos de color que los oyeron. Los dos negros habían perdido el control de sus facultades. El primero había estado bebiendo toda la tarde. Y Pickens había estado también fumando marihuana.

—De acuerdo, jefe, es su historia —dijo el decano de los reporteros de sucesos, poniendo fin a la rueda de prensa.

El jefe de Policía y Anderson cruzaron de nuevo la calle hacia el grupo que estaba en silencio.

—¿Sé salió con la suya? —preguntó uno de los subcomisarios.

—Maldita sea, tuve que contarles algo —se defendió el jefe de Policía—. ¿Quiere que les cuente que un ejecutivo blanco que gana quince mil dólares anuales fue tiroteado en una calle de Harlem por un negro fumeta con una pistola de fogueo que fue inmediatamente rescatado por una pandilla de delincuentes juveniles de Harlem, mientras todo lo que tenemos para mostrar los esfuerzos del maldito cuerpo de Policía al completo es un adolescente muerto al que llaman Musulmán Molón?

—Seguro qu'ahora ya no's tan molón —comentó Haggerty en *sotto voce*.

—¿Quiere que nos convirtamos en el hazmerreír de todo el puñetero mundo? —siguió el jefe de Policía, calentándose con el tema—, ¿quiere que se diga que la Policía de Nueva York se vio incapaz de actuar mientras un blanco se hacía matar en mitad de una calle abarrotada de negros?

—Bueno, ¿y no lo logró? —ironizó el teniente de Homicidios.

—No estaba acusándole —se disculpó el subcomisario.

—Pickens es el que lo tiene más crudo —intervino Anderson—. Lo hemos señalado como asesino cuando sabemos que él no lo hizo.

—No sabemos ni una maldita cosa —replicó el jefe de Policía, poniéndose rojo de la rabia—. Podría haber manipulado los cartuchos con balas auténticas. Se ha hecho antes, maldita sea. E incluso en el supuesto de que él no lo matara, no debería haber estado persiguiéndolo con una maldita pistola que sonaba como una de verdad. No tenemos a ningún otro sospechoso aparte de él, y se trata sólo de su negro culo.

—Alguien le disparó, y no fue con ninguna pistola de fogueo —dijo el teniente de Homicidios.

—¡Bien, maldita sea, póngase a ello y averigüe quién lo hizo! —rugió el jefe de Policía—. Usted está en Homicidios; ese es su trabajo.

—Por qué no uno de los Musulmanes —sugirió amablemente el subcomisario—. Estaban en la escena del crimen, y estos pandilleros juveniles siempre llevan armas.

Hubo un momento de silencio mientras consideraban la posibilidad.

—¿Qué piensas, Jones? —le preguntó el jefe de Policía a Grave Digger—. ¿Crees que había alguna relación entre Pickens y los Musulmanes?

—Es como dije antes —señaló Grave Digger—, a mí no me lo pareció. Tal como yo lo veo, esos adolescentes se reunieron alrededor del cadáver justo después del tiroteo, como hizo toda la gente. Y cuando Ed se puso a disparar, todos corrieron juntos, como el resto. No veo razón para creer que Pickens los conociera siquiera.

—Eso es lo que yo también tenía entendido —dijo decepcionado el jefe de Policía.

—Pero esto es Harlem —corrigió Grave Digger—. Nadie está al tanto de todas las conexiones aquí.

—Además, no tenemos más que a uno de ellos, y este no lleva arma —recordó Anderson—. Y ya han oído el informe de Haggerty de la declaración que tomó del barman y del encargado del Dew Drop Inn. Tanto Pickens como el otro hombre estaban molestos por que Galen trataba de ligar con mujeres de color. Y nadie de la banda de los Musulmanes estaba allí siquiera en ese momento.

—Pudo haber sido algún otro hombre que se sintiera de la misma forma —añadió Grave Digger—. Podría haber visto a Pickens disparar contra Galen y pensó en pegar también un tiro.

—¡Qué gente! —soltó el jefe de Policía—. Muy bien. Jones, empieza a trabajar desde ese ángulo y mira a ver qué puedes descubrir. Pero que no se meta la prensa.

Cuando Grave Digger comenzó a irse, Coffin Ed se puso a su lado.

—Tú no, Johnson —señaló el jefe de Policía—. Tú vete a casa.

Tanto Grave Digger como Coffin Ed se dieron la vuelta y se enfrentaron al silencio.

—¿Estoy bajo suspensión? —preguntó Coffin Ed en tono áspero.

—Por el resto de la noche —contestó el jefe de Policía—. Quiero que ambos os presentéis en la oficina del comisario mañana a las

nueve en punto. Jones, sigue adelante con tu investigación. Conoces Harlem, sabes adónde tienes que ir y con quién hablar. —Se volvió hacia Anderson—. ¿Tienes a algún hombre para trabajar con él?

—Haggerty —ofreció Anderson.

—Trabajaré solo —dijo Grave Digger.

—No corras riesgos —añadió el jefe de Policía—. Si necesitas ayuda, sólo pega un grito. Empléate a fondo. Me importa un carajo cuántas cabezas rompas; te cubriré las espaldas. Simplemente no mates a más adolescentes.

Grave Digger se dio la vuelta y caminó con Coffin Ed hacia su coche.

—Déjame en la estación del Independent —dijo Coffin Ed.

Los dos vivían en Jamaica y cogían la línea E cuando no utilizaban el coche.

—Lo estaba viendo venir —admitió Grave Digger.

—Si hubiera sido antes podría haber llevado a mi hija al cine —se lamentó Coffin Ed—. La veo tan poco que apenas sé nada de ella.

6

—Suéltala ya —dijo Sheik.

Sissie la dejó libre.

—¡Lo mataré! —soltó furiosa Sugartit con voz entrecortada—. ¡Lo mataré por ello!

—¿Matá a quién? —preguntó Sheik, mirándola con el ceño fruncido.

—A mi padre. Le odio. El feo bastardo. Le robaré la pistola y le pegaré un tiro.

—No hables así —la recriminó Sissie—, esa no es manera de hablar de tu padre.

—¡Le odio! ¡Sucio poli!

Inky levantó la mirada de las esposas que estaba cortando con la lima. Sonny se quedó mirando a Sugartit.

—Cállate —dijo Sissie.

—Deja que lo haga y se lo cargue —animó Sheik.

—Para de pincharla —reprobó Sissie.

—A ella no l'harán na si lo hace —intervino Choo-Choo—. To lo que tie que decí es que su viejo la pegaba to'l rato y comenzarán a llorá y a decí qu'es una pobre chica maltratá. L'echarán un ojo a Coffin Ed y la creerán.

—Le darán una medalla —añadió Sheik.

—Esas gallinas d'asistencia sociá l'encontrarán una buena familia con la que viví. Tendrá to lo que quiera. No tendrá qu'hacé na salvo comé, dormí, ir al cine y paseá en un cochazo —explicó Choo-Choo de forma detallada.

Sugartit se tiró a los pies de la cama y estalló en fuertes sollozos.

—Nos ahorraría'l trabajo —soltó Sheik.

Los ojos de Sissie se abrieron como platos.

—¡No seríais capaces! —exclamó.

—¿Qué t'apuestas?

—Si sigues hablando así voy a dejarlo.

Sheik le lanzó una mirada amenazadora.

—¿Dejá qué?

—Dejar los Musulmanes.

—L'única manera que ties de dejá los Musulmanes es como lo hizo Caleb —la advirtió Sheik.

—Si hubiera imaginado alguna vez que el pobre Caleb…

Sheik la cortó.

—Te mataré yo mismo.

—Ah, Sheik, no lo decía'n serio —dijo Choo-Choo con nerviosismo—. Qué tal si t'enciendes un par de canutos y dejas que los islamitas volemos a la Meca.

—¿Y dejá que los polis lo huelan cuando registren esto y nos detengan a tos? ¿Onde ties el cerebro?

—Podemos subí a l'azotea.

—También hay polis en l'azotea.

—En la'scalera d'incendios entonces. Podemos cerrá la ventana.

Sheik lo meditó seriamente.

—Vale, en la'scalera. Sólo me quedan dos, y de toas formas tenemos que deshacernos d'ellos.

—Voy a echá un vistazo a vé onde'stán los polis ahora —dijo Choo-Choo mientras se ponía sus gafas ahumadas.

—Quítate'sas gafas —le mandó Sheik—. ¿Quies que los polis t'identifiquen?

—Ah, demonios, Sheik, no sabrían distinguirme de ningún otro. La mitá de los tíos de Harlem llevan sus gafas ahumás de noche.

—Venga, ve a echarl'un vistazo a l'avenida. No tenemos toa la noche —dijo Sheik.

Choo-Choo empezó a salir por la ventana.

En ese momento los eslabones que mantenían unidas las esposas se separaron con un pequeño tintineo bajo la lima de Inky.

—Sheik, las he cortao'n dos —exclamó Inky triunfante.

—Déjame vé.

Sonny se puso de pie y extendió los brazos.

—¿Quién es? —preguntó Sissie como si se acabara de dar cuenta de que estaba ahí.

—Es nuestro prisionero —contestó Sheik.

—No soy ningún prisionero —se quejó Sonny—. Sólo he venío contigo porque dijiste qu'ibas a'sconderme.

Sissie miró con los ojos muy abiertos las esposas cortadas que colgaban de sus muñecas.

—¿Qué hizo? —preguntó.

—S'el gánster que se cargó al jefe del sindicato —dijo Sheik.

Sugartit paró bruscamente de llorar, rodó sobre la cama y levantó la vista hacia Sonny con ojos muy abiertos y húmedos.

—¿Fue ese? —preguntó Sissie en tono atemorizado—. El hombre que mataron, quiero decir.

—Pos claro. ¿No lo sabías? —le dijo Sheik.

—Ya t'he dicho que yo no lo maté —insistió Sonny.

—Dice que su pipa era de fogueo —explicó Sheik—. Sólo'stá intentando crearse una defensa. Pero la poli sabe la verdá.

—Era un arma de fogueo —volvió a incidir Sonny.

—¿Por qué lo mató? —preguntó Sissie.

—Tien una guerra de bandas y la mafia de Brooklyn l'encargó el trabajo.

—Oh, vete al cuerno —dijo Sissie.

—Yo no he matao a nadie —repitió Sonny.

—Cállate —mandó Sheik—. Los prisioneros no tien permitió hablá.

—M'estoy cansando d'eso —dijo Sonny.

Sheik le miró de modo amenazador.

—¿Quies que t'entreguemos a la poli?

Sonny dio marcha atrás rápidamente.

—No, Sheik, pero demonios, no tenéi por qué aprovecharos de mí…

Choo-Choo metió la cabeza por la ventana y le interrumpió:

—La poli'stá por toas partes aquí fuera. No hay más que polis.

—¿Onde'stán ahora?

—En tos laos, pero justo ahora'stán tomando'l edificio dos puertas más abajo. Tien focos de toas clases apuntando a la fachá y hay polis con metralleta paseándose por la calle. Mejó que nos demos prisa si vamos a mové al prisionero.

—Tranqui, atontao —dijo Sheik—. Echa un vistazo'n l'azotea.

—Alabemos a Alá —contestó Choo-Choo alejándose a gatas de la ventana.

—Quítate'sa chaqueta y la camisa —ordenó Sheik a Sonny.

Una vez Sonny se hubo desnudado hasta quedarse en camiseta interior, Sheik le miró y dijo:

—Colega, mira qu'eres negro. Cuando eras un bebé tu mamá debía pintarte la boca con tiza pa sabé onde poné la teta.

—No soy más negro que Inky —se defendió Sonny.

—A mí no me metas —intervino Inky.

Sheik le sonrió de manera burlona.

—Tú no tuviste ningún problema, ¿verdá, Inky? Tu mami usaba pintura luminosa contigo.

—Vamos, tío, empiezo a tené frío —se quejó Sonny.

—Déjate puestos los pantalones —le dijo Sheik—. Hay damas delante.

Colgó la chaqueta de Sonny con su propia ropa en la cuerda de tender que había tras la cortina y tiró la camisa a la esquina. Después le lanzó a Sonny un viejo jersey rojo descolorido de cuello vuelto.

—Bájate las mangas por encima de los hierros y ponte'se abrigo —mandó, señalando el viejo abrigo militar que le había quitado al portero.

—Hace demasiao caló —protestó Sonny.

—Vas a hacé lo que yo diga, ¿o tengo que sacudirte?

Sonny se puso el abrigo.

Sheik cogió después un par de guantes largos de cuero de conducir del interior de una maleta de cartón que guardaba bajo la cama y se los pasó también a Sonny.

—¿Qué voy a hacé con ellos? —preguntó Sonny.

—Sólo póntelos y calla, atontao —espetó Sheik.

Luego cogió una larga vara de bambú de detrás de la cama y empezó a pasarla a través de la ventana. En un extremo había sujeto un raído banderín de fieltro de los Giants de Nueva York.

Choo-Choo bajó por la escalera de incendios a tiempo de coger la vara y apoyarla contra la escalera.

—Todavía no hay polis en est'azotea pero la de más abajo onde'stán haciendo el registro'stá plagá d'ellos —informó.

Su cara estaba brillante de sudor y el blanco de sus ojos había empezado a resplandecer.

—No te me vayas a rajá ahora —dijo Sheik.

—Sólo necesito algo de maría pa calmá los nervios.

—Vale, vamos a fumarnos dos ahora. —Sheik se giró hacia Sonny y dijo—: P'afuera, chaval.

Sonny le lanzó una mirada, dudó, y luego salió trepando al rellano de la escalera de incendios.

—Déjame ir también —pidió Sissie.

Sugartit se incorporó con repentino interés.

—Quiero que vosotras pequeñas os quedéis aquí n'este cuarto y n'os mováis —ordenó Sheik con voz severa. Luego se volvió hacia Inky—: Vamos, Inky, voy a necesitarte.

Inky se unió a los otros en la escalera de incendios. Sheik salió el último y cerró la ventana. Todos se sentaron en cuclillas. Ocupaban todo el rellano.

Sheik sacó dos cigarrillos doblados de una de las mangas enrolladas de su sudadera y se los metió en la boca.

—¡Vaya trompetones! —exclamó Choo-Choo—. Qué callao te lo tenías.

—Dame algo de fuego y menos cháchara —contestó Sheik.

Choo-Choo sacó rápidamente un mechero de dólar y encendió los dos cigarrillos. Sheik aspiró el humo hasta lo más profundo de sus pulmones y luego le pasó uno de los canutos a Inky.

—Choo-Choo y tú fumaos este a medias, y el prisionero y yo nos repartiremos este otro.

Sonny levantó ambas manos enguantadas como si quisiera empujar algo.

—Yo paso. Ese porro m'ha metió'n más problemas de los que puedo salí.

—Eres un gallina —dijo Sheik con desprecio, dando otra calada. Tragaba de nuevo el humo cada vez que este ascendía desde sus pulmones. Su cara se hinchó y la sangre acumulada hizo que empezara a ponérsele más oscura a medida que la droga hacía efecto. Sus ojos se dilataron y las ventanas de su nariz se ensancharon.

—Tío, apuesto que si tuviera mi chicharra podría pegarl'un tiro entre los ojos ase sargento d'ahí abajo y dejarlo tieso —aseguró. El cigarrillo estaba pegado a su labio inferior y se meneaba arriba y abajo cuando hablaba.

—Lo qu'a mí me gustaría tené es uno d'esos potentes treinta y ocho de cañón largo como los que tien Grave Digger y Coffin Ed —fantaseó Choo-Choo—. Esas chicharras puen matá una roca. Le pondría un silenciadó y podría sentarme aquí y cargarme a cualquié hijoputa que quisiera. Pero no dispararía a menos que fuera un pez gordo o'l jefe de Policía o alguien pareció.

—Tas hablando de lo que querrías, de lo que te gustaría tené, yo'stoy hablando d'hechos —afirmó Sheik, con el cigarrillo agitándose arriba y abajo en su boca.

—Lo que dices hará que te frían en Sing-Sing si no ties cuidao —señaló Choo-Choo.

—¡Qué quies decí! —gritó Sheik, poniéndose en pie de un salto de forma amenazadora—. Vas a conseguí que tire tu culo fuera la'scalera.

Choo-Choo también se levantó de un salto, poniendo la espalda contra la barandilla.

—¿Tirá onde el culo de quién? No'stás hablando con Inky. Mi culo no tie plumas de gallina.

Inky se puso de pie apresuradamente y se interpuso entre ellos.

—¿Qué pasa con el prisionero, Sheik? —preguntó alarmado.

—¡Al diablo con el prisionero! —despotricó Sheik, sacando una navaja con mango de hueso y desplegando la hoja de quince centímetros con el mismo movimiento.

—¡No les rajes! —gritó Inky.

Tiró a Inky contra los peldaños de hierro de una bofetada con el dorso de la mano y cerró el puño en torno al cuello de la sudadera de Choo-Choo.

—Si cantas te cortaré la puta garganta —amenazó.

La violencia brotaba de él como sangre por una herida abierta.

Los ojos de Choo-Choo se pusieron blancos en tres cuartas partes y un sudor febril empezó a manar de su piel café oscuro.

—¡No quise decí na, Sheik! —lloriqueó con desesperación en voz baja—. Sabes que no quise decí na. Un hombre pue hablá de lo que le gustaría hacé, ¿no's verdá?

La oleada de violencia se alejó, pero Sheik estaba todavía dominado por una compulsión asesina.

—Si pensara que t'has chivao, te mataría.

—Sabes que no voy a chivarme, Sheik. Sabes que no l'haría.

Sheik soltó el cuello de su sudadera. Choo-Choo tomó aire en un profundo suspiro.

Inky se levantó y se frotó la espinilla magullada.

—M'has hecho perdé'l canuto —se quejó.

—Al diablo con el canuto —contestó Sheik.

—A eso me refiero —intervino Sonny—. Esta maría que venden ahora t'hará cortarle el cuello a tu madre. La deben está mezclando con estramonio o algo.

—¡Cállate! —gritó Sheik, sosteniendo aún la navaja desplegada en su mano—. No te lo voy a decí más veces.

Sonny le echó una mirada a la navaja y dijo:

—No'staba diciendo na.

—Mejó que no —advirtió Sheik. Después se volvió hacia Inky—: Inky, lleva'l prisionero arriba a l'azotea y empezá los dos a volá las palomas de Caleb. Tú, Sonny, cuando la pasma venga les dices que tu nombre's Caleb Bowee y que sólo'stás intentando enseñá a tus palomas a volá de noche. ¿Lo has pillao?

—Sí —afirmó Sonny con escepticismo.

—¿Sabes cómo hacé que las palomas vuelen?

Sonny dudó.

—¿Tirándolas piedras?

—Diablos, negro, ties el cerebro más pequeño qu'una semilla de mostaza. No pues tirá piedras ahí arriba con tos esos polis por ahí. Lo que ties qu'hacé es cogé esta vara y agitá el extremo con el banderín ca vez que traten de posarse.

Sonny miró la vara de bambú con escepticismo.

—Supongamos que salen volando y no vuelven.

—No van a ir a ningún lao. Sólo vuelan en círculos intentando to'l rato meterse de nuevo en el palomá. —Sheik se dobló de repente hacia delante y empezó a reír—. Las palomas no piensan, tío.

Los demás simplemente le miraron.

Finalmente, Inky preguntó:

—¿Qué quies qu'haga yo?

Sheik se puso derecho rápidamente y dejó de reírse.

—Tú vigila'l prisionero y procura que no s'escape.

—¡Ah! —soltó Inky. Un momento después, preguntó—: ¿Qué voy a decirles a los polis cuando me pregunten qu'estoy haciendo?

—Diablos, les dices que Caleb t'está enseñando a'ntrená a las palomas.

Inky se dobló hacia delante y empezó a frotarse de nuevo las espinillas. Sin levantar la vista, dijo:

—¿Crees que los polis se van a tragá eso, Sheik? ¿Crees que van a está tan mal de la cabeza como pa creé qu'alguien va a está volando palomas con to lo qu'está pasando por aquí?

—Diablos, son polis blancos —respondió Sheik desdeñosamente —. Creen de tos modos que los negros'tán locos. Sonny y tú comportaos simplemente como si fuerais algo cortos. Se lo van a tragá como si fuera helao de chocolate. L'único que van a hacé va a sé daros una patá'n el culo y troncharse de lo locos qu'están los negros. Se van a ir a casa y les van a hablá a sus señoras y a to'l que vean de dos negros atontaos en l'azotea enseñando a volá a las palomas en mitá de la batía más grande qu'han hecho nunca'n Harlem. Ya verás cómo se lo tragan.

Inky siguió frotándose la espinilla.

—Nos que dude de ti, Sheik, pero supongamos que no se lo creen.

—Maldita sea, sube, haz lo que t'he dicho y no te ques ahí llevándome la contraria —espetó Sheik en un nuevo arranque de furia —. Si os echara un vistazo a ti y a'ste negro me lo creería yo mismo, y ni siquiera soy un poli blanco.

Inky se volvió de mala gana y comenzó a subir las escaleras hacia la azotea. Sonny le echó otra mirada de reojo a la navaja desplegada de Sheik y se puso a seguirlo.

—Espera un minuto, retrasao, no t'olvides la vara —recordó Sheik —. Y t'he dicho que no intentes tirarles piedras a'sas palomas. Podrías matá a una y entonces tendrías que comértela. —Se dobló de la risa que le produjo su chiste.

Sonny recogió la vara con rostro serio y subió las escaleras lentamente tras Inky.

—Vamos —le dijo Sheik a Choo-Choo—, abre la ventana y volvamos dentro.

Antes de girarse y agacharse para abrir la ventana, Choo-Choo dijo:

—Escucha, Sheik, no quise decí na con aquello.

—Olvídalo —contestó Sheik.

Sissie y Sugartit estaban sentadas en silencio en la cama una al lado de la otra, con aspecto de estar asustadas y abatidas. Sugartit

había dejado de llorar, pero sus ojos estaban enrojecidos y sus mejillas manchadas.

—Santo Dios, uno pensaría qu'esto s'un funeral —soltó Sheik.

Nadie contestó. Choo-Choo se movía inquieto apoyando el peso en uno y otro pie.

—Chicas, quiero que borréis 'sas caras tristes —dijo Sheik—. Cuando lleguen los polis tie que parecé qu'estamos pasándolo'n grande y que no nos preocupa na.

—Pásatelo en grande tú solo —replicó Sissie.

Sheik fue hacia ella y le dio un manotazo en el costado.

Ella se levantó sin decir una palabra y caminó hacia la ventana.

—Si sales por esa ventana te tiraré abajo a la calle —amenazó Sheik.

Ella se quedó allí parada mirando por la ventana y dando la espalda, sin responder.

Sugartit se sentó silenciosamente en el borde de la cama y se estremeció.

—Diablos —dijo Sheik con indignación y dejándose caer a lo largo de la cama detrás de Sugartit.

Ella se levantó y fue a colocarse al lado de Sissie en la ventana.

—Vamos, Choo-Choo, al diablo con esas zorras —dijo Sheik—. Hablemos qué hacé con el prisionero.

—Ahora'stás yendo al grano —dijo Choo-Choo de manera entusiasta, sentándose a horcajadas en una silla—. ¿Ties algún plan?

—Claro. Dame un pito.

Choo-Choo pescó un par de Camels de un paquete arrugado que viajaba en la manga enrollada de su sudadera y los encendió, pasándole uno a Sheik.

—Este tabaco normal después del porro te deja loco —apuntó.

—Tío, ya siento la cabeza como si me fuera a estallá, la tengo llena d'ideas —dijo Sheik—. Si tuviera una banda de verdá como la de Dutch Schultz[1] podría hacerme con el control de Harlem con las ideas que tengo. To lo que necesito son hombres.

—Diablos, tú y yo podríamos hacerlo solos —afirmó Choo-Choo.

—Necesitaríamos algunas armas y tal, algunas chicharras auténticas de fábrica, un par de metralletas y pue qu'algunas piñas.

—Si nos cargáramos a Grave Digger y al Monstruo tendríamos dos chicharras realmente molonas pa'mpezá —sugirió Choo-Choo.

—No vamos a meternos con esos gorilas hasta qu'estemos organizaos —señaló Sheik—. Es posible qu'entonces podamos trae gente de talento pa'hacé'l trabajo. Pero nos haría falta algo de pasta.

—Demonios, podemos pedí un rescate por el prisionero —propuso Choo-Choo.

—Y quién rescataría a'se negro —contestó Sheik—. Apuesto que ni siquiera su propia mamá pagaría pa que se lo devolviéramos.

—Pue pagá él mismo por su rescate —propuso Choo-Choo—. Tie un salón de limpieza de calzao, ¿verdá? Los salones de limpieza dan bastante pasta. Tal vez tenga también un carro.

—Diablos, supe to'l rato quera valioso —comentó Sheik—. Por eso hice que nos lo lleváramos.

—Podemos hacernos con su salón de limpieza —señaló Choo-Choo.

—También se m'ocurren otros planes —añadió Sheik—. Quizá podamos venderlo a los Estrellas de David a cambio de unas cuantas pipas caseras. Tien montones d'ellas y les da miedo usarlas.

—Podríamos hacé eso o cambiárselo a los Bandíos de Puerto Rico por Burrhead. Le prometimos a Burrhead que pagaríamos su rescate y han estao diciendo que si no nos damos prisa en pagá le van a cortá'l cuello.

—Deja que le corten el cuello a'se negro hijoputa —soltó Sheik—. Ese gallina bastardo no nos conviene.

—Se m'ocurre una idea, Sheik —dijo Choo-Choo eufórico—. Podríamos meterlo'n un saco como hacían los tíos d'antes, comol Alemán[2] y otros solían hacé y tirarlo al río Harlem. Siempre he querío meté a algún cabrón dentro d'un saco.

—¿Sabes cómo meté a un hijoputa n'un saco? —preguntó Sheik.

—Claro, coges y… —

—Calla, te voy a decí cómo. Primero dejas al hijoputa inconsciente d'un golpe; así evitas qu'ande brincando. Luego le pones un lazo con un núo corredizo al cuello. Luego haces que se doble y atas sus rodillas con el otro extremo del cable. Luego, cuando lo metes en el saco, ties qu'asegurarte de qu'es lo bastante grande pa que tenga sitio pa moverse. Cuando'l hijoputa se despierta y trata de ponerse recto s'ahoga él solo hasta morí. Así que nadie l'ha matao. El hijoputa sólo s'ha suicidao —Sheik rodó sobre la cama muerto de risa.

—Primero ties qu'atarle las manos a la'spalda —señaló Choo-Choo.

Sheik dejó de reír y su cara se puso lívida de ira.

—¡Quién no sabe eso, atontao! —gritó—. ¡Pos claro que ties qu'atarle las manos a la'spalda! Intentas decirme que no sé cómo meté a un hijoputa'n un saco. A ti te voy a meté'n un saco.

—Sé que sabes cómo, Sheik —se apresuró a decir Choo-Choo —. Sólo quería que no t'olvidaras de na cuando metamos al prisionero n'un saco.

—No voy a olvidarme de na —aseguró Sheik.

—¿Cuándo vamos a hacerlo? —preguntó Choo-Choo—. Sé onde'ncontrá un saco.

—Vale, lo haremos en cuanto la poli termine por aquí; luego lo llevamos abajo y lo dejamos en el sótano —dijo Sheik.

7

Grave Digger mostró fugazmente su placa a los dos agentes de uniforme que vigilaban la puerta y entró en el Dew Drop Inn empujando esta con las manos.

El garito estaba atestado de gente de color que había visto morir al hombretón blanco, pero a nadie parecía preocuparle el asunto.

La máquina de discos estaba tocando una versión cargada de ritmo de *Mujer de piernas grandes*. Los saxofones suplicaban; las trompas provocaban; el contrabajo repiqueteaba; los tambores charlaban; el piano seducía, le hacía el amor e interpretaba la melodía, y una voz ronca de mujer cantaba a pleno pulmón:

… mi pierna puedes tocar
pero no subas más allá.

Mujeres de trasero inquieto se meneaban encima de los altos taburetes de la barra como queriendo salir de sus vestidos.

Grave Digger avanzó pisando el serrín esparcido sobre las manchas de sangre que no se irían y se sentó en el taburete situado al final de la barra.

Big Smiley estaba sirviendo copas con el brazo izquierdo en cabestrillo.

El encargado blanco, con las mangas de su camisa de seda color canela enrolladas, estaba ayudando.

Big Smiley fue hacia Grave Digger arrastrando los pies sobre el suelo húmedo y le mostró la mayoría de sus grandes dientes

amarillos.

—¿Va a tomá algo, jefe, o sólo va a sentarse a pensá?

—¿Cómo va el ala? —preguntó Grave Digger.

—Bié. El corte no fue lo bastante profundo como p’hacé un daño serio.

El encargado se acercó y dijo:

—Si hubiera pensado que iba a haber algún problema habría llamado a la Policía inmediatamente.

—¿Y a qué llamáis problemas en este garito? —preguntó Grave Digger.

El encargado se puso rojo.

—Me refería a que fueran a matar al hombre blanco.

—¿Qué fue en concreto lo que desencadenó los problemas aquí?

—No fue exactamente lo qu’uno llamaría problemas, jefe —dijo Big Smiley—. Sólo qu’un borracho atacó a uno de mis clientes blancos con un pincho y naturalmente tuve que protegé a mi cliente.

—¿Qué tenía contra el hombre blanco?

—Na, jefe. Na en asoluto. Estaba allí sentao tomando una copa de whisky tras otra y mirando al blanco que estaba’quí de pie a lo suyo. Entonces s’emborracha hasta las trancas y el diablo le dice que se levante y raje al hombre. Eso’s to. Y naturalmente no podía dejá que l’hiciera.

—Debe haber tenido algún motivo. No estarás intentando decirme que se levantó y atacó al hombre sin razón alguna.

—No señó, jefe, apuesto mi vía a que no tenía ningún motivo pa queré rajá al hombre. Ya sabe usté cómo son los nuestros, jefe; era sólo uno d’esos negros malvaos que cuando s’emborrachan empiezan a odiá a los blancos y a recordá to lo malo que les han hecho siempre. Eso’s to. Lo más seguro’s qu’stuviera furioso con algún blanco que l’hizo algo terrible hace veinte año, abajo en el sur, y sólo quiso desquitarse aquí con este otro. Es como le dije a’se detective blanco qu’estuvo aquí, este hombre blanco estaba aquí solo de píe’n la barra y ese negro se pensó que con toas esas personas de coló aquí podía rajarle e irse de rositas.

—Es posible. ¿Cómo se llama?

—Nunca había visto ase negro antes d'esta noche, jefe: no sé cómo se llama.

Un cliente llamó desde el principio de la barra:

—Ey, jefe, ¿qué tal si me atiende un poco por aquí?

—Si me necesitas, Jones, sólo pega un grito —dijo el encargado, que se alejó para atender al cliente.

—Vale —contestó Grave Digger, preguntándole luego a Big Smiley—: ¿Quién era la mujer?

—Está ahí —indicó Big Smiley señalando con la cabeza hacia una mesa.

Grave Digger giró la cabeza y la escrutó con la mirada.

La mujer negra del vestido de punto rosa y las medias rojas de seda había regresado a su asiento en una de las mesas junto a tres obreros que la rodeaban.

—No fue por ella —añadió Big Smiley.

Grave Digger se deslizó fuera del taburete, se acercó a su mesa y enseñó rápidamente la placa.

—Quiero hablar con usted.

Ella miró la placa dorada y se quejó:

—¿Por qué no me dejan ya en paz? Ya le dije a un poli blanco todo lo que sé sobre el tiroteo, lo cual es nada.

—Venga, la invitaré a una copa —dijo Grave Digger.

—Bueno, en ese caso… —accedió ella, acompañándolo hasta la barra.

A una orden de Grave Digger, Big Smiley le sirvió de mala gana una copa de ginebra mientras el primero le decía: «Llénala».

Big Smiley llenó la copa y se quedó allí para escuchar.

—¿Cómo de bien conocía al hombre blanco? —le preguntó Grave Digger a la mujer.

—No le conocía de na. Sólo le había visto por aquí una o dos veces.

—Haciendo qué.

—Únicamente andar detrás de las chicas.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Le vio ligar con alguna?

—No, era uno d'esos especialitos. Nunca veía a ninguna que le gustara.

—¿Quién era el hombre de color que intentó darle un navajazo?

—¿Cómo demonios voy a saberlo?

—¿No era pariente suyo?

—Pariente mío. Espero que no.

—¿Qué le dijo exactamente al blanco cuando empezó a atacarle?

—No recuerdo muy bien: sólo dijo algo sobre que había estao tonteando con su nena.

—Es lo mismo de lo que le acusó el otro hombre, Sonny Pickens.

—No sé na sobre eso.

Él le dio las gracias y apuntó su nombre y dirección.

Ella volvió a su asiento.

Se dirigió de nuevo a Big Smiley:

—¿Sobre qué discutieron Pickens y el hombre?

—No tuvieron ninguna discusión, jefe. Aquí no. No le dispararon por na que pasara aquí.

—Le dispararon por algo —aseguró Grave Digger—. El robo no encaja, y la gente en Harlem no mata por venganza.

—No señó, al meno no con pistolas.

—Lo más probable es que tiren ácido o lejía caliente —apuntó Grave Digger.

—No señó, no a un blanco.

—Así que qué otra cosa queda salvo una mujer —concluyó Grave Digger.

—No señó —le contradijo Big Smiley de forma inexpresiva—, sabe que no, jefe. Una mujé de coló no piensa qu'acostarse con un hombre blanco sea ser infié. Piensan qu'es como serví en una casa, pero sólo que mejó pagao y con menos estrés. Y aparte d'eso, el horario's más reducío. Y sus maríos tampoco lo ven así. Tanto ella como su marío piensan qu'es como encontré dinero'n la calle. Y no

hablo tampoco de gente lujuriosa: hablo de cristianos y de gente que va a la iglesia y demás.

—¿Qué edad tienes, Smiley? —preguntó Grave Digger.

—Cumpliré cuarenta y nueve el próximo siete d'iciembre.

—Estás hablando de los viejos tiempos, hijo. Estos jóvenes de color de ahora ya no participan en ese trato de los tiempos de la esclavitud.

—Caray, jefe, estará de broma. Est'hablando con el viejo Smiley. Conozco los trapos sucios d'estas mujeres de Harlem que nunca s'han acostao con nadie. Caray, usté y yo podemos señalá damas de coló de la alta sociedá que consiguieron toa su reputación sólo por andá con algún blanco importante. Y sus maríos también s'aprovechan d'ello: que sus mujeres anden con algún pez gordo blanco les hace importantes también a ellos. Caray, un negro trabajado ni siquiera le pegaría un tiro a un blanco si llegara a casa y se lo'ncontrara metío'n la cama con su señora y con los pantalones bajaos. Pue que zurrara a su mujé sólo pa'nseñarla quién manda, después d'haberle quitao'l dinero, pero seguro que no l'haría tanto daño como si la pillara echand'un polvo con otro negro.

—No apostaría por ello —contestó Grave Digger.

—Como quiera, jefe, pero aún creo qu'anda usté mu desencaminao. Escuche, l'única manera que se m'ocurre de qu'un hombre de coló de Harlem mate a un blanco es en una pelea. Sacaría su pincho si l'estuvieran sacudiendo de lo lindo y quizá lo mataría d'una puñalá. Pero apostaría mi vía a que ningún negro d'aquí dispararía a un blanco a sangre fría: no a un blanco importante como él.

—¿Sabría el asesino que era un hombre importante?

—Lo sabría —afirmó Big Smiley con seguridad.

—¿Tú lo conocías? —preguntó Grave Digger.

—No señó, no puedo decí que lo conociera. Había venío aquí dos o tre veces antes, pero no sabía su nombre.

—¿Esperas que me crea que vino dos o tres veces y no averiguaste quién era?

—No quería decí exactamente que no conociera su nombre —carraspeó Big Smiley—. Pero ya le digo, jefe, no va'ncontrá pistas por aquí, eso seguro.

—Vas a tener que decirme algo más que eso, hijo —dijo Grave Digger con voz monótona e inexpresiva.

Big Smiley le miró; luego se inclinó de repente sobre la barra y dijo en voz baja:

—Pruebe en Bucky's, jefe.

—¿Por qué en Bucky's?

—Le vi vení aquí una vé con un chulo que suele ir a Bucky's.

—¿Cómo se llama?

—No m'acuerdo de su nombre, jefe. Vinieron en su coche y pararon sól'un minuto como si'stuvieran buscando a alguien, luego salieron y se fueron con el coche.

—No juegues conmigo —le advirtió Grave Digger en un súbito arranque de furia—. Esto no es una película: es real. Un hombre blanco ha sido asesinado en Harlem y Harlem es mi zona. Te llevaré a la comisaría y te echaré encima una docena de polis blancos que te sacudirán hasta borrarte el negro de la piel.

—Su nombre's Ready Belcher, jefe, pero no quiero que nadie sepa que se lo dicho —dijo Big Smiley en un susurro—. No quiero problemas con ese *starker*[3].

—Ready —dijo Grave Digger, bajándose de su taburete.

No sabía gran cosa de Ready: sólo que operaba en la parte alta y elegante de Harlem, en Washington Heights, más allá de la calle 145.

Condujo hasta la comisaría de distrito de la calle 154 en la esquina con Amsterdam Avenue y preguntó por su amigo Bill Cresus. Bill era un detective de color de la Brigada Antivicio. Nadie sabía dónde estaba Bill en ese momento. Dejó recado de que Bill se encontrara con él en Bucky's si llamaba durante la próxima hora. Después se metió en su coche y bajó en punto muerto por la pronunciada pendiente hasta Saint Nicholas Avenue, donde giró en dirección sur y tomó una bajada más suave hasta pasar la calle 149.

En apariencia, se trataba de un barrio tranquilo de casas particulares y edificios de apartamentos de cinco y seis plantas a ambos lados de la ancha calle de pavimento negro. Pero las casas habían sido divididas en pequeñas habitaciones con cocina en las que apenas cabía una cama, en alquiler por veinticinco dólares semanales, a disposición de parejas desesperadas que deseaban arrejuntarse durante una temporada. Y detrás de las fachadas de apariencia respetable de los edificios de apartamentos estaban las cunas de felpa color carne, los cuartos llenos de yonquis y los circos sexuales de Harlem.

El alboroto de la batida policial no había llegado hasta aquí y la calle estaba relativamente vacía.

Dejó que el coche se deslizara hasta detenerse delante de una sobria entrada a un sótano. Cuatro peldaños por debajo del nivel de la calle había una puerta negra con una aldaba brillante de latón en forma de tres notas musicales. Encima de ella, unas luces rojas de neón deletreaban la palabra BUCKY'S.

Era una sensación extraña estar solo. La última vez había sido cuando Coffin Ed estuvo en el hospital después de que le arrojaran el ácido. El recuerdo de aquello provocó que los músculos de su cabeza se tensaran de la rabia, y le hizo falta un esfuerzo especial para disimular su humor.

Empujó la puerta y esta se abrió.

La gente se sentaba en mesas con manteles blancos en una sala alargada y estrecha, bajo lámparas de pared de tonos rosas, mientras comían pollo frito delicadamente con los dedos. Había un grupo de seis blancos, varias parejas de color y dos hombres de color con mujeres blancas. Todos iban bien vestidos y tenían un aspecto razonablemente limpio.

Las paredes a su espalda estaban cubiertas de innumerables retratos pequeños a lápiz manchados de rosa de todos los grandes y cercanos a la grandeza que habían vivido alguna vez en Harlem. Los músicos ganaban por nueve a uno.

La chica encargada del guardarropa, apostada en un cubículo junto a la entrada, alargó la mano con una mirada de desdén.

Grave Digger conservó el sombrero y recorrió a grandes zancadas el estrecho pasillo que separaba las mesas.

Un pianista entrado en carnes de brillante piel negra y sonrisa de oro, que iba vestido con una chaqueta *sport* de *tweed* color canela y una camisa informal de seda blanca con el cuello abierto, estaba sentado delante de un piano de media cola que ocupaba el escaso espacio entre la última mesa y la barra circular. Una suave luz blanca se derramaba sobre su cabeza parcialmente calva mientras tocaba nocturnos de forma intimista.

Le echó a Grave Digger una mirada inquieta, se levantó y le siguió a la barra sumida en la penumbra.

—Espero que no estés aquí por trabajo, Digger. Pago para mantener a la Policía lejos de este lugar —dijo con voz nerviosa.

La mirada de Grave Digger recorrió la barra. Sus altos taburetes estaban ocupados por un grupo variopinto de gente: un hombre blanco corpulento de pelo moreno, dos delgados jóvenes de color, un blanco bajo y fornido con cabello rubio cortado a lo militar, dos mujeres morenas con vestidos de noche de seda blanca y un dandi de piel chocolate con un esmoquin cruzado de espalda cuadrada y que lucía al cuello un lazo rojo purpúreo. Una camarera mulata de piel clara esperaba cerca con una bandeja. Otro hombre joven, alto y delgado con piel de ébano atendía la barra.

—Sólo estoy echando un vistazo, Bucky —explicó Grave Digger —. Sólo busco un descanso.

—Mucha gente ha encontrado descanso aquí —dijo Bucky de manera insinuante.

—No lo dudo.

—Pero ese no es el tipo de descanso que estás buscando.

—Estoy buscando un descanso de un caso. Un blanco importante ha muerto asesinado a tiros en Lenox Avenue hace poco.

Bucky gesticuló con manos cubiertas de loción. Sus cuidadas uñas relucieron bajo la tenue luz.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros? Aquí nunca se hace daño a nadie. Todo está tranquilo y sin problemas. Puedes verlo por ti mismo. Gente elegante cenando tranquilamente. Buena comida. Música suave. Luz tenue y risas. No parece que haya trabajo para la Policía en este ambiente respetable.

En la pausa que hubo a continuación se oyó a uno de los hombres con piel de ébano y cabello ondulado decir con voz cantarina:

—Definitivamente ni siquiera miré a su hombre, y ella se levantó y me golpeó en la cabeza con una botella de whisky.

—Estas arpías negras son tan violentas —dijo su acompañante.

—Y fuertes, cariño.

Grave Digger esbozó una amarga sonrisa.

—El hombre al que asesinaron era cliente tuyo —señaló—. Su nombre era Ulysses Galen.

—Dios mío, Digger. No conozco los nombres de todos los blanquitos que vienen a mi local —contestó Bucky—. Sólo toco para ellos e intento que se sientan felices.

—Te creo —contestó a su vez Grave Digger—. Galen había sido visto en la ciudad con Ready. ¿Despierta eso tu memoria?

—¿Ready? —exclamó Bucky con aire de inocencia—. Casi nunca viene por aquí. ¿Quién te dio esa idea?

—Y un cuerno que no —soltó Grave Digger—. Ofrece los servicios de sus chicas por aquí.

—¡Oyes eso! —apeló Bucky con voz chillona y escandalizada al barman, conteniéndose acto seguido cuando el silencio de los comensales alcanzó sus sensibles oídos. En un susurro cargado de indignación, añadió—: Este polizonte viene aquí y me acusa de amparar a proxenetas.

—Con uno es más que suficiente, hijo —advirtió Grave Digger con su voz inexpresiva.

—Oh, ese tío es un ogro, Bucky —intervino el barman—. Sigue entreteniendo a los clientes y yo veré qué quiere. —Pasó al interior de la barra, puso los brazos en jarras y bajó la mirada hacia Grave

Digger con aire altivo—. ¿Y qué podemos hacer exactamente por usted, malvado gruñón maleducado?

Los hombres blancos de la barra rieron.

Bucky se dio media vuelta y empezó a irse.

Grave Digger le enganchó del brazo y tiró de él.

—No me obligues a ponerme rudo, hijo —masculló.

—No te atrevas a tratarme con malos modos —dijo Bucky en un susurro tenso y apagado, con todo su cuerpo rechoncho temblando de la indignación—. No tengo por qué aguantar esto de ti. Estoy cubierto.

El barman se echó hacia atrás, temblando igualmente.

—No dejéis que le haga daño a Bucky —rogó a los clientes blancos con voz asustada.

—Tal vez yo pueda ayudarle —le dijo a Grave Digger el hombre blanco del pelo rubio cortado al estilo militar—. Es usted un detective, ¿no es cierto?

—Así es —contestó Grave Digger, mientras mantenía agarrado a Bucky—. Un hombre blanco fue asesinado en Harlem esta noche y estoy buscando al asesino.

Las cejas del hombre blanco se elevaron un par de centímetros.

—¿Espera encontrarlo aquí?

—Estoy siguiendo una pista, eso es todo. El hombre ha sido visto con un chulo llamado Ready Belcher que viene por aquí.

Las cejas del hombre blanco descendieron.

—Oh, Ready: le conozco. Pero no es más que…

Bucky le cortó:

—No tienes por qué decirle nada: aquí estás bajo protección.

—Seguro —concedió el hombre blanco—. Eso es lo que el agente está intentando hacer: protegernos a todos.

—Tie razón —añadió una de las mujeres de color con vestido de noche—. Si Ready ha matao a algún tipo al que llevaba a casa de Reba, la silla’s demasiao buena pa él.

—Cierra el pico, mujer —susurró el barman con dureza.

Los músculos de la cara de Grave Digger comenzaron a agitarse violentamente al tiempo que soltaba a Bucky. Se levantó apoyando los talones en el aro reposapiés del taburete y se inclinó sobre la barra. Agarró al barman por la pechera de su camisa de seda roja cuando este intentaba alejarse de un brinco. La camisa se rasgó por la costura con un ruido entrecortado, pero tenía cogida tela suficiente para acercar al barman a la barra de un tirón.

—Ya has hablado más de la maldita cuenta, Tarbelle —susurró con voz turbia y apagada, y golpeó al barman con la palma de su mano abierta haciéndole atravesar el espacio circular del interior de la barra dando vueltas sobre sí mismo.

—No tenía por qué hacé eso —comentó la primera mujer.

Grave Digger se volvió hacia ella y soltó en tono ronco:

—Y tú, hermanita, tú y yo vamos a ir a ver a Reba.

—¡Reba! —contestó su acompañante—. ¿Conozco a alguien que se llame Reba? ¡Cielos, no!

Grave Digger bajó de su alto taburete.

—Corta ese numerito de Mami y levanta el culo —mandó con voz sucia—, o cogeré mi revólver y te romperé los dientes.

Los dos hombres blancos le miraron fijamente como si fuera un animal peligroso que se hubiera escapado del zoo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó la mujer.

—Lo digo en serio —aseguró él.

Ella se bajó del taburete, que soltó un crujido, y dijo:

—Dame mi abrigo, Jule.

El dandi de piel chocolate cogió un abrigo de lo alto de la máquina de discos que había detrás de ellos.

—Está pasándose un poco —protestó el hombre blanco de pelo rubio en tono razonable.

—Sólo soy un poli —dijo Grave Digger con voz sucia—. Si los blancos insistís en venir a Harlem, donde obligáis a la gente de color a vivir en suburbios infestados por el crimen y el vicio, mi trabajo es velar por vuestra seguridad.

El hombre blanco se puso rojo como un pimiento.

8

El sargento llamó a la puerta. Estaba flanqueado por dos agentes de uniforme y un cabo.

Otro grupo de búsqueda dirigido por otro sargento se encontraba en la puerta del lado contrario del vestíbulo.

Otros policías estaban batiendo todos los pasillos empezando desde la planta baja y acordonando el área que habían cubierto.

—Adelante —dijo la abuela en voz alta y quejumbrosa—, la puerta no'stá cerrá. —Mordió la boquilla de su pipa de mazorca con sus encías sin dientes.

El sargento y su grupo entraron en la pequeña cocina. En la habitación no cabía un alfiler.

Al ver a la ancianísima mujer zurciendo atareada de forma inocente, el sargento hizo un amago de quitarse la gorra, luego recordó que estaba de servicio y se la dejó puesta.

—¿No cierra usted la puerta, abuela? —observó.

La abuela miró a los policías por encima de la montura de sus viejas gafas y sus dedos ancianos se relajaron sobre el huevo de zurcir.

—No señó, no tengo na que puea robá nadie ni nadie quie ningun'otra cosa d'una anciana como yo.

Los pequeños y brillantes ojos azules del sargento recorrieron la cocina.

—Mantiene este lugar tremendamente limpio, abuela —señaló sorprendido.

—Sí señó, limpiá no mata a nadie, y mi antigua señorita siempre solía decí que la limpieza's lo primal.

Sus ancianos ojos lechosos guardaban aterrados una pregunta que no podía formular, y su cuerpo viejo y flaco empezó a temblar.

—Querrá decir lo primero —dijo el sargento.

—No señó, quiero decí primal: sé lo qu'ella decía.

—Quiere decir que la limpieza es lo primordial —interrumpió el cabo.

—Ya salió el profesor —dijo uno de los agentes.

La abuela arrugó los labios.

—Yo sé lo que decía mi señorita: primal, decía.

—¿Vivió usted la esclavitud? —preguntó el sargento como si la idea le hubiera asaltado súbitamente.

Los otros la observaron con repentino interés.

—No sé mu bié, señó. Pero imagino que sí.

—¿Qué edad tiene?

Sus labios se movieron sin emitir sonido alguno: parecía estar intentando recordar.

—Debe tener por lo menos cien —dijo el profesor.

Ella no podía parar de temblar y poco a poco la cosa fue a peor.

—¿Qué's lo qu'ustés policías blancos quien de mí, señó? —preguntó finalmente.

El sargento se percató de que estaba temblando y dijo de modo tranquilizador:

—No vamos detrás de usted, abuela: estamos buscando a un detenido huido y a unos pandilleros adolescentes.

—¡Pandilleros!

Las gafas le resbalaron por la nariz y las manos le temblaban como si tuviera parálisis cerebral.

—Pertenecen a una banda del barrio que se hace llamar los Musulmanes Molones.

Pasó de estar aterrorizada a escandalizada.

—Aquí no somo infiele, señó —dijo indignada—. Somo cristianos temerosos de Dió.

Los policías se rieron.

—No son auténticos musulmanes —aclaró el sargento—. Sólo se hacen llamar así. Uno de ellos, de nombre Sonny Pickens, es mayor que el resto. Mató a un hombre blanco afuera en la calle.

El huevo de zurcir cayó de los dedos flácidos de la abuela sin que ella lo advirtiera. La pipa de mazorca se bamboleaba en su boca apretada; el profesor la miraba con una fascinación morbosa.

—¡Un hombre blanco! ¡Dió bendito! —exclamó con voz trémula—. ¿A qué'stá llegando'ste terrible mundo?

—Nadie lo sabe —respondió el sargento, cambiando después bruscamente de talante—: Bien, vayamos al grano, abuela. ¿Cómo se llama?

—Bowee, señó, pero to'l mundo me llama abuela.

—Bowee. ¿Cómo escribe eso, abuela?

—No sé mu bié, señó. Vie del picúo del algodonero[4]. Mi antigua señorita me lo puso. Decían que'l picúo hizo mucho daño'l año que nací.

—Y qué hay de su marido, ¿no tenía apellido?

—Nunca tenío marío, señó. Sólo a quien estuviera a mi lao.

—¿Tiene algún hijo?

—Por Dios, Sargento —intervino el profesor—. El más joven de sus hijos tendría sesenta años.

Los dos agentes se rieron; el sargento se puso colorado de vergüenza.

—¿Quién vive aquí con usted, abuela? —continuó el sargento.

Su figura huesuda se puso rígida bajo su largo vestido descolorido. La pipa de mazorca se le cayó en el regazo y rodó inadvertida hasta el suelo.

—Sólo mi nieto Caleb y yo, señó —dijo con voz forzada—. Y l'alquilo un cuarto a dos chicos trabajadore, pero son buenos chicos y nunca molestan a nadie.

Los policías sintieron una repentina curiosidad.

—Bueno, abuela, este nieto suyo, Caleb… —comenzó sutilmente el sargento.

—Podría ser mi bisnieto, señó —interrumpió ella.

Él frunció el entrecejo.

—Estupendo, su bisnieto, entonces. ¿Dónde está ahora?

—¿Quie decí justo ahora?

—Sí, abuela, justo en este momento.

—Ta trabajando en una bolera n'el centro, señó.

—¿Cuánto lleva en el trabajo?

—Se fue justo después de la cena, señó. Normalmente cenamos a las sei en punto.

—¿Y es un trabajo fijo este de la bolera?

—No señó, es sólo por esta noche, señó. Va a la'scuela… no recuerdo mu bié el número de su nuevo colegio público.

—¿Dónde está esa bolera en la que está trabajando esta noche?

—No sé, señó. Supongo que tendrá que preguntárselo a Samson. S'uno de mis inquilinos.

—Samson, vale —el sargento lo guardó en su memoria—. Y no ha visto a Caleb desde la cena… ¿pongamos, sobre las siete?

—No sé qu'hora era pero fue justo despué de cená.

—Y cuando salió de aquí, ¿se fue directamente al trabajo?

—Sí señó, le encontrará justo allí'n su trabajo. S'un buen chico y siempre hace caso de lo que le digo.

—Y sus inquilinos, ¿dónde están?

—Están en su habitación, señó. Está'n la parte d'alante. Tien visita.

—¿Visita?

—Muchachas.

—¡Oh! —Después les dijo a sus ayudantes—: Vamos.

Atravesaron la habitación central como sabuesos que siguieran un rastro reciente. El sargento tanteó el pomo de la puerta de la habitación exterior sin llamar, la encontró cerrada y la aporreó con irritación.

—¿Quién es? —preguntó Sheik.

—La Policía.

Sheik abrió la puerta. Los policías entraron apresuradamente. Los ojos de Sheik relucían.

—¿Para qué demonios tienes cerrada la puerta? —preguntó el sargento.

—No queríamos que nos molestaran.

Cuatro pares de ojos inspeccionaron rápidamente la habitación.

Dos adolescentes de color estaban sentadas en la cama una al lado de otra, hojeando una revista para gente de color. Otro joven estaba de pie observando el alboroto de la calle a través de la ventana abierta.

—¿A quién demonios te crees que estás engañando con esta farsa? —rugió el sargento.

—A ti no, genio —contestó Sheik con displicencia.

La mano del sargento salió disparada como un látigo, pasando a escasos centímetros de los ojos de Sheik.

Sheik dio un brinco hacia atrás como si se hubiera escaldado.

—Colocado hasta las cejas —dijo el sargento, recorriendo la habitación minuciosamente con la mirada. Sus ojos tropezaron con el paquete de Camels a medio fumar de Choo-Choo que estaba encima de la mesa—. Tira esos cigarrillos —ordenó a un policía, observando la reacción de Sheik—. Déjalo —añadió—, el cabrón se ha deshecho de ellos.

Acorraló a Sheik como un boxeador y puso su cara roja y sudorosa a pocos centímetros de la de él. Sus venosos ojos azules taladraron los ojos pálidos y amarillentos del chico.

—¿Dónde está ese disfraz de *á-rabe*? —preguntó con tono amenazador.

—¿Qué disfrá d'árabe? ¿Le parezco un *á-rabe*?

—A mí me pareces un niñato de pacotilla. Tienes los ojos de un chucho amarillento.

—Usté tampoco tie unos ojos pa un concurso de belleza.

—No me contestes así, niñato, o te romperé los dientes.

—Yo también podría romperle los dientes si tuviera un uniforme de sargento y a tres polizontes enormes conmigo.

Los policías le miraron fijamente con rostros indescifrables.

—¿Cómo te llaman: Mohammed o Nasser?

—Me llaman por mi nombre: Samson.

—¿Samson qué?

—Samson Hyers.

—No me cuentes gilipolleces: sabemos que eres uno de esos Musulmanes.

—No soy musulmán: soy un caníbal.

—Oh, así que te crees un gracioso.

—Es usté'l qu'hace preguntas graciosas.

—¿Cómo se llama ese otro niñato?

—Pregúnteselo a él.

El sargento lo abofeteó con tanta fuerza que sonó como un disparo del calibre 22.

Sheik se tambaleó hacia atrás por el impacto de la bofetada, pero se mantuvo en pie. La sangre oscureció su cara hasta que se puso del color del hígado de la ternera; la marca de la mano del sargento resplandecía con un rojo purpúreo. Sus pálidos ojos amarillentos parecían los de un puma rabioso. Pero sus labios no se abrieron.

—Cuando te haga una pregunta quiero que la respondas —le dijo el sargento.

No respondió.

—¿Me has oído?

Siguió sin responder.

El sargento se cernió amenazadoramente sobre él con ambos puños levantados como hachas de carnicero.

—Quiero una respuesta.

—Sí, ya l'oí —masculló Sheik con hosquedad.

—Cachéalo —ordenó el sargento al profesor, dirigiéndose después hacia los otros dos policías—: Price y tú empezad a registrar esta habitación.

El profesor se puso a trabajar con Sheik de manera metódica, como si estuviera buscando piojos, mientras los otros dos policías

comenzaban a tirar cajones de la cómoda encima de la mesa.

El sargento se alejó de ellos y volvió su atención hacia Choo-Choo.

—¿Qué clase de Musulmán eres tú?

Choo-Choo empezó a sonreír y a encogerse como el esclavo más servil del mundo.

—No soy musulmá, jefe, soy un pecadó vulgá.

—Supongo que tu nombre es Dalila[5].

—Je, je, no señó, jefe, pero's usté mu amable. Es Justice Broome.

Los tres policías levantaron la mirada y esbozaron sonrisas sarcásticas[6], y el sargento tuvo que apretar los dientes para evitar que se le escapara una a él también.

—¿Conoces a esos Musulmanes?

—¿Qué musulmane, jefe?

—Los Musulmanes de Harlem que se mueven por este barrio.

—No señó, jefe, no conozco a ningún musulmá en Harlem.

—¿Te crees que he nacido ayer? Son una banda del barrio. Todo hijo de puta negro en este barrio sabe quiénes son.

—To'l mundo excepto yo, jefe.

La palma de la mano del sargento voló y alcanzó de forma imprevista a Choo-Choo en toda la boca mientras aún la tenía abierta en una sonrisa. Su cuerpo bajo y rechoncho no se movió del sitio, pero sus ojos se pusieron blancos. Escupió sangre al suelo.

—Jefe, por favo, tenga cuidao con mi jeta: la tengo sensible.

—Empiezo a estar puñeteramente cansado de vuestras mentiras.

—Jefe, lo juro por Dió, si supiera cualquié cosa d'esos Musulmane usté sería'l primero al que se lo contaría.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo, jefe, sí señó.

—¿Haciendo qué?

—Ayúo.

—¿Ayudas en qué? ¿Quieres perder algunos de tus blancos dientes?

—Ayúo a un hombre que recoge apuestas de lotería.

—¿Cuál es su nombre?

—¿Su nombre?

El sargento levantó los puños.

—Oh, se refié a su nombre, jefe. Es Four-Four Row.

—¿Llamas a eso un nombre?

—Sí señó, así's como le llaman.

—¿A qué se dedica tu amigo?

—A lo mismo —dijo Sheik.

El sargento se volvió hacia Sheik.

—Tú cállate; cuando te quiera te llamaré. —Luego le dijo al profesor—: ¿No puedes mantener callado a ese niñato?

El profesor desenganchó su porra.

—Haré que enmudezca.

—No quiero que lo dejes mudo, sólo que lo mantengas callado. Tengo algunas preguntas más para él. —Después se giró hacia Choo-Choo—: ¿Cuándo trabajáis, niñatos?

—Por la mañana, jefe. Tenemo qu'entregá los boletos a mediodía.

—¿Qué hacéis el resto del día?

—Andá por ahí y pagá a los ganadores.

—¿Y si no hay ganadores?

—Sólo andá por ahí.

—¿Por dónde hacéis la ronda?

—Por esta zona.

—Maldita sea, ¿me estás diciendo que recogéis apuestas en este barrio y no sabéis nada acerca de los Musulmanes?

—Se lo juro sobre la tumba de mi madre, jefe; nunca he oío habla de musulmane por aquí. No deben está n'este barrio, jefe.

—¿A qué hora salisteis de casa esta noche?

—Yo no salió pa na, jefe. Nos metimos aquí na má terminá de cená y no hemos salío desde entonces.

—Deja de mentir: os vi a los dos cuando os colasteis de vuelta aquí hace media hora.

—No señó, jefe, debe habé visto a alguien que se parecía a nosotro porque hemos estao aquí to'l rato.

El sargento cruzó la habitación y abrió de golpe la puerta.

—¡Eh, abuela! —llamó.

—¿Einnn? —respondió ella en tono quejumbroso desde la cocina.

—¿Cuánto tiempo llevan estos chicos en su habitación?

—¿Einnn?

—Tiene que hablar más alto: no puede oírle —se ofreció a informar Sissie.

Sheik y Choo-Choo le lanzaron miradas amenazadoras.

El sargento cruzó la habitación central hasta la puerta de la cocina.

—¿Cuánto tiempo llevan sus inquilinos ahí desde la cena? —rugió.

Ella le miró sin parecer comprender nada.

—¿Einnn?

—Ya no oye nada —dijo Sissie en voz alta—. A veces se pone así.

—Demonios —profirió disgustado el sargento, volviendo airadamente junto a Choo-Choo—. ¿De dónde habéis sacado a estas chicas?

—No las hemos sacao de ningún sitio, jefe: vinieron ellas solas.

—Sois demasiado puñeteramente inocentes para estar vivos. —El sargento estaba frustrado. Se giró hacia el profesor—: ¿Qué le encontraste a ese niñato?

—Esta navaja.

—Demonios —soltó el sargento. Lo cogió y lo dejó caer en su bolsillo sin mirar—. Muy bien, registra a este otro niñato: Justice.

—Haré Justicia —bromeó el profesor.

Los dos agentes intercambiaron una mirada de complicidad.

Habían volcado todos los cajones y vaciado todas las cajas y maletas de cartón, y ahora estaban listos para pasar a la cama.

—Chicas, espabilad y levantaos —dijo uno.

Las chicas se pusieron de pie y se quedaron en el centro de la habitación, sintiéndose incómodas.

—¿Encontráis algo? —preguntó el sargento.

—Nada que quisiera tener ni siquiera en la caseta de mi perro —contestó el agente.

El sargento empezó con las chicas.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a Sissie.

—Sissieratta Hamilton.

—¿Sissie qué?

—Sissieratta.

—¿Dónde vives, Sissie?

—En el 2702 de la Séptima Avenida con mi tío, el señor Coolie Dunbar, y mi tía.

—Ummm —murmuró él—. ¿Y cuál es tu nombre? —le preguntó a Sugartit.

—Evelyn Johnson.

—¿Dónde vives, Eve?

—En Jamaica con mis padres: el señor Edward Johnson y mi madre.

—Es muy tarde para que estés tan lejos de casa.

—Voy a pasar la noche con Sissieratta.

—¿Cuánto rato lleváis aquí, chicas? —preguntó a las dos.

—Una media hora, más o menos —contestó Sissie.

—¿Entonces visteis el tiroteo en la calle?

—Había terminado cuando llegamos.

—¿De dónde veníais?

—De mi casa.

—No sabéis si estos niñatos han estado aquí toda la tarde o no.

—Estaban aquí cuando llegamos y dijeron que habían estado esperando aquí desde la cena. Prometimos venir a las ocho, pero tuvimos que quedarnos a ayudar a mi tía y llegamos tarde.

—Suena demasiado bien para ser verdad —comentó el sargento.

Las chicas no contestaron.

Los agentes terminaron con la cama, y el charlatán dijo:

—Nada salvo mal olor.

—Corta el rollo —reprendió el sargento—, la abuela es limpia.

—Estos niñatos no.

El sargento se giró hacia el profesor:

—¿Qué tiene Justice aparte de la venda?

Su chiste no cuajó.

—Nada excepto la piel negra —dijo el profesor.

Su chiste les hizo reír.

—Tú que dices, ¿deberíamos arrestarlos? —preguntó el sargento.

—Por qué no —contestó el profesor—, si no tenemos espacio suficiente para todo el mundo en el calabozo, podemos levantar tiendas de campaña.

El sargento se volvió de repente hacia Sheik como si hubiera olvidado algo.

—¿Dónde está Caleb?

—Arriba'n l'azotea cuidando a sus palomas.

Los cuatro policías se quedaron inmóviles. Miraron fijamente a Sheik con las expresiones indescifrables de antes.

Finalmente, el sargento dijo con cautela:

—Su abuela contó que le dijiste que estaba trabajando en una bolera del centro.

—Sólo le dijimos eso pa'vitá que se preocupara. No le gusta que suba a l'azotea de noche.

—Como descubra que me estáis ocultando algo, niñatos, que Dios os ayude —advirtió sinceramente el sargento en tono pausado.

—Suba y lo verá —dijo Sheik.

El sargento le hizo un gesto con la cabeza al profesor. Este salió encaramándose a la ventana, topándose con la luz deslumbrante de los focos. Comenzó a subir por la escalera de incendios.

—¿Qué está haciendo con ellas de noche? —le preguntó el sargento a Sheik.

—No sé. Supongo qu'intentá que pongan huevos negros.

—Voy a llevarte a la comisaría para tener una charla cara a cara contigo, niñato —decidió el sargento—. Hay que hablar en privado con los niñatos como tú.

El profesor descendió de la azotea y voceó a través de la ventana:

—Están reteniendo a dos monos ahí arriba junto a un palomar. Le están esperando.

—De acuerdo, ya voy. Price y tú mantened a estos niñatos bien quietos —mandó a los otros agentes, encaramándose después a la ventana para seguir al profesor.

9

—Sube —dijo Grave Digger.

Ella se remangó la falda de su vestido de noche, sujetó con firmeza su abrigo negro y posó con cuidado sus enormes posaderas en el asiento normalmente ocupado por Coffin Ed.

Grave Digger rodeó el coche hasta el otro lado, se sentó agarrándose al volante y esperó.

—¿Realmente tengo qu'acompañarte, encanto? —dijo la mujer en tono persuasivo—. También puedo simplemente decirte onde'stá.

—Estoy esperando a que lo hagas.

—Bien, ¿por qué no lo dijiste antes? Está en los apartamentos Knickerbocker de la calle 45: en los viejos Knickerbocker, quiero decí. Está en la sexta planta, 669.

—¿Quién es? —preguntó Grave Digger, sondeando un poco.

—¿Que quién *é*? Una madama, esos'to.

—No me refiero a eso.

—Oh, sé a qué te refiés. Te refiés a quién *é*. ¿Quies decí que no sabes quién é Reba, Digger? —trató de sonar jocosa pero no lo consiguió—. Es la madama que solía pasarle chicas al viejo capitán Murphy antes de que l'enchironaran por aceptá tos esos sobornos. Salió'n tos los periódicos.

—Eso fue hace diez años y entonces la llamaban Sheba —dijo él.

—Sí, es verdá, pero se cambió'l nombre después de meterse n'aqué último lío del tiroteo. Ties qu'acordarte d'eso. Pilló al negro con alguna zorrita y l'hizo saltá en cueros por la ventana del tercer piso. Eso no habría sío mu malo, pero l'atravesó la cabeza d'un tiro

mientras caía. Eso fue cuando vivía n'el valle. Desde'ntonces s'ha venío aquí arriba a la colina. Claro que nadie s'enteró salvo su marío, y no puso'l pie'n la carce. Pero Reba siempre ha tenío suerte n'ese sentío.

Grave Digger probó suerte.

—¿Por qué dispararía nadie a Galen?

Ella se puso rígida de cautela.

—¿Quién?

—Sabes puñeteramente bien quién era. Es el hombre al que dispararon esta noche.

—No señó, no sé na sobre'se caballero. No sé por qué querría nadie pegarl'un tiro.

—Resultáis un verdadero incordio cada vez que se os hace una pregunta, con todas esas evasivas y excusas. Es como si lo llevarais en la sangre.

—M'estás preguntando algo de lo que no sé na.

—Muy bien, sal del coche.

Salió más rápido de lo que entró.

Condujo colina abajo por Saint Nicholas Avenue y volvió a subirla al girar en la calle 145 en dirección a Convent Avenue.

En la esquina a mano izquierda, junto a un nuevo edificio de apartamentos de catorce plantas construido por una compañía blanca de seguros, estaba el bar Brown Bomber; enfrente de él estaba el Big Crip's; en la esquina a mano derecha, la droguería Cohen's con su enrejado escaparate atestado de planchas eléctricas para alisar el cabello, crema para el pelo Hi-Life, crema blanqueadora Black and White, tónicos para la sangre SSS y 666, almohadillas para callos Dr. Scholl, gorros de nailon de señora y caballero con cintas de sujeción a la barbilla para aplastar el pelo durante el sueño, un cuenco de piedra azul beneficioso contra los piojos del cuerpo, latas de alcohol Sterno útiles para calentar o beber, postales de Halloween y todos los utensilios esmaltados más novedosos para la higiene; enfrente de ella estaba la charcutería Zazully's con un anuncio en letras blancas sobre el escaparate de

vidrio: *Tenemos menudos de cerdo congelados y otras exquisiteces difíciles de encontrar*.

Grave Digger aparcó delante de una gran casa de madera amarilla con la pintura desconchada que había sido convertida en oficinas, salió del coche y caminó hasta la puerta de un edificio contiguo de seis plantas de ladrillos deteriorados que tenía que haber sido demolido hacía tiempo.

Delante de él había tres coches aparcados junto al bordillo: dos con matrícula del norte del estado de Nueva York y el otro con una de Manhattan central.

Empujó una puerta agrietada bajo el arco de un bloque de hormigón en el que estaba grabada en relieve la palabra KNICKERBOCKER.

Un viejo canoso con una cara oscura salpicada de manchas estaba sentado en una silla justo al otro lado de la puerta, que daba a un pasillo apenas iluminado. Retiró cautelosamente unos pies nudosos embutidos en zapatillas de fieltro y examinó a Grave Digger con ojos apagados y hastiados.

—Buenas —dijo.

Grave Digger le lanzó una mirada.

—Buenas noches.

—Cuarto piso a la derecha. Número 421 —le informó el viejo.

Grave Digger se detuvo.

—¿Es el de Reba?

—No quies el de Reba. Quies el de Topsy. Ese's el 421.

—¿Qué ocurre en el de Topsy?

—Lo de siempre. Ahí's onde hay problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Sólo problemas en generá. Peleas y cuchillás.

—No estoy buscando problemas. Estoy buscando a Reba.

—Eres el jefe, ¿verdá?

—Sí, soy el jefe.

—'Tonces quies el 421. Soy'l portero.

—Si eres el portero entonces conocerás al señor Galen.

Un velo de secretismo cubrió el rostro del viejo.

—¿Quién é?

—Es el griego grande que visita a Reba.

—No conozco a ningún griego, jefe. Aquí no vien blancos. Sólo gente de coló. Los encontrarás a tos en el piso de Topsy.

—Lo han matado esta noche en Lenox.

—¿Ah, sí?

Grave Digger empezó a caminar.

El viejo le dijo en voz alta:

—M'imagino que te preguntarás por qué ponemo números grandes en las puertas.

Grave Digger se detuvo.

—Muy bien, ¿por qué?

—Porque s'oyen bien —se carcajeó el viejo.

Grave Digger ascendió cinco inestables tramos de escaleras de madera y llamó con los nudillos a una puerta pintada de rojo que tenía una mirilla redonda de vidrio en el entrepaño superior.

Tras unos momentos, una voz profunda de mujer preguntó:

—¿Quién es?

—Soy Digger.

Se oyeron chasquidos de pestillos y el crujir de la puerta cuando esta se abrió unos pocos centímetros con la cadena puesta. Una silueta grande y oscura apareció en el hueco de la puerta, perfilada por una luz azul que venía de detrás.

—No te había reconocido, Digger —dijo una voz grave y agradable—. El sombrero te tapa la cara. Hacía tiempo que no nos veíamos.

—Quita la cadena, Reba, antes de que arranque la puerta a tiros.

Una risa profunda hizo de acompañamiento al repiqueteo de la cadena, y la puerta se abrió hacia dentro.

—El mismo Digger de siempre, dispara primero y pregunta después. Pasa: aquí todos somos amigos de color.

Entró en un vestíbulo alfombrado e iluminado con luz azul que apestaba a incienso.

—¿Estás segura?

Ella se rio de nuevo mientras cerraba la puerta y echaba los pestillos.

—Esos no son amigos, son clientes. —Después se giró hacia él con aire tranquilo—. ¿Qué te preocupa, cariño?

Ella igualaba su metro ochenta y ocho, y tenía el cabello blanco como la nieve y corto como el de un hombre, peinado hacia atrás desde la frente. Tenía los labios pintados de un rojo clavel y las pestañas en plata, pero su suave y tersa piel azabache estaba intacta. Llevaba un vestido de noche de lentejuelas negras con una rosa roja en la uve que formaban sus descomunales pechos, de un tono café más claro que su cara. Parecía la última de las amazonas, con la piel oscurecida por el tiempo.

—¿Dónde podemos hablar? —preguntó Grave Digger—. No quiero molestar.

—No molestas, cariño —dijo ella, abriendo la primera puerta a la derecha—. Pasa a la cocina.

Puso encima de la mesa una botella de burbon y un sifón al lado de dos vasos largos, y se sentó en una silla de cocina.

—Di cuándo —dijo mientras comenzaba a servirle.

—Así está bien —indicó Grave Digger, empujando su sombrero hacia atrás y plantando un pie en la silla más cercana.

Ella paró de servir y puso la botella en la mesa.

—Sírvete tú —pidió él.

—Ya no bebo —contestó ella—. Lo dejé después de matar a Sam.

Él cruzó los brazos sobre su rodilla levantada y se inclinó hacia delante, apoyándose en ellos mientras la miraba.

—Solías llevar un rosario —dijo él.

Ella sonrió, revelando coronas de oro en sus incisivos exteriores.

—Cuando encontré la verdadera religión también dejé eso —explicó ella.

—¿Qué religión encontraste?

—Tan sólo la fe, Digger, sólo el espíritu.

—¿Te permite llevar este antro?

—Por qué no. Es natural, como comer. No hay nada en mi fe contra comer. Tan sólo hago que se sientan cómodos y les cobro por ello.

—Mejor búscate un nuevo relaciones públicas: el que hay escaleras abajo es un zoquete.

La risa grave y potente de Reba sonó de nuevo.

—No trabaja para nosotros: lo hace por su cuenta.

—No te pongas las cosas difíciles —dijo él—. Esto puede ser fácil para los dos.

Ella le miró con tranquilidad.

—No le tengo miedo a nada.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Galen?

—¿El gran griego? Hace ya un tiempo, Digger. Tres o cuatro meses. Ya no viene por aquí.

—¿Por qué?

—No le dejo.

—¿Cómo es eso?

—Madura, Digger. Esto es un burdel. Si no dejo entrar aquí a un putero blanco con dinero debo tener buenas razones. Y si quiero conservar a mis otros clientes blancos sería mejor que no dijera cuáles son. No puedes cerrar mi negocio y no puedes hacerme hablar, así que ¿por qué no lo dejas estar?

—Mataron al griego de un tiro esta noche en Lenox.

—Lo acabo de escuchar en la radio —admitió ella.

—Estoy tratando de averiguar quién lo hizo.

Ella le lanzó una mirada de sorpresa.

—En la radio dijeron que se sabía quién era el asesino. Un tal Sonny Pickens. Dijeron que una banda juvenil llamada los Musulmanes no sé qué lo había secuestrado.

—Él no lo hizo. Por eso estoy aquí.

—Bueno, si él no lo hizo, lo tienes crudo —dijo ella—. Desearía poder ayudarte pero no puedo.

—Tal vez no —respondió él—. Tal vez sí.

Ella enarcó ligeramente las cejas.

—Por cierto, ¿dónde está tu compañero, Coffin Ed? La radio dijo que disparó a un miembro de la banda.

—Sí, lo han suspendido.

Ella se quedó inmóvil, como un animal alerta ante el peligro.

—No lo pagues conmigo, Digger.

—Sólo quiero saber por qué le dijiste al griego que no viniera más.

Ella le miró fijamente a los ojos. Reba tenía los ojos marrones oscuros, con largas pestañas negras y un fondo blanco inmaculado.

—Te dejaré hablar con Ready. Él lo sabe.

—¿Está ahora aquí?

—Tiene una pequeña zorrita aquí de la que no puede separarse ni cinco minutos. Voy a echarlos pronto a los dos. Lo habría hecho antes, pero ella les gusta a mis clientes.

—¿Era el griego cliente suyo?

Ella se puso en pie despacio, dando un ligero suspiro a causa del esfuerzo.

—Haré que salga.

—Tráelo para acá.

—Está bien. Pero llévatelo, Digger. No quiero que hable aquí. No quiero más problemas. He tenido problemas durante toda mi vida.

—Me lo llevaré —prometió él.

Ella salió afuera y Grave Digger oyó un discreto abrir y cerrar de puertas, y luego la voz profunda y contenida de Reba que decía: «¿Cómo lo voy a saber? Dijo que era un amigo».

Un hombre alto con la piel de un tono negro sucio y picada por la viruela entró en la cocina. Una vieja cicatriz de navaja trazaba un surco púrpura desde el lóbulo de su oreja hasta la punta de su barbilla. Tenía un ojo estrábico, y el otro era marrón rojizo. Llevaba el ralo cabello alisado y pegado a una cabeza con forma de cacahuete. Vestía un llamativo traje color canela claro. El cristal relucía en dos anillos chapados en oro. Sus puntiagudos zapatos color canela estaban lustrosos como espejos.

Al ver a Grave Digger se paró en seco y se giró hacia Reba con una mirada asesina.

—Me dijiste qu'era un amigo —acusó con voz ronca.

Ella no dejó que eso la preocupara. Le empujó al interior de la cocina y cerró la puerta.

—Bueno, ¿y no lo es?

—¿Qué's esto, alguna clase de trampa? —gritó él.

Grave Digger soltó una risita al ver la expresión ultrajada de su cara.

—¿Cómo puede un figurín tan feo como tú ser un chulo? —preguntó.

—Vas a conseguí que mente a tu madre —dijo Ready, metiendo su mano derecha en el bolsillo del pantalón.

Moviendo únicamente el brazo, Grave Digger le dio un golpe de revés en el plexo solar, dejándole sin aliento, y después pivotó sobre su pie izquierdo para continuar con un derechazo cruzado al mismo punto, levantando la rodilla en el mismo movimiento y hundiéndola en el vientre de Ready justo cuando el delgado cuerpo del chulo iba a lanzar un navajazo hacia delante. La boca de pez de Ready espurreó saliva, y sus ojos ya habían perdido el sentido cuando Grave Digger lo agarró de la parte posterior del cuello de su abrigo, tiró de él para ponerlo derecho y comenzó a abofetearle en la cara con la mano abierta.

Reba le cogió del brazo, diciendo:

—Aquí no, Digger, te lo ruego: no le hagas sangrar. Dijiste que te lo llevarías fuera.

—Ahora me lo llevo afuera —respondió él con voz apagada, sacudiéndose su mano de encima.

—Entonces acaba con él sin hacerle sangrar: no quiero que nadie entre aquí y se encuentre sangre en el suelo.

Grave Digger soltó un gruñido y se calmó un poco. Sostuvo a Ready contra la pared, manteniéndole erguido sobre sus piernas de goma con una mano mientras con la otra cogía la navaja y lo registraba con rapidez.

El ojo bueno de Ready recuperó la consciencia y Grave Digger dio un paso atrás y dijo:

—Está bien, chico, vayámonos sin armar jaleo.

Ready empezó a hacer movimientos nerviosos sin mirarle, arreglándose el abrigo y la corbata, y después pescó un peine grasiento de su bolsillo y se lo pasó por su desgreñada cabeza. Estaba encorvado por el dolor y respiraba dando jadeos. Una espumilla blanca se había acumulado en las comisuras de su boca.

Finalmente masculló:

—No pues sacarme d'aquí sin una orden.

—Vete con el hombre y calla —intervino Reba rápidamente.

Él le lanzó una mirada suplicante.

—¿Vas a dejá que me saque d'aquí?

—Si no lo hace, voy a echarte fuera yo misma —aseguró ella—. Aquí no quiero gritos y chillidos que asusten a mis clientes.

—Esta me la vas a pagá —amenazó Ready.

—No me amenaces, negro —contestó ella de forma peligrosa—, y no vuelvas a poner un pie en mi puerta.

—Vale, Reba, esa's la gota que colma'l vaso —dijo lentamente Ready—. Sois má que yo —le lanzó una última mirada cargada de resentimiento y se giró para irse.

Reba fue hasta la puerta y la abrió para que salieran.

—Espero obtener lo que quiero —dijo Grave Digger—. Si no, volveré.

—Si no lo consigues es culpa tuya —se despidió ella.

Grave Digger hizo marchar a Ready delante de él al bajar por las inestables escaleras.

El viejo alzó la vista con sorpresa desde su maltrecha silla roja.

—Has cogío al negro equivocao —dijo—. No s'él quien causa los problemas.

—¿Quién es? —preguntó Grave Digger.

—Es Cocky. S'él quien siempre saca'l pincho.

Grave Digger se guardó la información para un futuro.

—Me quedaré con este, ya que es el que tengo —dijo.

—Chorrás —soltó el hombre con disgusto—. Nos más qu’un chuloputas de tres al cuarto.

10

La luz procedente de la calle rebasaba el borde de la azotea y creaba un muro lechoso en la oscuridad.

Más allá de la pared de luz, la azotea alquitranada estaba sumida en la penumbra.

El sargento surgió de la luminosa frontera como una tortuga cabeza de martillo que ascendiera desde las profundidades. Echó una ojeada y vio a Sonny dando golpes frenéticamente con una larga vara de bambú a una bandada de palomas dominadas por el pánico, y a Inky de pie totalmente quieto como si hubiera brotado del suelo alquitranado.

—Dios mío, ¡ahora sé por qué se dice que son negros como el alquitrán! —exclamó.

Agarrando la vara con ambas manos enguantadas como si le fuera la vida en ello, Sonny arponeaba impetuosamente a las palomas. Sus ojos estaban blancos cuando se giraron hacia el sargento de cara enrojecida. Su abrigo gastado se agitaba en el viento. Las palomas se lanzaban en picado, hacían quiebros en el aire y volaban en círculos oblicuos. Ladeaban sus cabezas mientras observaban los ejercicios gimnásticos de Sonny con ojos brillantes y llenos de temor.

Inky permanecía de pie como una silueta recortada en papel negro, mirando al infinito. El blanco de sus ojos relucía en la oscuridad.

El palomar era un cobertizo desvencijado de metro ochenta de alto aproximadamente, hecho con trozos de malla de alambre,

mosquiteras de ventana desechadas y trapos viejos diversos clavados a un armazón de tablones carcomidos que se apoyaban sobre el muro bajo de ladrillos que separaba las azoteas. Tenía una lona alquitranada como techo y estaba equipado con perchas precarias para las aves, latas llenas de agua herrumbrosa y una cacerola oxidada a modo de comedero.

Policías blancos con uniformes azules formaban un semicírculo irregular delante de él, mirando atentamente a Sonny con un silencioso y desconcertado asombro.

El sargento trepó a la azotea, resoplando, y se detuvo durante un instante para secarse la frente.

—¿Qué está haciendo, vudú? —preguntó.

—Sólo es don Quijote pintado de negro y luchando contra un molino —bromeó el profesor.

—No tiene gracia —contestó el sargento—: me gusta don Quijote.

El profesor lo dejó estar.

—¿Es retrasado? —quiso saber el sargento.

—Eso si llega —dijo el profesor.

El sargento se abrió camino hasta el centro de la escena, pero una vez allí titubeó como si no supiera cómo empezar.

Sonny le miró por el rabillo del ojo y siguió agitando la vara. Inky miraba fijamente al infinito con silenciosa intensidad.

—Muy bien, muy bien, no sois tan guapos —comenzó el sargento —. ¿Cuál de vosotros es Caleb?

—Soy yo —contestó Sonny sin perder de vista a las palomas ni un momento.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo?

—Toy enseñando a volá a mis palomas.

Al sargento se le comenzaron a hinchar las mandíbulas.

—¿Intentas hacerte el gracioso?

—No señó, no quería decí que no supieran volá. Puen volá bien de día pero no saben hacerlo de noche.

El sargento miró al profesor.

—¿Las palomas no vuelan de noche?
—A mí que me registren —dijo el profesor.
—No señó, no a meno que las obligues —señaló Inky. Todos le miraron.
—Demonios, puede hablar —se asombró el profesor.
—De noche duermen —añadió Sonny.
—En sus perchas —matizó Inky.
—Nosotros también vamos a hacer que algunas palomas levanten el vuelo —dijo el sargento—: palomos con el pico largo.
—Si no lo hacen, acabarán en la sartén —añadió el profesor. El sargento se giró hacia Inky.
—¿Cómo te llaman, chico?
—Inky —respondió él—, pero mi nombre é Rufus Tree.
—Así que eres Inky —dijo el sargento.
—Los dos son negros como la tinta —comentó el profesor.
Los policías se echaron a reír[7].
El sargento sonrió tapándose la boca con la mano. Después se giró bruscamente hacia Sonny y gritó:
—¡Sonny! ¡Suelta esa vara!
Sonny se sobresaltó de forma violenta y golpeó a una paloma en el buche con el extremo de la vara, pero no la soltó. La paloma voló como loca hacia la luz y se alejó. Sonny la observó hasta que recuperó el control de sí mismo, luego se giró con lentitud hacia el sargento y le miró inocentemente con ojos blancos y muy abiertos.
—¿M'habla a mí, jefe? —su negra cara estaba brillante de sudor.
—Sí, te estoy hablando a ti, Sonny.
—No me llaman Sonny, jefe; me llaman Cal.
—Te pareces a un chico llamado Sonny.
—Hay mucha gente que se llama Sonny, jefe.
—¿Por qué diste un bote si tu nombre no es Sonny? Te has llevado un susto tremendo.
—Casi to'l mundo saltaría si les gritara d'ese modo, jefe.
El sargento borró otra sonrisa con la mano.
—Le dijiste a tu abuela que ibas al centro a trabajar.

—Ella no quie qu'esté con las palomas de noche. Piensa que podría caerme de la azotea.

—¿Dónde has estado desde la cena?

—Justo aquí arriba, jefe.

—Sólo lleva aquí arriba desde hace una media hora —informó uno de los policías.

—No señó, llevo aquí to'l rato —le contradijo Sonny—. H'estao dentro'l palomá.

—Aquí no hay má palomos que nosotro, señó —soltó el profesor con socarronería.

—¿Miraste dentro del palomar? —le preguntó el sargento al policía.

El policía se ruborizó abochornado.

—No, no lo hice: no estaba buscando a un chiflado.

El sargento le echó un vistazo al palomar.

—Dios mío, chico, tus palomas llevan una vida dura —dijo. Después se volvió súbitamente hacia los demás policías y preguntó —: ¿Han registrado a estos niñatos?

—Le estábamos esperando a usted —contestó otro agente.

El sargento suspiró de manera teatral.

—Bien, ¿a quién esperan ahora?

Dos agentes se dirigieron hacia Inky con presteza; el profesor y un tercer policía se encargaron de Sonny.

—¡Suelta esa maldita vara! —le gritó el sargento a Sonny.

—No, deje que la sostenga —dijo el profesor—: así mantendrá las manos levantadas.

—¿Para qué demonios llevas ese abrigo tan grueso? —pinchó de nuevo el sargento a Sonny. Se sentía frustrado.

—Tengo frío —respondió Sonny. El sudor le resbalaba a chorros por la cara.

—Eso parece —dijo el sargento.

—Dios santo, este abrigo apesta —se quejó el profesor, registrando a Sonny con rapidez para alejarse cuanto antes.

—¿Nada? —preguntó el sargento cuando hubo acabado.

—Nada —confirmó el profesor. Con la prisa, no había reparado en hacer que Sonny soltara la vara y se quitara los guantes.

El sargento miró a los agentes que estaban registrando a Inky. Ellos menearon la cabeza en señal de negación.

—¿A qué está llegando Harlem? —se quejó el sargento—. Muy bien, niñatos, bajad las escaleras —ordenó.

—Tengo que meté a mis palomas dentro —indicó Sonny.

El sargento le miró.

Sonny apoyó la vara contra el palomar y comenzó a hacer movimientos. Inky abrió la puerta del palomar y también comenzó a hacer movimientos. Las palomas le lanzaron una mirada a la puerta abierta y empezaron a entrar a toda prisa.

—El metro de la IRT en Times Square —comentó el profesor.

Los policías se echaron a reír y pasaron a la siguiente azotea.

El sargento y el profesor siguieron a Inky y a Sonny a través de la ventana para entrar en la habitación de abajo.

Sissie y Sugartit habían vuelto a sentarse en la cama una al lado de la otra. Choo-Choo estaba sentado en la silla con respaldo. Sheik estaba de pie en el centro de la habitación, con aire desafiante. Los dos policías tenían apoyados sus traseros en el borde de la mesa, con aire aburrido.

Con la llegada de los otros cuatro, en la habitación no cabía un alma.

Todos miraron al sargento, a la espera de su siguiente movimiento.

—Traed aquí a la abuela —dijo.

El profesor fue por ella.

Le oyeron decir: «Abuela, te necesitan».

No hubo respuesta.

«¡Abuela!», le oyeron gritar.

—Está dormida —le dijo Sissie a voces— Cuando se duerme es difícil despertarla.

—No está dormida —contestó en voz alta el profesor con tono enfadado.

—Está bien, dejadla en paz —ordenó el sargento.

El profesor regresó, con la cara roja de la irritación.

—Estaba allí sentada mirándome sin decir una palabra —dijo.

—Se pone así —reveló Sissie—, simplemente se aísla del mundo o algo y deja de ver y oír nada.

—No me extraña que su nieto sea retrasado —soltó el profesor, lanzándole a Sonny una mirada maliciosa.

—Bien, ¿qué demonios vamos a hacer con ellos? —exclamó el sargento con tono de frustración.

Los policías no tenían ninguna sugerencia.

—Detengámoslos a todos —propuso el profesor.

El sargento le miró de forma reflexiva.

—Si nos llevamos a todos los niñatos de este bloque que se les parezcan, tendremos un millar de detenidos.

—Y qué —contestó el profesor—, no podemos permitirnos el riesgo de perder a Pickens por un centenar de morenitos.

—Bien, tal vez deberíamos —dijo el sargento.

—¿También vas a llevártela a ella? —interrumpió Sheik, señalando con la cabeza a Sugartit, en la cama—. Es la hija de Coffin Ed.

—¿Qué? ¿Qué hablas de Coffin Ed?

—Ella, Evelyn Johnson, es su hija —dijo Sheik sin alterarse.

Los policías giraron sus cabezas como si estuvieran sincronizadas y se la quedaron mirando. Nadie dijo nada.

—Pregúntela —le invitó Sheik.

La cara del sargento se puso de un rojo intenso.

Fue el profesor quien habló:

—¿Y bien, chica? ¿Eres la hija del detective Johnson?

Sugartit vaciló.

—Adelante, díselo —la instó Sheik.

El color rojo comenzó a subir por la parte posterior del cuello del sargento hasta cubrir sus orejas.

—No me gustas —le dijo a Sheik con voz constreñida.

Sheik le lanzó una mirada de indiferencia, empezó a decir algo y luego se mordió la lengua con fuerza.

—Sí, lo soy —reconoció finalmente Sugartit.

—Pronto podremos comprobarlo —afirmó el profesor, moviéndose hacia la ventana—. Su compañero y él deben de estar en los alrededores.

—No; Jones quizá sí, pero enviaron a Johnson a casa —informó el sargento.

—¿¡Qué!? ¿Suspendido? —preguntó sorprendido el profesor.

Sugartit les miraba asustada; Sheik sonreía de manera engreída; los demás permanecían impasibles.

—Sí, por matar al niñato de los Musulmanes.

—¿Por eso? —exclamó con indignación el profesor—. ¿Cuándo empezaron a sancionar a los policías por disparar en defensa propia?

—No culpo al jefe —dijo el sargento—. Se cubre las espaldas. El niñato era menor de edad y estoy seguro de que los periódicos se le echarán encima.

—De todos modos, Jones debería saber si es ella —señaló el profesor, tras lo cual salió a la escalera de incendios y les gritó a los policías de abajo.

No pudo conseguir que le entendieran, así que empezó a bajar.

El sargento le preguntó a Sugartit:

—¿Tienes algún documento identificativo?

Ella sacó un tarjetero rojo de cuero del bolsillo de su falda y se lo dio sin decir nada.

El tarjetero guardaba un carné identificativo de color negro con letras blancas que contenía su fotografía y una huella dactilar, similar al que llevan los policías. Se lo habían dado como recuerdo de su decimosexto cumpleaños, y estaba firmado por el jefe de Policía.

El sargento lo estudió durante un momento y se lo devolvió. Había visto otros similares, y su propia hija tenía uno.

—¿Sabe tu padre que estás aquí visitando a estos matones? —preguntó.

—Claro que sí —respondió Sugartit—, son amigos míos.

—Estás mintiendo —dijo cansado el sargento.

—Él no sabe que ella está aquí —terció Sissie.

—Sé perfectamente que no —añadió el sargento.

—Se supone que está visitándome a mí.

—Bueno, ¿sabe tu familia que estáis aquí?

Ella bajó la mirada.

—No.

—Eve y yo somos novios —dijo Sheik con una sonrisa de satisfacción.

El sargento se giró hacia él con el puño derecho levantado. Sheik se agachó automáticamente, cubriéndose con los brazos. El sargento le dio con un gancho de izquierda en el estómago, por debajo de su guardia, y, cuando Sheik la bajó, le lanzó un golpe cruzado con la derecha a un lado de la cara, impulsándolo en un giro tambaleante. Después, en mitad del giro, le dio una patada en un costado de la barriga y, al doblarse sobre sí mismo, el sargento le golpeó en la parte posterior del cuello con el grueso canto de su mano derecha. Sheik se estremeció como si lo hubieran decapitado, y se estrelló contra el suelo. El sargento apuntó con cuidado y le dio una patada entre las nalgas con todas sus fuerzas.

El profesor volvió justo a tiempo para ver cómo el sargento escupía sobre él.

—Eh, ¿qué le ha pasado? —preguntó mientras entraba a toda prisa por la ventana.

El sargento se quitó el sombrero y se pasó un manchado pañuelo blanco por la frente sudorosa.

—Le perdió la boca —dijo.

Sheik gemía débilmente aun estando inconsciente.

El profesor soltó una risita.

—Todavía intenta hablar. —Después añadió—: No han podido encontrar a Jones. El teniente Anderson dice que está trabajando en el caso desde otro ángulo.

—No importa, la chica tiene un carné identificativo —explicó el sargento. Luego preguntó—: ¿Está el jefe todavía ahí?

—Sí, todavía anda por ahí.

—Bueno, es su trabajo.

El profesor paseó su mirada por el silencioso grupo.

—¿Cuál es el veredicto?

—Pasemos a la siguiente casa —determinó el sargento—. Si sigo aquí para cuando este niñato recobre el reconocimiento, es probable que yo sea el próximo al que suspendan.

—¿Podemos salir ya del edificio? —preguntó Sissie.

—Vosotras dos podéis venir con nosotros —ofreció el sargento.

Sheik dio un gemido y rodó boca arriba.

—No podemos dejarle así —dijo ella.

El sargento se encogió de hombros. Los policías pasaron al cuarto contiguo. El sargento comenzó a seguirlos, después vaciló.

—Está bien, lo solucionaré —dijo.

Llevó a las chicas fuera, a la escalera de incendios, y llamó la atención de los agentes que vigilaban la entrada de abajo.

—¡Dejad pasar a estas dos chicas! —gritó.

Los policías miraron a las chicas, de pie bajo el brillo de los focos.

—Vale.

El sargento las siguió de regreso a la habitación.

—Si yo fuera vosotras me alejaría todo lo posible de este niñato, y rápido —aconsejó, empujando levemente a Sheik con la punta del pie—. Va derecho a tener problemas, problemas gordos.

Ninguna de las dos contestó.

El sargento siguió al profesor fuera del piso.

La abuela estaba sentada sin moverse en la mecedora donde la habían dejado, agarrada con fuerza a los brazos de la silla. Les miró fijamente con una feroz expresión de desaprobación en su viejo rostro arrugado y en sus ojos lechosos y turbios.

—Es nuestro trabajo, abuela —dijo el sargento en tono de disculpa.

Ella no contestó.

Los policías salieron avergonzados.

Atrás, en la habitación exterior, Sheik gimió y se incorporó.

Todos se movieron al unísono. Las chicas se alejaron de él. Sonny empezó a quitarse el pesado abrigo. Inky y Choo-Choo se inclinaron sobre Sheik y, cogiéndolo cada uno de un brazo, comenzaron a ayudarle a levantarse.

—¿Cómo'stás, Sheik? —preguntó Choo-Choo.

Sheik parecía aturdido.

—Un polizonte no pue hacerme daño —dijo entre dientes con voz turbia, tambaleándose sobre las piernas.

—¿Te duele?

—No, no me duele —aseguró con una mueca de dolor. Luego miró a su alrededor con cara de tonto—. ¿S'han ío?

—Sí —dijo jubiloso Choo-Choo brincando con un paso de baile—. Les hemos ganao, Sheik. Se la hemos metió doblá.

Sheik recuperó de golpe su confianza.

—Te dije que lo íbamos a conseguí.

Sonny sonrió y juntó las manos en el aire en el saludo de los campeones.

—M'hicieron sudá la gota gorda —confesó.

Una expresión triunfal cargada de locura deformó el rostro chato y pecoso de Sheik.

—Soy'l Jeque[8], colega —dijo. Sus ojos amarillos estaban recuperando su ferocidad.

Sissie le miró y dijo con aprensión:

—Sugartit y yo tenemos que irnos. Sólo estábamos esperando a ver si estabais todos bien.

—N'os podéis ir ahora, tenemos que celebrarlo —declaró Sheik.

—No tenemos na con qué celebrá —se lamentó Choo-Choo.

—Vaya que no —le contradijo Sheik—. Los polis no son tan listos. Sube a l'azotea y coge la vara.

—¿Quién, yo, Sheik?

—Entonces Sonny.

—¡Yo! —exclamó Sonny—. Ya tenío bastante d'esa azotea.

—Ve —mandó Sheik—, ahora eres un Musulmán y te l'ordeno n'el nombre d'Alá.

—Alabemos a Alá —añadió Choo-Choo.

—No quiero ser un Musulmán —se quejó Sonny.

—Vale, entonces sigues siendo nuestro prisionero —decretó Sheik—. Inky, ve tú a por la vara. Tie cinco canutos escondíos en la punta.

—Demonios, iré yo —se ofreció Choo-Choo.

—No, deja que vaya Inky, ha'stao antes arriba y no les parecerá raro.

Cuando Inky se fue a por la vara, Sheik le dijo a Choo-Choo:

—Nuestro prisionero se'stá poniendo chulo ahora que l'hemos salvao de la pasma.

—No m'estoy poniendo chulo —declaró Sonny—. Sólo quiero salí d'aquí cuanto antes y quitarme'stas esposas sin tené qu'hacerme un Musulmán.

—Sabes demasiao pa que te dejemos ir ahora —dijo Sheik, intercambiando una mirada con Choo-Choo.

Inky regresó con la vara y, tras quitar el tapón de su extremo, la sacudió hasta que cayeron cinco cigarrillos sobre la mesa.

—¡Menúo banquete! —exlamó Choo-Choo. Agarró uno, rompió la punta con el pulgar y lo encendió.

Sheik encendió otro.

—Coge uno, Inky —dijo.

Inky cogió uno.

Todos se pusieron sus gafas ahumadas.

—Si fumáis aquí, la abuela lo va a oler —advirtió Sissie.

—Se piensa que son cigarrillos de cubeba. —Choo-Choo se puso a imitar a la abuela—: «A vé niño si dejái de fumá la cubeba esa porqu'hace qu'a una le dé vueltas la cabeza».

Sheik y él se doblaron de la risa.

El cuarto hedía con aquel humo acre.

Sugartit cogió un canuto, se sentó en la cama y lo encendió.

—Vamos, nena, desnúdate —la animó Sheik—. Celebra la cagá de tu viejo quitándote algo.

Sugartit se puso de pie, se bajó la cremallera de la falda y empezó a ejecutar lentamente un número de *striptease*.

Sissie la agarró de los brazos.

—Deja de hacer eso —dijo—. Deberías volver a casa antes de que tu viejo llegue primero y se ponga a buscarte.

En un repentino ataque de furia, Sheik apartó las manos de Sissie de Sugartit y la tiró sobre la cama.

—Déjala'n paz —vociferó Sheik—, va a divertí al Jeque.

—Si Coffin Ed es realmente su viejo, deberías dejá que se fuera a casa —aconsejó Sonny con seriedad—. Te'stás buscando problemas por andá con su familia.

—Choo-Choo, ve a la cocina y coge la cuerda de tendé de l'abuela —ordenó Sheik.

Choo-Choo salió de la habitación con una sonrisa.

Cuando vio que la abuela lo estaba mirando fijamente con un feroz gesto de desaprobación, Choo-Choo dijo en tono culpable:

—Tú no m'hagas caso, abuela. —Empezó a hacer payasadas.

Ella no respondió.

Fue de puntillas hasta el armario en una exagerada pantomima y sacó su rollo de cordel para tender.

—Sólo quiero tendé la colá —aseguró.

Ella siguió sin responder.

Él se acercó de puntillas a la mecedora y pasó lentamente la mano por delante de su cara. Ella no movió una pestaña. La sonrisa de Choo-Choo se agrandó. De vuelta en la habitación exterior, dijo:

—L'abuela s'ha quedao frita con los ojos abiertos como platos.

—Déjala con los angelitos —dijo Sheik, mientras cogía el rollo de cordel y empezaba a desenrollarlo.

—¿Qué vas a hacé con eso? —preguntó Sonny lleno de temor.

Sheik hizo un lazo con un nudo corredizo en un extremo.

—Vamos a jugá a los vaqueros —contestó—. Mira.

De repente, arrojó el lazo sobre la cabeza de Sonny y tiró del cordel con todas sus fuerzas. El lazo se tensó en torno a su cuello y lo hizo caer al suelo con una sacudida.

Sissie corrió hacia Sheik e intentó quitarle el cordel de las manos a tirones.

—Lo estás ahogando —le acusó.

Sheik le propinó un manotazo de revés, mandándola al suelo.

—Ya pues aflojá un poco —indicó Choo-Choo—: lo tenemos.

—Ahora te voy a'nseñá cómo hay qu'atá a un hijoputa pa meterlo n'un saco —dijo Sheik.

11

Grave Digger se detuvo en la acera delante de la casa de madera amarilla contigua a los Knickerbocker. Había sido compartimentada en oficinas y todas las ventanas de la fachada delantera tenían rótulos con anuncios comerciales.

—¿Puedes leer lo que está escrito en esas ventanas? —le preguntó Grave Digger a Ready Belcher.

Ready le echó una mirada recelosa.

—Claro que pueo leerlo.

—Entonces lee —le mandó Grave Digger.

Ready le lanzó otra mirada de soslayo.

—¿Cuál de tos?

—Elige.

Ready entrecerró su ojo bueno tratando de penetrar la oscuridad y leyó en voz alta:

—«Joseph C. Clapp, notario y agente inmobiliario.» —Miró a Grave Digger como un perro que hubiera traído de vuelta un palo—. ¿Ese?

—Prueba con otro.

Ready dudó. Los faros de los coches que pasaban bailaban en su cara negra picada de viruelas, resaltaban el blanco de su ojo estrábico e iluminaban su llamativo traje color canela.

—No tengo mucho tiempo —advirtió Grave Digger.

Ready leyó:

—«Asombroso aceite para pescar Gypsy, fórmula con cíen años de antigüedad. A los siluros los vuelve locos.» —Miró de nuevo a

Grave Digger como si fuera el mismo perro con otro palo.

—Ese no —le reprendió Grave Digger.

—¿Qué demonios é esto, una broma? —masculló.

—¡Sólo lee!

—«JOSEPH, el único y original blanqueador de piel. Garantía de blanqueo de doce tonos de la piel más oscura en seis meses.»

—¿No quieres blanquearte la piel?

—Mi pié me sienta bié —dijo con hosquedad.

—Entonces sigue leyendo.

—«Fórmula Mágica para que tus oraciones sean escuchadas»… ¿esa?

—Sí, esa es. Lee lo que pone debajo.

—«Estas son algunas de las cosas asombrosas que te muestra: cuándo rezar, dónde rezar, cómo rezar, las Fórmulas Mágicas para la salud y el éxito, para vencer el miedo por medio de la oración, para conseguir trabajo por medio de la oración, para conseguir dinero por medio de la oración; para influir en otros por medio de la oración, y…»

—Ya es suficiente. —Grave Digger respiró hondo y dijo con una voz nuevamente sucia y apagada—: Ready, si no me dices lo que quiero saber, te convendría hacerte con una de esas oraciones. Porque voy a llevarte a la calle 129, cerca del río Harlem. ¿Sabes dónde está? Es un desolado laberinto de almacenes y depósitos de chatarra bajo las vías del New York Central.

—Sí, sé ond'está.

—Y voy a golpearte con el revólver hasta que tu propia puta no sea capaz de reconocerte. Y si intentas correr, te voy a dar quince metros de ventaja antes de pegarte un tiro en la cabeza por tratar de escapar. ¿Me estás entendiendo?

—Sí, t'entiendo.

—¿Me crees?

Ready echó una rápida ojeada al rostro inflamado por la cólera de Grave Digger y se apresuró a decir:

—Sí, te creo.

—Han suspendido a mi compañero esta noche por matar a una rata criminal como tú, y preferiría que me suspendieran a mí también.

—Aún no m'has preguntao qué quies sabé.

—Sube al coche.

El coche estaba aparcado junto al bordillo. Ready se sentó en el sitio de Coffin Ed. Grave Digger rodeó el coche y se sentó agarrándose al volante.

—Este es un sitio tan bueno como cualquier otro —dijo—. Empieza a hablar.

—¿De qué?

—Del gran griego. Quiero saber quién lo mató.

Ready saltó como si le hubiera picado un insecto.

—Digger, te juro por Dió…

—No me llames Digger, chuloputas piojoso.

—Señó Jones, escuche…

—Estoy escuchando.

—Mucha gente podría haberle matao si hubieran sabio…

Se calló bruscamente. Las marcas de viruela de su piel comenzaron a llenarse de sudor.

—¿Sabes qué? No tengo toda la noche.

Ready tragó saliva y dijo:

—Era un sádico.

—¿Qué?

—Le gustaba azotarlas con un látigo.

—¿A las putas?

—No'specialmente. Si eran putas normales quería que fueran zorras negras y grandes con pinta de tío capaces de cortarle'l cuello a un hijoputa. Pero sus preferías eran las jovencitas de coló.

—¿Es eso? ¿Reba le prohibió venir por eso?

—Sí señó. Él se lo propuso una vé. Ella se cabreó tanto que sacó su pistola.

—¿Le disparó?

—No señó, sólo l'asustó.

—Me refiero a esta noche. ¿Fue ella?

Los ojos de Ready empezaron a ponerse blancos, y su negra cara mezquina comenzó a verse surcada por gotas de sudor.

—¿Quie decí el que lo mató? No señó, estuvo'n casa toa la tarde.

—¿Dónde estabas tú?

—También estuve allí.

—¿Vives ahí?

—No señó, sólo me dejo caé de visita de vé en cuando.

—¿Dónde encontraba a las chicas?

—¿Se refié a las jovencitas?

—¿A qué otras chicas voy a estar refiriéndome?

—Las recogía con su coche. Guardaba n'él un pequeño látigo mexicano de nueve colas. Las azotaba con él.

—¿Adónde las llevaba?

—Las traía aquí al piso de Reba hasta qu'ella empezó a sospechá de tanto grito y tanto'scándalo. Al principio no pensó na raro: a'stas zorritas les gusta hacé mucho ruido pa un blanco. Pero'staban haciendo má ruido de lo que parecía normá y ella entró y lo pilló n'el ajo. Fue'ntonces cuando él se lo propuso.

—¿Cómo conseguía que aceptaran?

—¿Aceptá qué?

—Que las azotara.

—Oh, las pagaba cien pavos. Taban encantás de que las azotara a cambio d'eso.

—¿Estás seguro de eso, de que les pagaba cien dólares?

—Sí señó. No sólo le conocía yo, sino también muchas zorritas de to Harlem. Cien pavos no eran na pa él. También lo sabían sus novio. Muchas veces sus novio las obligaban. Había zorritas de to Harlem detrá d'él. Claro que pa la mayoría, con una vé era suficiente.

—¿Les hacía daño?

—Le sacaba partió a su dinero. A veces las zurraba de lo lindo. Sospecho que dejó muy má a má d'una. ¿Recuerda asa cría que recogieron en Broadhurst Parle? Salió to n'el periódico. Estuvo n'el

hospital tre o cuatro días. Ella dijo que la habían agredió, pero la Policía pensaba qu'una banda l'había dao una paliza. Creo qu'ella fue una de las chicas.

—¿Cómo se llamaba?

—No m'acuerdo.

—¿Adónde las llevaba después de que Reba le prohibiera venir?

—No lo sé.

—¿Sabes el nombre de alguna de ellas?

—No señó, las traía y las llevaba él solo. Ni siquiera vi nunca a ninguna d'ellas.

—Estás mintiendo.

—No señó, lo juro por Dió.

—¿Cómo sabías que eran jovencitas si nunca viste a ninguna de ellas?

—Él me lo contó.

—¿Qué más te contó?

—Na má. Simplemente m'hablaba de chicas.

—¿Qué edad tiene tu chica?

—¿Mi chica?

—¿La que tienes en el piso de Reba?

—Oh, tie veinticinco o má.

—Una mentira más y nos ponemos en marcha.

—Tie dieciséi, jefe.

—¿Estuvo también con él?

—Sí señó. Una vé.

La cara de Ready estaba chorreante de sudor.

—Una vez. ¿Por qué solamente una vez?

—Ella s'asustó.

—¿Trataste de arreglar otro encuentro?

—No señó, jefe, ella no tenía necesidá. No le valía la pena.

—¿Qué estabas haciendo con él en el Dew Drop Inn?

—Taba buscando a una chiquita que conocía y me pidió que l'acompañara, esos to, jefe.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un mé, má o meno.

—Has dicho que no sabías adónde las llevaba después de que Reba le prohibiera venir.

—No lo sé, jefe, se lo juro por…

—Deja esa mierda lameculos. Reba dijo que le prohibió venir a su piso hace tres o cuatro meses.

—Sí señó, pero no dije que yo no l’hubiera visto desde entonces.

—¿Sabía Reba que le estabas viendo?

—Sólo le vi esa vé, jefe. Taba en el bar Alabama-Georgia y simplemente entró allí por casualidá.

Grave Digger señaló con la cabeza los tres coches extraños que estaban aparcados algo más adelante, frente a los Knickerbocker.

—¿Es su coche alguno de esos?

—¡Eso son carros averiaos! —el miedo dio paso al desdén en la voz de Ready—. No señó, tenía un coche de lujo, un gran Cadillac Coupe de Ville verde.

—¿Quién era la chica que él y tú estabais buscando?

—Yo no la’staba buscando: sólo l’acompañé a buscarla.

—Quién era, te he preguntado.

—No la conocía. Alguna zorrita que se movía por ese barrio.

—¿Cómo llegó a conocerla?

—Dijo qu’había azotao a una amiga suya una vé. Así fue cómo la conoció. Dijo qu’el novio de Sissie la había llevao con é.

—¡Sissie! Habías dicho que no sabías el nombre de ninguna de ellas.

—Lo había olvidao, jefe. No la trajo al piso de Reba. No sabía má d’ella que lo qu’él m’había contao.

—¿Qué te contó exactamente?

—Me contó qu’el novio de Sissie, un chico al que llaman Sheik, lo arregló con él a cambio de dinero. Después quiso que lo arreglara con la otra, pero Sheik no púo hacerlo.

—¿Cómo se llamaba la otra? ¿La que él y tú estabais buscando?

—Él la llamaba Sugartit. Era la amiga de Sissie. Las había visto juntas una vé bajando la Séptima Avenida, después d’habé azotao a

Sissie.

—¿Dónde la encontrasteis?

—No la'ncontramos, se lo juro por…

—¿Tu chica las conoce?

—No l'he oío.

—Tu chica, ¿las conoce ella?

—¿A quién, jefe?

—A Sissie o a Sugartit.

—No señó. Mi chica's una profesioná y ellas sól'unas zorritas. Recuerdo qu'él dijo una vé que tos estaban metíos en una banda de críos del barrio. Hablo de Sheik y las dos zorritas. Dijo que Sheik era'l jefe.

—¿Cómo se llama la banda?

—Dijo que s'hacían llamá los Musulmanes Molones. A él le parecía gracioso.

—¿Has escuchado las noticias esta noche en la radio?

—¿Quie decí lo de que se lo habían cargao? No señó, yo'staba escuchando el *Twelve-Eighty Club*. Reba me lo contó. Ella las estaba'scuchando. Eso fue justo antes de qu'usté llegara. Me lo'staba diciendo cuando sonó'l timbre. Dijo que s'habían cargao al gran griego en Lenox Avenue, y yo dije que qué importaba.

—Antes dijiste que mucha gente podría haberlo matado si hubieran sabido lo que hacía. ¿Quiénes?

—Me refería tan sólo a los papis d'esas chicas. Como'l de Sissie o algún otro. Él podría habé estao rondando por allí buscando a Sugartit otra vé y su papi podría habers'enterao de to d'alguna forma y habé estao allí'sperándolo, y haberle cascao cuando le vio bajá por la calle.

—¿Te refieres a acercársele por la espalda?

—Estaba'n su coche, ¿no?

—¿Y qué tal los Musulmanes, la banda juvenil?

—¡¿Ellos?! ¿Por qué querrían hacerlo? Pa ellos él era dinero con patas.

—¿Quién es el padre de Sugartit?

—¿Quie decí su viejo?

—Quiero decir su padre.

—¿Cómo voy a sabé eso, jefe? Nunca había oío hablá d’ella antes de qu’él lo hiciera.

—¿Qué decía de ella?

—Simplemente quera su chica ideá.

—¿Dijo dónde vivía?

—No señó, sólo decía lo que digo que decía, jefe, lo juro por Dios.

—Apestas. ¿Por qué sudas tanto?

—Solamente’stoy nervioso, eso’s to.

—Apestas a miedo. ¿De qué tienes miedo?

—Es naturá qu’esté asustao, jefe. Usté tie’se pistolón y se pone furioso con to’l mundo y no hace má que decí que me va a matá y to eso. Suficiente pa que cualquiera’sté asustao.

—Tienes miedo de algo más, de algo en concreto. ¿Qué te estás callando?

—No m’estoy callando na. L’he contao to lo que sé, se lo juro, jefe, se lo juro por to lo qu’es sagrao n’este verde mundo.

—Sé que estás mintiendo. Lo noto en tu voz. ¿Sobre qué me estás mintiendo?

—No’stoy mintiendo, jefe. Que me parta un rayo si miento.

—Sabes quién es su padre, ¿no es así?

—No señó, jefe. Lo juro. L’he contao to lo que sé. Podría golpearme hasta hacerme pulpa la cabeza pero no podría decirle na má de lo que ya l’he dicho.

—Sabes quién es su padre y te da miedo decírmelo.

—No señó, lo juro…

—¿Es un político?

—Jefe, yo…

—¿Un jefazo de la lotería?

—Le juro, jefe…

—Cállate antes de que te rompa los malditos dientes.

Grave Digger apretó el pedal de arranque como si estuviera pisoteando la cabeza de Ready. El motor se encendió con un ronroneo. Pero no metió el embrague. Se quedó allí sentado, escuchando el suave ronroneo del motor en aquel pequeño coche negro indistinguible de cualquier otro y tratando de no perder los estribos.

Finalmente, dijo:

—Si descubro que me estás mintiendo voy a matarte como a un perro. No voy a dispararte, voy a romperte todos los huesos del cuerpo. Voy a tratar de averiguar quién mató a Galen porque es por lo que me pagan y lo que juré cuando acepté este trabajo. Pero si por mí fuera le daría una medalla y lincharía a todos y cada uno de los malnacidos como tú que andaba por ahí con Galen. Me has revuelto las tripas y eso es todo lo que puedo hacer en este momento para aguantarme las ganas de abrirte la cabeza.

12

La recepción del Hospital de Harlem, situado en Lenox Avenue a unas diez manzanas al sur del escenario del asesinato, estaba envuelta en un silencio de medianoche.

Lo llamaban un hospital interracial: más de la mitad de su plantilla de médicos y enfermeras estaba formada por gente de color.

Una enfermera titulada estaba sentada tras el mostrador de recepción. Una lámpara con pantalla de bronce derramaba luz sobre el registro de pacientes del hospital que estaba frente a ella, mientras su rostro de color café se mantenía en penumbra. Levantó la vista inquisitivamente cuando Grave Digger y Ready Belcher se acercaron, caminando uno al lado de otro.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó en un tono cortés ejercitado por la rutina.

—Soy el detective Jones —se presentó Grave Digger, exhibiendo su placa.

Ella la miró pero no la tocó.

—Recibieron aquí a un paciente de urgencias hará unas dos horas: un hombre con el brazo derecho amputado.

—¿Sí?

—Me gustaría interrogarlo.

—Llamaré al doctor Banks. Puede hablar con él. Por favor, siéntense.

Grave Digger empujó a Ready en la dirección de unas sillas que rodeaban una mesa con revistas. Se sentaron en silencio, como familiares de un enfermo en estado crítico.

El doctor Banks entró sin hacer ruido, cruzando el suelo de baldosas de linóleo sobre unos zapatos con suelas de goma. Era un hombre joven de color vestido de blanco, alto y de aspecto atlético.

—Siento haberle hecho esperar, señor Jones —le dijo a Grave Digger, a quien conocía de vista—. Quiere información acerca del caso que presentaba el brazo seccionado. —Tenía la sonrisa ágil y una voz agradable.

—Quiero hablar con él —puntualizó Grave Digger.

El doctor Banks acercó una silla y se sentó.

—Está muerto. Acabo de estar con él. Tenía un tipo sanguíneo poco común, tipo 0, el cual no tenemos en nuestro banco de sangre. Se da cuenta de que era vital que le hiciéramos transfusiones. Tuvimos que ponernos en contacto con el banco de sangre de la Cruz Roja. Localizaron el tipo en Brooklyn, pero llegó demasiado tarde. ¿Hay alguna cosa sobre la que pueda informarle?

—Quiero saber quién era.

—Nosotros también. Murió sin revelar su identidad.

—¿No prestó ningún tipo de declaración antes de morir?

—Hubo otro detective aquí antes, pero el paciente estaba inconsciente en ese momento. Recuperó la consciencia más tarde, pero el detective se había marchado. No obstante, antes de irse, examinó los efectos del paciente, pero no encontró nada que lo identificara.

—¿No habló, no dijo nada?

—Oh, sí. Gritó un montón. Un momento estaba maldiciendo y al siguiente estaba rezando. La mayor parte de lo que dijo eran incoherencias. Me enteré de que lamentaba no haber matado al hombre al que había atacado: el hombre blanco al que mataron después.

—¿No mencionó ningún nombre?

—No. Una vez dijo «la pequeña», pero utilizaba sobre todo la palabra *hijoputa*, que los harlemitas aplican a todo el mundo: enemigos, amigos y extraños.

—Bien, eso es todo —dijo Grave Digger—. Lo que fuera que supiera se lo llevó consigo. De todos modos, también me gustaría examinar sus efectos, sean los que sean.

—Por supuesto; sólo es la ropa que llevaba y lo que contenían sus bolsillos cuando llegó. —Se levantó de la silla—. Venga por aquí.

Grave Digger se puso de pie y le hizo un gesto con la cabeza a Ready para que caminara delante de él.

—¿Es usted también un agente? —le preguntó el doctor Banks a Ready.

—No, es mi detenido —respondió Grave Digger—. Aún no estamos tan necesitados de policías.

El doctor Banks sonrió. Los condujo por un pasillo que olía fuerte a éter hasta una sala en el otro extremo donde se guardaba la ropa y los efectos personales de los pacientes de urgencias y de planta, envueltos cuidadosamente en paquetes y depositados en estantes en las paredes. Bajó un paquete que presentaba una chapa identificativa y lo colocó sobre la mesa de madera vacía.

—Aquí tiene.

De la habitación contigua se oyó una angustiada voz masculina que recitaba el Padrenuestro.

Ready miró fijamente, como fascinado, el número 219 de la chapa identificativa que estaba sujeta al paquete de ropa, y susurró:

—El *corredó de la muerte*.

El doctor Banks le lanzó una mirada y le dijo a Grave Digger:

—La mayoría de los celadores juegan a la lotería. Cuando llega un paciente de urgencias ponen esta chapa con el número de la muerte en su paquete, y si muere lo juegan.

Grave Digger soltó un gruñido y empezó a deshacer el paquete.

—Si descubre algo que lleve a su identificación, háganoslo saber —pidió el doctor Banks—. Nos gustaría notificárselo a sus familiares. —El doctor los dejó solos.

Grave Digger extendió el chaquetón y el peto cubiertos de sangre sobre la mesa. Contenían dos billetes de un dólar increíblemente sucios, algunas monedas sueltas, una pequeña bolsa de papel

marrón con raíces secas, dos llaves corrientes y una de ojo en un llavero oxidado, una pata de conejo disecada, un pedazo sucio de resina, un trapo de estopilla que había servido como pañuelo, una espátula, un cacho pequeño de piedra pómez y un trocito de papel de escribir doblado en un cuadradito. La espátula y la piedra pómez indicaban que el hombre había trabajado en algún sitio como portero, usando la espátula para rascar chicles del suelo y la piedra pómez para limpiarse las manos. No resultaba de mucha ayuda.

Desdobló el cuadradito de papel y descubrió una nota escrita con letra de niño en papel escolar barato.

G. B., ¿quieres saber una cosa? El Grandote suele pasarse por el Inn. Qué te parece. Igualito que esos viejos romanos.

Bee.

Grave Digger la volvió a doblar y la deslizó en su bolsillo.

—¿Tu chica se llama Bee? —le preguntó a Ready.

—No, señó, se llama Doe.

—¿Conoces a alguna chica que se llame Bee? ¿Una adolescente?

—No señó.

—¿G. B.?

—No señó.

Grave Digger vació los bolsillos de las prendas pero no encontró nada más. Rehizo el paquete y le ató la chapa. Se dio cuenta de que Ready estaba mirando otra vez fijamente el número que llevaba.

—No dejes que ese número se reencuentre contigo —dijo—. No acabes con esa chapa sobre tu elegante ropa.

Ready se pasó la lengua por sus resecos labios.

No vieron al doctor Banks en su camino hacia la salida. Grave Digger se detuvo en el mostrador de recepción para decirle a la enfermera que no había encontrado nada con lo que identificar el cadáver.

—Ahora vamos a buscar el coche del griego —le indicó a Ready.

Hallaron el gran Cadillac verde bajo una farola, en mitad del bloque de la calle 130 entre Lenox y la Séptima Avenida. Tenía matrícula de Nueva York, UG-16, y estaba aparcado junto a una boca de incendios. Llamaba la atención tanto como un camión de bomberos.

Grave Digger paró detrás del coche y aparcó.

—¿Quién lo encubría en Harlem? —le preguntó a Ready.

—No lo sé, señó Jones.

—¿Era el capitán del distrito?

—Señó Jones, yo…

—¿Uno de nuestros concejales?

—Se lo juro, señó Jones…

Grave Digger salió del coche y caminó hacia el voluminoso coche.

Las puertas estaban cerradas. Rompió el cristal del parabrisas izquierdo con la culata de su revólver, alargó la mano por encima del volante y quitó el seguro de la puerta. Las luces interiores se encendieron.

Una búsqueda rápida sacó a la luz la parafernalia habitual de un motorista: guantes, pañuelos de tela, clínex, paquetes a medias de diferentes marcas de cigarrillos, papeles del seguro, unos chanclos de plástico para calzado de mujer y una polvera. Un mono de fieltro colgaba del espejo retrovisor, y había dos muñecas de tamaño mediano, una Topsy negrita y una Pequeña Eva rubia, sentadas en extremos opuestos del asiento de atrás.

En la guantera del lado derecho, encontró el pequeño látigo y un sobre de papel manila que contenía unas fotos de tamaño postal. Las examinó bajo la luz. Eran fotografías de chicas de color desnudas en diversas posturas, y cada una de las imágenes revelaba una técnica distinta depurada por el sádico. Las caras de las chicas se distinguían con claridad en la mayoría de las fotos, aunque estaban desfiguradas por el dolor y la vergüenza.

Metió el látigo en el bolsillo forrado en cuero de su abrigo, sujetando las fotos aún en la mano; cerró la puerta con gran

estruendo, desandó el camino hasta su propio coche y se sentó tras el volante agarrándose a él.

—¿Era fotógrafo? —le preguntó a Ready.

—Sí señó, a veces llevab'una cámara.

—¿Te enseñaba las fotos que hacía?

—No señó, nunca dijo na de ninguna fotografía. Sólo le vi con la cámara.

Grave Digger encendió la luz interior del coche y le enseñó las fotos a Ready.

—¿Reconoces a alguna de ellas?

Ready dejó escapar un suave silbido y sus ojos se abrieron como platos mientras pasaba las fotos una a una.

—No señó, no conozco a ninguna —aseguró, devolviéndoselas a Grave Digger.

—¿No es tu chica una de ellas?

—No señó.

Grave Digger se metió el sobre en el bolsillo y pisó con fuerza el pedal de arranque.

—Ready, que no te cace mintiéndome —advirtió de nuevo mientras metía el embrague.

13

Aparcó justo delante del Dew Drop Inn y empujó a Ready a través de la puerta. A primera vista todo estaba tal como lo había dejado: los dos policías blancos vigilando la puerta y los clientes de color divirtiéndose con gran bullicio. Condujo a Ready entre la barra y las mesas, en dirección al fondo. Caras de colores variados se giraron hacia ellos a su paso, mirándolos con curiosidad.

Pero se fijó en que había unos clientes nuevos en la última mesa. Estaba completamente ocupada por unos adolescentes, tres chicos y cuatro chicas, que no habían estado allí antes. Los jóvenes dejaron de hablar y le miraron con atención mientras Ready y él se acercaban. Entonces, cuando vieron el látigo, las cuatro chicas dieron un respingo y sus juveniles caras de tez oscura se contrajeron atacadas por un miedo repentino. Se preguntó cómo habían logrado pasar entre los policías blancos de la puerta.

Todos los sitios de la barra estaban ocupados.

Big Smiley se acercó y pidió a dos hombres que dejaran sus asientos.

Uno de ellos empezó a quejarse:

—Por qué razón tengo que cedé mi asiento a otros negros.

Big Smiley apuntó con el pulgar hacia Grave Digger.

—S’el jefe.

—Oh, uno d’ellos dos.

Ambos se levantaron con presteza, cogieron sus vasos y dejaron libres los taburetes, sonriendo servilmente a Grave Digger.

—No me enseñéis los dientes —gruñó Grave Digger—. No soy dentista. No arreglo dientes. Soy policía. Os los arrancaré a golpes.

Los hombres borraron las sonrisas de sus caras y se escabulleron de allí.

Grave Digger tiró el látigo encima de la barra y se sentó en el taburete alto de la barra.

—Siéntate —le ordenó a Ready, que se quedó de pie titubeando —. Siéntate, maldita sea.

Ready se sentó como si la parte alta del taburete fuera una tarta glaseada.

Big Smiley miró a uno y luego a otro, mostrando una sonrisa cansada.

—Me ocultaste cosas —le acusó Grave Digger con la voz sucia y apagada de su furia latente—. Y eso no me gusta.

La sonrisa de Big Smiley sufrió un repentino caso de estreñimiento. Echó una ojeada fugaz al rostro impasible de Ready, sin encontrar allí nada que le devolviera su confianza; recurrió entonces a su brazo cortado, que llevaba en cabestrillo.

—Supongo que debo tené algo de fiebre, jefe, porque no m'acuerdo qué le dije.

—Me dijiste que no sabías a quién estaba buscando Galen aquí —le recordó Grave Digger con tono sucio.

Big Smiley le lanzó otra mirada a Ready, pero todo lo que obtuvo fue una expresión vacía. Emitió un profundo suspiro.

—¿Qué a quién estaba buscando? ¿S'eso lo que m'está preguntando? —hizo una pausa, tratando de sostener la ardiente y fija mirada de Grave Digger—. No sé a quién estaba buscando, jefe.

Grave Digger se puso de pie sobre el reposapiés del taburete como si estuviera apoyándose sobre unos estribos, agarró el látigo de la barra y azotó con él a Big Smiley en una y otra mejilla antes de que este último pudiera mover su mano sana.

Big Smiley dejó de sonreír. Las conversaciones se interrumpieron bruscamente a lo largo de la barra y se fueron apagando poco a

poco en las mesas. En el vacío que vino después, se oyó la voz de Lil Green lamentarse desde la máquina de discos:

Por qué no haces lo correcto
como hacen otros hombres…

Grave Digger se volvió a sentar en el taburete, respirando pesadamente, luchando por controlar su ira. Las venas se le marcaban en las sienes, surgiendo de su cortísimo pelo crespo como unas extrañas raíces que treparan hacia el ala de su sombrero amorfo. Sus ojos marrones surcados de venas rojas generaban un flujo constante de calor como si estuvieran fundiendo al blanco.

El encargado, que había estado atendiendo el comienzo de la barra, se acercó a toda prisa hacia ellos con el rostro lleno de indignación.

—Atrás —le ordenó Grave Digger en tono áspero.

El encargado se echó para atrás.

Grave Digger clavó su dedo índice izquierdo en Big Smiley y dijo con una voz tan sucia que resultaba difícil de entender:

—Smiley, todo lo que quiero de ti es la verdad. Y no tengo mucho tiempo para sacártela.

Big Smiley dejó de mirar a Ready. No sonrió. No se quejó. Dijo:

—Haga las preguntas, jefe, y las responderé lo mejó que sepa.

Grave Digger echó una mirada hacia los adolescentes de la mesa. Estaban escuchando con las bocas abiertas, mirándolo con ojos como platos. Las hinchadas ventanas de su nariz expelían vapor hirviente. Se giró de nuevo hacia Big Smiley. Pero se quedó sentado en silencio durante un momento para dar tiempo a que la sangre le bajara de la cabeza.

—¿Quién lo mató? —preguntó finalmente.

—No lo sé, jefe.

—Lo mataron en tu calle.

—Sí señó, pero no sé quién lo hizo.

—¿Sissie y Sugartit vienen por aquí?

—Sí señó, a veces.

Grave Digger percibió por el rabillo del ojo que los hombros de Ready habían comenzado a hundirse como si su columna vertebral estuviera derritiéndose.

—Siéntate derecho, maldita sea —le riñó—. Tendrás tiempo de sobra para estar tumbado como descubra que me has estado mintiendo.

Ready se sentó derecho.

Grave Digger se dirigió a Big Smiley:

—¿Galen se encontró aquí con ellas?

—No señó, s'encontró con Sissie una vé pero nunca le vi con Sugartit.

—¿Qué hacía entonces ella aquí?

—Vin'un par de veces con Sissie.

—¿Cómo te enteraste de su nombre?

—Oí a Sissie llamarla'sí.

—¿Estaba Sheik con ella cuando se encontró con Galen?

—¿Quie decí con Sissie? ¿Cuando s'encontró con el grandote? Sí señó.

—¿Le pagó el dinero a Sheik?

—No podría'segurarlo, jefe, pero vi dinero cambiando de manos. No sé quién lo cogió.

—Lo cogió él. ¿Se fueron los dos con él?

—¿Se refié a Sheik y Sissie?

—A eso me refiero.

Big Smiley sacó un pañuelo azul y se enjugó el abundante sudor que cubría su negro rostro.

Las cuatro adolescentes de la mesa empezaron a moverse con intención de marcharse. Grave Digger se giró hacia ellas.

—¡Sentaos! Después quiero hablar con vosotras —ordenó.

Comenzaron a protestar con voces estridentes: «Tenemos que llegar a casa… tenemos que estar en la escuela mañana a las nueve… no hemos terminao los deberes… no podemos estar en la calle tan tarde… nos vamos a meter en problemas».

Él se levantó de su asiento y se acercó para enseñarles su placa dorada.

—Ya tenéis problemas. Ahora quiero que os sentéis y os quedéis calladas.

Cogió a dos de las chicas que estaban de pie y las obligó a regresar a sus asientos.

—No pue reteneros a menos que tenga una orden —dijo el chico que se sentaba junto al pasillo.

Grave Digger lo tiró de su asiento de un bofetón, se agachó, lo levantó del suelo por las solapas de su abrigo y lo devolvió a su asiento de un empujón.

—Ahora repite eso —le sugirió.

El chico no dijo nada.

Grave Digger esperó durante un momento hasta que se acomodaron y se callaron, y luego regresó a su taburete en la barra.

Ni Big Smiley ni Ready se habían movido; ninguno había mirado al otro.

—No contestaste a mi pregunta —recordó Grave Digger.

—Cuando se llevó a Sissie, Sheik se queó'n su asiento —dijo Big Smiley.

—¿Qué maldita clase de respuesta es esa?

—Es como'currió, jefe.

—¿Adónde se la llevó?

Por la cara de Big Smiley corrían ríos de sudor. Suspiró.

—Escaleras abajo —confesó.

—¿¡Escaleras abajo!? ¿Aquí?

—Sí señó. Hay unas escaleras n'el cuarto d'atrá.

—¿Qué hay abajo?

—Simplement'una boega, como la de cualquié otro bar. Ta llena de botellas, viejos muebles de bar y barriles de cerveza. El compresó de la cerveza de barril está ahí abajo, y el sistema refrigeradó de las neveras. Eso's to. Algunas ratas y el gato que tenemo.

—¿No hay una cama o un dormitorio?

—No señó.

—¿Las azotaba ahí abajo en un sitio así?

—No sé lo qu’hacía.

—¿No podías oírlos?

—No señó. No se pue oír na a travé d’este suelo. Podría dispará con la pistola ahí abajo y no s’oiría aquí arriba.

Grave Digger miró a Ready.

—¿Sabías eso?

A Ready le dio una nueva flojera.

—No señó, juro por…

—¡Siéntate derecho, maldita sea! No quiero tener que decírtelo otra vez.

Se giró otra vez hacia Big Smiley.

—¿Él lo sabía?

—No hasta donde yo sé, a meno qu’él se lo dijera.

—¿Están Sissie o Sugartit entre esas chicas de ahí?

—No señó —respondió Big Smiley sin mirar.

Grave Digger le enseñó las fotos pornográficas.

—¿Conoces a alguna de ellas?

Big Smiley pasó las fotos lentamente sin cambiar el gesto. Extrajo tres fotos.

—Las he visto —dijo.

—¿Cómo se llaman?

—Sólo sé los nombres de dos d’ellas —separó dos de las fotos cuidadosamente con las puntas de sus dedos como si estuvieran cubiertas de veneno—. Estas dos. Esta d’aquí se llama Good Booty, l’otra Honey Bee. Nunca he oío’l nombre d’esta d’aquí.

—¿Cuáles son sus apellidos?

—No conozco ninguno d’ellos, son sólo motes.

—¿Llevó a estas dos abajo?

—Sólo astas dos.

—¿Quién vino con ellas?

—Vinieron solas, como la mayoría d’ellas.

—¿Se citaba con ellas?

—No señó, no con la mayoría, al meno. Simplemente venían aquí y l'esperaban.

—¿Venían juntas?

—Algunas veces, otras no.

—Acabas de decir que venían solas.

—Quería decí que no traían a sus novios.

—¿Se había encontrado con ellas antes?

—No sabría decirle. Cuando venía'quí, si veía'lguna d'ellas simplemente escogía una.

—¿Sabía él que se pasaban por aquí buscándole?

—Sí señó. Cuando empezó a vení por aquí ya sabían quién era.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tre o cuatro meses. No m'acuerdo bien.

—¿Cuándo empezó a llevárselas abajo?

—Haz'unos dos meses.

—¿Se lo sugeriste tú?

—No señó, me lo propuso él.

—¿Cuánto te pagaba?

—Veinticinco pavos.

—Esto que me cuentas va a hacer que te metan en Sing-Sing.

—Tal vé.

Grave Digger examinó la nota dirigida a G. B. y firmada por Bee que había cogido de los efectos personales del muerto, luego se la pasó a Big Smiley.

—Eso apareció en el bolsillo del hombre al que cortaste —explicó.

Big Smiley leyó la nota con cuidado, deletreando cada palabra con los labios. Su aliento producía un sonido susurrante al salir de su boca.

—Tonces él debía sé pariente d'ella —concluyó.

—¿No sabías eso?

—No señó, lo juro por Dios. Si hubiera sabio eso no l'habría cortao con el hacha.

—¿Qué le dijo exactamente a Galen cuando empezó a acercase hacia él con la navaja?

Big Smiley arrugó la frente.

—No m'acuerdo bié. Algo de que si pillaba a algún blanco hijoputa intentando jugá con sus nenitas le rajaría'l cuello. Pero pensé que se refería simplemente a mujere de coló en generá. Ya sabe cómo habla nuestra gente. No imaginé que se refería a parientes suyos.

—Es posible que el padre de alguna otra chica tuviera la misma idea con una pistola —sugirió Grave Digger.

—Pue sé —dijo Big Smiley con cautela.

—De modo que es evidente que él es el padre y que tiene más de una hija.

—Eso parece.

—Está muerto.

La expresión de Big Smiley no se alteró.

—Siento oírlo.

—Tienes pinta de sentirlo. ¿Quién pagó tu fianza?

—Mi jefe.

Grave Digger lo miró con gesto serio.

—¿Quién te encubre? —preguntó.

—Nadie.

—Sé que eso es mentira pero lo voy a dejar pasar. ¿Quién encubría a Galen?

—No lo sé.

—Voy a pasarte también esa. ¿Qué estaba haciendo aquí esta noche?

—Taba buscando a Sugartit.

—¿Tenía una cita con ella?

—No lo sé. Dijo qu'iba a vení con Sissie.

—¿Vinieron después de que él se marchara?

—No señó.

—Vale, Smiley, esta es la buena. ¿Quién es el padre de Sugartit?

—No sé quiéne son sus parientes ni onde viven, jefe, como ya le dije antes. No importaba.

—Debes tener alguna idea.

—No señó, es justo como digo, nunca me dio por pensá n'ello. Nunca te planteas onde vive una chica'n Harlem, a meno que vayas a su casa con ella. ¿Qué significa la dirección de nadie aquí?

—Que no te pille mintiéndome, Smiley.

—No'stoy mintiendo, jefe. Una vé salí con una mujé durant'un año'ntero y nunca supe onde vivía. Ni m'importaba.

—¿Quiénes son los Musulmanes Molones?

—¿¡Esos niñatos!? Sól'una banda de críos de por aquí.

—¿Por dónde suelen andar?

—No sé mu bié. Por algún lao calle abajo.

—¿Vienen por aquí?

—Sólo tre d'ellos de vé'n cuando: Sheik, creo qu'él es el líder; un chico llamado Choo-Choo y ese al que llaman Bones.

—¿Dónde viven?

—Por aquí cerca n'algún lao, pero no lo sé mu bié. El chico de las palomas debería saberlo. Vive un par de manzanas má abajo al otro lao de la calle. No sé su nombre pero tie un palomá en la azotea.

—¿Es él uno de ellos?

—No lo sé seguro, pero cuando'stá volando sus palomas se pue vé a una panda de críos en la azotea.

—Daré con él. ¿Sabes cuántos años tienen esas chicas de la mesa?

—No señó: cuando les pregunto dicen que tien dieciocho.

—Sabes que son menores.

—Sospecho que sí pero to lo que pueo hacé es preguntárselo.

—¿Estuvo él con alguna de ellas?

—Sól'una que yo sepa.

Grave Digger se giró y miró de nuevo a las chicas.

—¿Cuál? —preguntó.

—La de la boina verde. —Big Smiley empujó una de las tres fotos —. Es esta d'aquí, la que llaman Good Booty.

—Muy bien, hijo, es todo de momento —dijo Grave Digger.

Se bajó del taburete y se acercó a hablar con el encargado.

Nada más irse Grave Digger, sin decir una palabra ni dar advertencia alguna, Big Smiley se inclinó hacia delante y golpeó a Ready en la cara con uno de sus masivos puños. Ready salió despedido del taburete, se estrelló contra la pared y cayó desplomado.

Grave Digger bajó la mirada justo a tiempo de ver cómo su cabeza desaparecía bajo el borde de la barra, volviendo luego su atención al encargado blanco que estaba al otro lado de ella.

—Dadle la cuenta a la gente y cerrad el bar: voy a clausurar este garito, y vosotros estáis bajo arresto —anunció.

—¿Con qué cargos? —se rebeló el encargado de forma vehemente,

—Por incitación de menores a la delincuencia.

—Mañana por la noche volveré a estar abierto —farfulló el encargado.

—No digas una maldita palabra más —le advirtió Grave Digger, y siguió mirándole hasta que el encargado cerró su boca y se alejó.

Después le hizo una seña a uno de los policías blancos de la puerta y le dijo:

—Estoy poniendo al encargado y al barman bajo arresto y voy a clausurar el garito. Quiero que retengáis al encargado y a algunos adolescentes que os entregaré bajo custodia. Voy a irme dentro de un minuto y enviaré el furgón de vuelta. Me llevaré al barman conmigo.

—Vale, Jones —contestó el policía, feliz como un niño con un juguete nuevo.

Grave Digger regresó a la parte de atrás.

Ready estaba en el suelo a cuatro patas, escupiendo sangre y dientes.

Grave Digger lo miró y esbozó una sonrisa mordaz. Después levantó la mirada hacia Big Smiley, el cual estaba lamiéndose sus magullados nudillos con una gran lengua roja.

—Estás bajo arresto, Smiley —le informó—. Si intentas escapar, voy a atravesarte la nuca de un tiro.

—Sí señó —respondió Big Smiley.

Grave Digger sacudió una silla con funda de plástico para echar al cliente que la ocupaba y se sentó en ella a horcajadas en el extremo de la mesa del fondo, frente a los asustados y callados adolescentes. Sacó su libreta y su estilográfica y apuntó sus nombres, direcciones, los números de los colegios públicos a los que iban y sus edades. El mayor era un chico de diecisiete.

Ninguno de ellos admitió conocer a Sissie, Sugartit, el hombretón blanco llamado Galen ni a nadie relacionado con los Musulmanes Molones.

Llamó al segundo policía, que se acercó desde la puerta, y le dijo:

—Retened a estos críos para el furgón.

Después le dijo a la chica con boina verde que le había dado como nombre el de Gertrude B. Richardson:

—Gertrude, quiero que vengas conmigo.

Una de las chicas dijo con una risa tonta:

—Tendríamos que haber adivinao que se llevaría a Good Booty.

—Mi nombre es Beauty —replicó Good Booty, sacudiendo la cabeza con desdén.

En un impulso repentino, Grave Digger la detuvo cuando estaba a punto de levantarse.

—¿Cómo se llama tu padre, Gertrude?

—Charlie.

—¿A qué se dedica?

—Es portero.

—¿De veras? ¿Tienes alguna hermana?

—Una. Es un año más joven que yo.

—¿A qué se dedica tu madre?

—No lo sé. No vive con nosotros.

—Ya veo. Las dos vivís con vuestro padre.

—¿Onde vamos a vivir si no?

—Es una buena pregunta, Gertrude, pero no puedo responderla. ¿Sabías que le han cortado aquí el brazo a un hombre, algo antes

esta misma noche?

—Lo he oído. ¿Y qué? Por aquí siempre rajan a la gente.

—Este hombre trató de acuchillar al hombre blanco a causa de sus hijas.

—¿Eso hizo? —soltó una risita—. Era un carroza.

—Sin duda. El barman le cortó el brazo con un hacha para proteger al blanco. ¿Qué te parece eso?

Ella volvió a reír, con nerviosismo.

—Tal vez pensó qu'el blanco era más importante qu'un borracho de color.

—Es probable. El hombre murió en el Hospital de Harlem hace menos de una hora.

Sus ojos se agrandaron y adoptaron una expresión asustada.

—¿Qu'está tratando de decir, señor?

—Estoy tratando de decirte que era tu padre.

Grave Digger no había previsto su reacción. Ella se levantó tan rápido de su asiento que ya estaba lejos de él antes de que pudiera agarrarla.

—¡Detenedla! —gritó.

Un cliente saltó con un giro desde su taburete en la barra para bloquearle el paso, y ella le clavó los dedos en el ojo. El hombre dio un grito e intentó sujetarla. Ella se soltó y se abalanzó hacia la puerta. El policía blanco la interceptó y la rodeó con los brazos. Ella se revolvió como un gato atacado por el pánico y lanzó una mano hacia su pistola. Ya la había sacado de la funda cuando un hombre de color se acercó corriendo y se la arrancó de la mano de un tirón. El policía la echó al suelo de espaldas y se puso encima de ella, inmovilizándole los brazos. El hombre de color la agarró por los pies. Ella se retorció sobre su espalda y escupió al policía en la cara.

Grave Digger se acercó y la miró con ojos tristes y marrones.

—Ya es demasiado tarde, Gertrude —trató de calmarla—. Ambos están muertos.

De repente ella empezó a llorar.

—¿Por qué tuvo que meterse? —dijo sollozando—. Oh, papá, ¿por qué tuviste que meterte?

14

Dos policías blancos de uniforme que montaban guardia en una oscura azotea estaban hablando.

—¿Crees que lo encontraremos?

—¿Que si creo que lo encontraremos? ¿Sabes a quién estamos buscando? ¿Te has parado a pensar por un momento que estamos buscando a un hombre de color que supuestamente está esposado y a otros siete hombres de color que llevaban turbantes verdes y barbas postizas cuando se les vio por última vez? ¿Lo has meditado bien? A estas alturas ya se habrán deshecho de esos disfraces y puede que Pickens también se haya librado de sus esposas. ¿Y en qué los convierte eso, te pregunto? Eso los hace idénticos a otros dieciocho mil o ciento ochenta mil hombres de color, todos ellos parecidos. ¿Te has parado alguna vez a pensar que hay quinientas mil personas de color en Harlem?: medio millón de personas con la piel negra. Todos parecidos. Y estamos intentando distinguir a ocho de ellos. Es como intentar encontrar un trozo de escoria en una carbonera. Es imposible.

—¿Crees que toda esta gente de color del vecindario sabe quiénes son Pickens y los Musulmanes?

—Claro que sí. Del primero al último. A menos que alguna otra persona de color entregue a Pickens nunca lo encontraremos. Se están riendo de nosotros.

—Con las ganas que tiene el jefe de pillar a ese mono, seguro que ascienden a quien lo encuentre —afirmó el primer policía.

—Sí, ya lo sé, pero es imposible —contestó el segundo—. Si ese mono tiene juicio alguno, hace tiempo que habrá cortado esas esposas en dos.

—¿Qué iba a sacar con ello si no puede quitárselas?

—Demonios, podría ponerse guantes gruesos de puño largo como… ¡Ey! ¿No vimos a un mono con unos guantes largos de conducir puestos?

—Sí, ese mono retrasado de las palomas.

—Con guantes largos y un abrigo viejo y andrajoso. Y era además un mono negro como el carbón. Definitivamente encaja con la descripción.

—Ese mono retrasado… ¿crees que es posible que sea él?

—¡Vamos! ¿A qué estamos esperando?

Sheik dijo:

—Ahora to lo que tenemos qu'hacé es pasá a'ste hijoputa a travé del cerco policiá y tirarlo al río.

—No m'hagas eso, por favó, Sheik —suplicó la voz amortiguada de Sonny desde dentro del saco.

—Chsss —avisó Choo-Choo—. Atiende a los blanquitos.

Los dos policías se agacharon y observaron el interior a través de la ventana abierta.

—¿Dónde está ese chico que llevaba guantes? —preguntó el primer policía.

—¡Guantes! —repitió Choo-Choo, volviendo a su pose de payaso como un camaleón cambiaría de color—. ¿Se refié a guantes de boxeo?

El segundo policía olisqueó el aire.

—¡Un fumadero! —exclamó.

Se arrastraron dentro. Sus miradas barrieron rápidamente la habitación.

El techo apestaba al humo de la marihuana. Todos estaban colocados. Los que no habían fumado se habían colocado de

respirar el humo y observar los excéntricos movimientos de los que sí lo habían hecho.

—¿Quién tiene los canutos? —exigió el primer policía.

—Venga, venga, ¿quién tiene los canutos? —repitió el segundo policía como un eco, paseando su mirada de uno a otro: primero sobre Sheik, que estaba de pie en el centro de la habitación, donde el aviso de Choo-Choo había hecho que se quedara quieto, y que los miraba como si estuviera tratando de entender qué eran; después sobre Inky, al que habían pillado metiéndose tras las cortinas de la esquina y que estaba ahí con medio cuerpo dentro y medio fuera, como si fuera un anuncio de una película de chicas malas; y finalmente la posó sobre Choo-Choo, que parecía el más vulnerable al estar sonriendo como un idiota.

—¿Tienes tú los canutos, chico?

—¡Canutos! ¿Se refié asa caña pa las palomas d'ahí? —respondió Choo-Choo señalando la vara de bambú tirada en el suelo junto a la cama.

—¡No te hagas el gracioso conmigo, chico!

—Es que no sé a qué se refié, jefe.

—Olvida los canutos —intervino el primer policía—. Busquemos al chico de los guantes.

Echó una ojeada a su alrededor. Su mirada tropezó con Sugartit, que estaba sentada en la silla con respaldo y observaba con gesto fijo lo que parecía ser un saco de arpillera lleno de enormes trozos de carbón que descansaba en medio de la cama.

—¿Qué hay en ese saco? —preguntó con recelo.

Durante un momento, nadie respondió.

Entonces Choo-Choo dijo:

—Sól'algo de carbón.

—¿Encima de la cama?

—Es carbón limpio.

El policía clavó en él una mirada amenazante.

—Es mi cama —añadió Sheik—. Puedo poné lo que quiera n'ella.

Ambos policías se giraron para mirarlo.

—Eres un cabrón algo deslenguado —soltó el primer policía—. ¿Cómo te llamas?

—Samson.

—¿Vives aquí?

—Aquí mismo.

—Entonces tú eres el chico que buscamos. El palomar de la azotea es tuyo.

—No, no es él —corrigió el segundo policía—. El chico que buscamos es más negro que él y tiene otro nombre.

—¿Qué más da un nombre u otro para estos monos? —saltó el primer policía—. Siempre se lo están cambiando.

—No, el que buscamos se llama Inky. Era el que llevaba los guantes.

—Ahora me acuerdo. Se llamaba Caleb. Él era el que llevaba los guantes. El otro era Inky, el que no podía hablar.

El segundo policía se giró hacia Sheik.

—¿Dónde está Caleb?

—No conozco a nadie llamao Caleb.

—¡Y un cuerno! Vive aquí contigo.

—No señó, usté se refié ase chico que vive abajo n'el primé piso —intervino Choo-Choo.

—No me digas a qué me estoy refiriendo. Me refiero al chico que vive aquí en esta planta. Es el chico que tiene la caseta para las palomas.

—No señó, jefe, si se refié al Caleb que tie el palomá, vive n'el primé piso.

—No me mientas, chico. Vi al sargento bajarlo por la escalera de incendios hasta este piso.

—No señó, jefe, el sargento pasó de largo'ste piso y lo bajó por la'scalera d'incendios hasta'l primero. Nosotro les vimos cuando pasaron por delante la ventana. ¿Verdá, Amos? —dijo en voz alta hacia Inky.

—É cierto, señó —le siguió el juego Inky—. Pasaron justo por delante d'esa ventana d'ahí.

—¿Por delante de qué otra ventana podrían haber pasado?

—Ningun'otra, señó.

—Tenían con ellos a'tro chico llamao Inky —siguió Choo-Choo—. Parecía que llevaban a los dos arrestaos.

El segundo policía estaba mirando fijamente a Inky.

—A mí me parece que Inky es este chico de aquí —dijo—. ¿No eres tú Inky, chico?

—No señó… —comenzó a decir Inky, pero Choo-Choo le cortó enseguida.

—Le llaman Smokey. Inky s'el otro.

—Deja que hable él —reconvino el primero.

El segundo policía clavó otra mirada amenazante en Choo-Choo.

—¿Estás intentando burlarte de mí, chico?

—No señó, jefe, sólo intento ayudá.

—No seas muy duro con él —indicó el primer policía—. Estos monos están colocados de hierba: no son estrictamente responsables de sus actos.

—Responsables o no, mejor que se anden con ojo si no quieren acabar con algunos chichones en la sesera.

El primer policía vio a Sissie de pie en la esquina, en silencio, con una mano puesta sobre su mejilla magullada.

—Tú los conoces, a Caleb y a Inky, ¿no es cierto, muchacha? —le preguntó.

—No señor, sólo conozco a Smokey —contestó ella.

De repente, Sonny estornudó.

Sugartit soltó una risita.

El policía se giró hacia la cama, miró el saco y luego a ella.

—¿Quién ha estornudado?

Ella se tapó la boca con la mano e intentó dejar de reír.

El rostro del policía se encendió ligeramente al tiempo que desenfundaba su pistola.

—Hay alguien debajo de la cama —dijo—. Cubre el otro lado mientras echo un vistazo.

El segundo policía sacó su pistola.

—Tranquilo y nadie saldrá herido —advirtió este último con tono calmado.

El primer policía se puso a gatas, con la pistola amartillada y preparada para disparar en una mano, y miró debajo de la cama.

Sugartit se tapó la boca con ambas manos y se mordió la palma de la que estaba debajo. Tenía la cara hinchada de aguantarse la risa, y las lágrimas fluían por sus mejillas.

El policía se puso de rodillas apoyándose sobre el borde de la cama. Había una expresión de perplejidad en su cara enrojecida.

—Aquí está pasando algo raro —dijo—. Hay alguien más en esta habitación.

—Aquí n'hay nadie salvo nuestros fantasmas, jefe —aseguró Choo-Choo.

El policía le lanzó una furiosa mirada de frustración y empezó a ponerse en pie.

—Por Dios, juraría que… —se calló de repente al oír los jadeos de asfixia que provenían del interior del saco.

Dio un salto hacia atrás como si en efecto uno de los fantasmas hubiera gemido. Levantando su pistola, preguntó con voz temblorosa:

—¿Que hay en ese saco?

Sugartit estalló en carcajadas histéricas.

Durante un instante, nadie dijo nada.

Entonces Choo-Choo se apresuró a decir:

—Sólo's Joe.

—¡¿Qué?!

—El del saco sólo's Joe.

—¡Joe!

Cautelosamente, el policía se inclinó hacia delante, sujetando la pistola amartillada en su mano derecha, y desató con la izquierda el cordel que cerraba el saco. Tiró de la boca del saco hasta abrirlo.

Unos ojos a punto de salirse de sus órbitas le contemplaron desde un rostro de tez negra que tiraba al gris.

El policía retrocedió horrorizado. Su cara palideció y un escalofrío recorrió su grande y fornido cuerpo.

—Es un cuerpo —dijo con voz ahogada—. Atado de pies a cabeza.

—Nos un cuerpo, sólo's Joe —insistió Choo-Choo, que ya no trataba de hacerse el gracioso.

El segundo policía se acercó rápidamente para mirar.

—Aún vive —comprobó.

—¡Se está ahogando! —gritó Sissie, que se acercó corriendo y empezó a aflojar el lazo en torno al cuello de Sonny.

Sonny tomó aire boqueando.

—Dios mío, ¿qué hace ahí metido? —preguntó con asombro el primer policía.

—Sólo'stá estudiando magia —aseguró Choo-Choo. Estaba empezado a sudar de la tensión.

—¡Magia!

El segundo policía se percató de que Sheik se estaba moviendo lentamente hacia la ventana y le apuntó con la pistola.

—Oh, no, eso sí que no —dijo—. Ven para acá.

Sheik se giró y se acercó un poco.

—¡Estudiando magia! —exclamó el primer policía—. ¿En un saco?

—Sí señó, está intentando aprende cómo salí, como Houdini.

El color regresó de golpe al rostro del policía.

—Debería detenerlo por exhibicionismo —se quejó.

—Diablos, lleva puesto un saco, ¿no es cierto? —soltó el segundo policía, divirtiéndose de su propio ingenio.

Ambos sonrieron a Sonny como si fuera un tonto inofensivo.

Entonces el segundo policía dijo de repente:

—¡No es posible! No puede haber dos retrasados así en todo el mundo.

El primer policía examinó de cerca a Sonny y dijo despacio:

—Creo que tienes razón. —Luego les dijo a los demás en general —: Sacad a ese chico del saco.

Sheik no se movió, pero Choo-Choo e Inky se acercaron deprisa y sacaron a Sonny tirando de él mientras Sissie sujetaba la parte

inferior del saco.

Los policías contemplaron a Sonny con asombro.

—Parece un mono a la parrilla, ¿no crees? —bromeó el primer policía.

Sugartit estalló de nuevo en carcajadas.

La negra piel de Sonny tenía una palidez grisácea como si estuviera cubierto por una fina capa de ceniza. Estaba temblando como una hoja.

El segundo policía extendió el brazo y le hizo darse la vuelta.

Todos fijaron la mirada en las argollas de las esposas sujetas en torno a cada muñeca.

—Es nuestro chico —certificó el primer policía.

—Cielos, señó, desearía haberme ío a casa y haberme metío'n la cama —se lamentó Sonny con voz quejumbrosa.

—Apuesto a que sí —dijo el policía.

Sugartit no podía parar de reír.

15

Los cuerpos habían sido trasladados al depósito. Todo lo que quedaba eran líneas de tiza en la calzada allí donde habían estado.

Habían despejado la calle de coches privados. Las grúas de la Policía se habían llevado aquellos que habían sido abandonados en medio de la calle. La mayor parte de los coches patrulla habían regresado a sus tareas; los que quedaban bloqueaban el acceso a la zona.

El coche del jefe de Policía ocupaba el centro de la escena. Estaba aparcado en mitad de la intersección de la calle 127 y Lenox Avenue.

A uno de sus lados, el jefe, el teniente Anderson, el teniente de Homicidios y el sargento del distrito que había estado al frente de uno de los grupos de búsqueda estaban reunidos alrededor del chico llamado Bones.

El teniente de Homicidios tenía una pistola de fabricación casera en la mano.

—Muy bien, no es tuya —le dijo a Bones con un tono de probada paciencia—. ¿Entonces de quién es? ¿A quién se la escondías?

Bones echó una mirada de soslayo al rostro del teniente, y luego la bajó rápidamente hacia la calle. La paseó muy despacio por los cuatro grandes pares de botas negras de policía. Parecían la Sexta Flota anclada a puerto. No respondió.

Era un chico negro delgado de mediana altura con rasgos afeminados, pelo corto prácticamente lacio en la raíz y peinado con raya a un lado. Llevaba un abrigo elegante encima de la sudadera y

unos pantalones negros muy ceñidos sobre unos relucientes zapatos marrones puntiagudos.

Un anciano que le sacaba una cabeza, con una cara que mostraba los estigmas del duro trabajo a la intemperie, estaba a su lado. El pelo crespo le crecía a modo de cardos que invadieran su brillante cúpula negra, y unos ojos marrones llenos de preocupación miraban a Bones desde detrás de unas gafas con montura de acero.

—Vamos, díselo, no seas tonto —le pidió; luego levantó la vista y vio aproximarse a Grave Digger con sus detenidos—. Aquí vie Digger Jones —dijo—. Pues decírselo a él, ¿verdá que sí?

Todos miraron a su alrededor.

Grave Digger llevaba a Good Booty agarrada del brazo, y Big Smiley y Ready Belcher caminaban mutuamente esposados delante de él.

Grave Digger miró a Anderson y le dijo:

—He clausurado el Dew Drop Inn. El encargado y algunos delincuentes juveniles están siendo retenidos por los agentes de servicio. Sería mejor que enviara un furgón para allá.

Anderson dio un silbido para llamar al equipo de un coche patrulla y les comunicó la orden.

—¿Qué averiguaste sobre Galen? —preguntó el jefe de Policía.

—Descubrí que era un pervertido —contestó Grave Digger.

—Tiene sentido —opinó el teniente de Homicidios.

El jefe se puso rojo de irritación.

—Me importa un cuerno lo que fuera —dijo—. ¿Has averiguado quién lo mató?

—No, aún sigo dándole vueltas a la cuestión por el momento —reveló Grave Digger.

—Bien, entonces hazlo rápido. Me estoy empezando a cansar soberanamente de estar aquí plantado viendo esta comedia de enredo.

—Le haré un veloz resumen y así usted también podrá sacar sus conjeturas —ofreció Grave Digger.

—Bueno, si es breve y sencillo estoy condenadamente seguro de que no me va a hacer falta —avisó el jefe.

—Escucha, Digger —interrumpió el civil de color—. Tú y yo trabajamo los dos pa la ciudá. Diles que mi chico no ha hecho daño a nadie.

—Ha quebrantado la Ley Sullivan sobre ocultación de armas al tener esta pistola en su posesión —anunció el teniente de Homicidios.

—Esa ridiculé —dijo con desdén el padre de Bones—. Ni siquiera me creo que puea dispará.

—Llévate a esta gente de aquí y deja que Jones haga su informe —ordenó irritado el jefe de Policía.

—Bien, haga algo con ellos, sargento —pidió el teniente Anderson.

—Vengan los dos —dijo el sargento, agarrando al hombre del brazo.

—Digger… —rogó el hombre.

—Tendrá que esperar —dijo Grave Digger con voz áspera—. Tu chico pertenecía a la banda de los Musulmanes.

—No, no, Digger…

—Acaso voy a tener que sacudirle —le advirtió el sargento.

El hombre dejó que se lo llevaran junto con su hijo al otro lado de la calle.

El sargento se los entregó a un cabo y volvió deprisa. Antes de que se hubiera alejado tres pasos, el cabo estaba llamando a dos agentes para que se hicieran cargo de ellos.

—¿Qué tipo de trabajo hace para la ciudad? —preguntó el jefe de Policía.

—Está en el Departamento de Limpieza Municipal —explicó el sargento—. Es basurero.

—Vale, sigue Jones —ordenó el jefe.

—Galen recogía a chicas de color, adolescentes y las llevaba a una casa de citas de la calle 145 —comenzó Grave Digger en tono monótono e inexpresivo.

—¿La clausuraste? —preguntó el jefe.

—Puede esperar: ahora estoy buscando a un asesino —respondió Grave Digger. Cogiendo el pequeño látigo de su bolsillo, continuó—: Las azotaba con esto.

El jefe de Policía alargó la mano en silencio y lo cogió.

—¿Tienes una lista de las chicas, Jones? —preguntó.

—¿Para qué?

—Podría haber una conexión.

—A eso voy…

—Bien, entonces ve al grano.

—La madama, una mujer llamada Reba… antes solía llamarse Sheba, la que testificó contra el capitán Murphy…

—Ah, esa —dijo en voz baja el jefe—. No se escapará de esta.

—Arrastrará a alguien con ella —advirtió Grave Digger—. Está protegida, y Galen también lo estaba.

El jefe de Policía miró al teniente Anderson con expresión reflexiva.

El silencio se mantuvo hasta que el sargento soltó:

—Eso no está en este distrito.

Anderson miró al sargento.

—Nadie le está acusando.

—Sigue, Jones —pidió el jefe de Policía.

—El negocio hizo que Reba se asustara, y le prohibió que fuera allí. Su versión será que ella le prohibió la entrada cuando descubrió lo que estaba haciendo. Pero eso no viene al caso. Después de eso, Galen empezó a encontrarse con ellas en el Dew Drop Inn. Llegó a un trato con el barman para poder azotarlas en el sótano.

Todos excepto Grave Digger parecían incómodos.

—Conoció a una chica llamada Sissie —continuó Grave Digger—. El cómo no importa en este momento. Es la novia de un chico llamado Sheik, el cual es el líder de los Musulmanes Molones.

Una súbita tensión se apoderó del grupo.

—Sheik le vendió a Sissie. Galen quiso tener después a Sugartit, una amiga de Sissie. Sheik no pudo convencer a Sugartit, pero Galen

siguió buscándola por el barrio. Aquí tengo al barman y a un chulo de poca monta que tiene una chica en el piso de Reba. Él le hacía de guía. Todo esto fue lo que saqué de ellos.

Los oficiales dirigieron una mirada apreciativa a los dos detenidos esposados.

—Si saben todo eso, saben quién lo mató —aventuró el jefe de Policía.

—Si es así, pueden ir preparándose —aseguró Grave Digger—. Pero creo que han hablado con sinceridad. Tal como yo lo veo, todo el asunto está relacionado con Sugartit. Creo que lo mataron por ella.

—¿Quién lo hizo?

—Esa es la pregunta del millón.

El jefe de Policía miró a Good Booty.

—¿Es esta chica Sugartit?

Los demás también dirigieron sus miradas hacia ella.

—No, es otra.

—¿Entonces quién es Sugartit?

—Aún no lo he averiguado. Esta chica lo sabe pero no quiere decirlo.

—Haz que hable.

—¿Cómo?

La pregunta pareció avergonzar al jefe.

—Bueno, ¿y qué demonios quieres de ella si no puedes hacer que hable? —refunfuñó.

—Creo que hablará cuando estemos lo bastante cerca. La banda de los Musulmanes se junta en algún lugar cerca de aquí. El barman piensa que podría ser en el apartamento de un muchacho que tiene un palomar.

—¡Yo sé dónde es eso! —exclamó el sargento—. Busqué en ese sitio.

Todos, incluyendo los detenidos, le miraron fijamente. Su cara se puso colorada.

—Ahora me acuerdo —dijo—. Había varios chicos en el apartamento. El chico que tenía las palomas, Caleb Bowee se llama,

vive ahí con su abuela; y otros dos tenían una habitación alquilada.

—¿Y por qué demonios no los detuviste? —preguntó el jefe.

—No encontré nada allí que los relacionara con la banda de los Musulmanes o el detenido fugado —explicó el sargento en su defensa—. El chico de las palomas es retrasado: es inofensivo, y estoy seguro de que la abuela no aceptaría tener una banda ahí metida.

—¿Cómo narices sabes que es inofensivo? —bramó el jefe—. La mitad de los asesinos de Sing-Sing tienen el mismo aspecto que tú y que yo.

El teniente de homicidios y Anderson intercambiaron sonrisas.

—Había dos chicas con ellos y… —comenzó a explicar el sargento, pero el jefe no le dejaría.

—¿Por qué demonios no las detuviste también?

—¿Cómo se llamaban las chicas? —preguntó Grave Digger.

—Una se llamaba Sissieratta, y…

—Esa debe de ser Sissie —dijo Grave Digger—. Encaja. Una era Sissie y la otra Sugartit. Y uno de los chicos era Sheik. —Volviéndose hacia Big Smiley, preguntó—: ¿Qué aspecto tiene Sheik?

—Un chaval de cara pecosa con la piel del coló d'un caballo bayo, con grandes ojos amarillos de gato —respondió impasible Big Smiley.

—Tienes razón —admitió avergonzado el sargento—. Era uno de ellos. Debería haber confiado en mi instinto: estuve a punto de llevarme a ese niñato.

—Bueno, por amor de Dios, ahora mueve el culo de una vez —rugió el jefe de Policía—, si es que todavía quieres seguir trabajando para el Departamento de Policía.

—Bueno, es que, Dios santo, la otra chica, la que Jones llama Sugartit, era la hija de Ed Johnson —explotó el sargento—. Tenía uno de esos carnés de identidad policiales que se dan como recuerdo, firmado por usted, y pensé que…

Fue interrumpido por el sonido sordo y contundente del metal al estrellarse contra un cráneo humano.

Nadie había visto moverse a Grave Digger.

Lo que vieron fue a Ready Belcher doblándose hacia delante con los ojos girando dentro de sus cuencas y un corte blanquecino, que aún no había empezado a sangrar, de cinco centímetros de ancho en la piel negra y picada de viruelas de su frente. Big Smiley, en el otro extremo de las esposas, se echó hacia atrás como un caballo de tiro asustado por una serpiente de cascabel.

Grave Digger sujetaba su niquelado 38 por el largo cañón, con la culata convertida en una porra. Los músculos de su cuello hinchado por la cólera parecían cables de acero, y su cara era una grotesca máscara de violencia. Los demás lo observaban inmóviles, como si estuvieran petrificados.

—¡Detenedlo, maldita sea! —bramó el jefe de Policía—. Los va a matar.

Los cuerpos petrificados de los agentes de Policía volvieron a la vida. El sargento agarró a Grave Digger por la espalda en un abrazo de oso. Grave Digger se dobló hacia delante y lanzó al sargento por encima de su cabeza en dirección al jefe, que se agachó a su vez y dejó que el sargento pasara volando sobre él.

El teniente Anderson y el teniente de homicidios fueron a la vez a por Grave Digger desde direcciones opuestas. Cada uno de ellos le agarró de un brazo mientras todavía estaba agachado, y lo levantaron tirando de él hacia atrás.

Ready estaba tendido boca abajo sobre la calzada, con la hendidura de su cráneo goteando sangre y un brazo inerte estirado por las esposas que estaban unidas a la muñeca de Big Smiley. Daba la impresión de que ya estaba muerto.

Big Smiley tenía el aspecto de un mendigo ciego aterrorizado en mitad de un bombardeo; su gigantesco cuerpo temblaba de pies a cabeza.

Grave Digger tuvo tiempo suficiente para darle una patada en la cara a Ready antes de que los agentes lo alejaran de él dando fuertes tirones.

—¡Lleváoslo al hospital, rápido! —gritó el jefe; y añadió en la siguiente exhalación—: ¡Dadle en la cabeza!

Grave Digger había arrastrado a los tenientes al suelo, y ya era más de lo que ninguno podía hacer para seguir la orden del jefe.

El sargento ya se había levantado, y a la orden del jefe partió al galope.

—¡Maldita sea, utiliza el teléfono, no vayas corriendo! —chilló el jefe—. ¿Dónde diablos está mi chófer, de todos modos?

De todas direcciones acudieron policías a la carrera.

—Echadle una mano a los tenientes —ordenó el jefe—, tienen con ellos a un hombre fuera de sí.

Cuatro hombres saltaron a la refriega. Finalmente inmovilizaron a Grave Digger en el suelo.

El sargento se subió al coche del jefe de Policía y comenzó a hablar por el teléfono.

De repente apareció Coffin Ed. Nadie le había visto acercarse desde su coche aparcado calle abajo.

—Dios santo, ¿qué está pasando, Digger? —exclamó.

Todo el mundo estaba callado, en un evidente estado de vergüenza general.

—¿¡Qué demonios!? —dijo, mirando a unos y a otros—. ¿Qué demonios está pasando?

Los músculos de Grave Digger se relajaron como si hubiera perdido la consciencia.

—Sólo soy yo, Ed —dijo mirando a su amigo desde el suelo—. Simplemente perdí la cabeza, eso es todo.

—Soltadlo —ordenó Anderson a sus ayudantes—. Ya se ha recuperado.

Los policías liberaron a Grave Digger y este se puso en pie.

—¿Más tranquilo ahora? —preguntó el teniente de Homicidios.

—Sí, deme mi arma —pidió Grave Digger.

Coffin Ed bajó la mirada a la cabeza sangrante de Ready Belcher.

—Tú también, eh, socio —dijo—. ¿Qué hizo este rebelde?

—Le dije que si lo cazaba ocultándome algo lo mataría.

—No mentías —reconoció Coffin Ed. Luego preguntó—: ¿Tan grave es?

—Se trata de algo sucio, Ed. Galen era un asqueroso hijo de puta.

—No me sorprende. ¿Has descubierto algo hasta ahora?

—Alguna cosa, no mucho.

—¿Qué demonios has venido a hacer? —soltó malhumoradamente el jefe de Policía—. Imagino que quieres ayudar a tu compañero a apalear a algunos más de los vuestros.

Grave Digger sabía que el jefe estaba tratando de alejar la conversación de la hija de Coffin Ed, pero no se le ocurría cómo ayudarle.

—Los dos actuáis como si quisierais cargaros a la mitad de la población de Harlem —continuó el jefe.

—Dijo que me empleara con dureza —le recordó Grave Digger.

—Sí, pero no quería decir delante de mí, donde tuviera que ser testigo de ello.

—Esta es nuestra zona —dijo Coffin Ed en nombre de su amigo —. Si no le gusta cómo la manejamos por qué no nos envía a casa.

—Tú ya estás suspendido —recordó ahora el jefe—. En cualquier caso, ¿para qué diablos has vuelto?

—Por asuntos estrictamente personales.

El jefe de Policía resopló.

—Mi hija pequeña no ha vuelto a casa y estoy preocupado — explicó Coffin Ed—. No es propio de ella estar fuera de casa tan tarde sin decirnos dónde está.

El jefe miró a otro lado para esconder su vergüenza.

Grave Digger tragó saliva de manera audible.

—Demonios, Ed, no tienes por qué preocuparte por Eve —dijo en lo que él esperó fuera un tono de voz tranquilizador—. Pronto estará en casa. Sabes que no puede pasarle nada. Tiene ese carné identificativo de la Policía que le regalaste en su último cumpleaños, ¿no es cierto?

—Ya lo sé, pero siempre llama por teléfono a su madre si va a estar fuera de casa.

—Mientras tú estás aquí buscándola, es probable que ya se haya ido a casa. ¿Por qué no regresas y te vas a la cama? Estará bien.

—Jones tiene razón, Ed —añadió bruscamente el jefe—. Vete a casa y relájate. Estás fuera de servicio y aquí nos estorbas. A tu hija no le va a ocurrir nada. Sólo estás teniendo pesadillas.

Se oyó una sirena a lo lejos.

—Aquí llega la ambulancia —anunció el teniente Anderson.

—Iré a llamar a casa otra vez —accedió Coffin Ed—. Tómatelo con calma, Digger. No hagas que te manden a casa a ti también.

Cuando se dio la vuelta y comenzó a alejarse, una serie de disparos resonó desde la planta superior de algún edificio próximo. Diez tiros del 38 especial reglamentario de la Policía, tan seguidos que cuando sus ecos llegaron a la calle lo hicieron encadenados.

Todos los policías que lo habían oído se quedaron inmóviles y muy atentos. Sus oídos hicieron un esfuerzo casi sobrehumano por situar la dirección de la que habían venido los disparos. Sus ojos escudriñaron las fachadas de los edificios hasta que ni la mancha más mínima hubo escapado a su observación.

Pero no hubo más disparos.

Las únicas señales de vida que hubo fueron las luces al apagarse. Con la rapidez de un arma de fuego al disparar, se apagó una luz tras otra hasta que sólo quedó una única ventana iluminada en todo el bloque de edificios sucios y ensombrecidos. Estaba detrás de un rellano de una escalera de incendios, en la última planta de un edificio a media manzana calle arriba.

Todas las miradas convergieron en ese punto.

La grotesca silueta de algo que salió arrastrándose sobre el alféizar de la ventana apareció bajo la deslumbrante luz. Se irguió lentamente y tomó la forma de un hombre bajo y corpulento. Recorrió tambaleándose con lentitud el metro de longitud del enrejado de hierro de la plataforma y se apoyó sobre la baja barandilla exterior. Durante un instante se balanceó adelante y atrás en una macabra

pantomima, y después, lentamente, como una bola que remontara el último resalte antes de ocupar la casilla final de una ruleta, cayó por encima de la baranda, giró en el aire y evitó por un suspiro el segundo rellano. El cuerpo dio otra vuelta, impactó contra el tercer rellano y comenzó a girar más deprisa. Aterrizó con un retumbo sordo sobre el techo de un coche aparcado, y se quedó allí tirado con una mano colgada junto a la ventanilla del conductor como si estuviera haciendo la señal de parada.

—¡Bueno, maldita sea, poneos en marcha! —gritó el jefe de Policía con voz estentórea. Después, pensándolo de nuevo, añadió—: ¡Tú no, Jones! ¡Tú no! —Y corrió hacia su coche para coger su megáfono.

Todos se habían puesto ya en movimiento. Los policías se dirigían hacia el edificio como marines en mitad de un desembarco.

Los dos agentes que vigilaban la entrada salieron corriendo a la calle para localizar el escenario del disturbio.

El jefe de Policía agarró su megáfono y gritó:

—Apuntad las luces a ese edificio.

Volvieron a encender inmediatamente dos focos que habían sido apagados y los dirigieron a la última planta del inmueble.

Un policía salió por la ventana al rellano de la escalera de incendios y levantó las manos bajo la luz.

—¡Esperad todos! —gritó—. ¡Quiero al jefe! ¿Está el jefe ahí?

—Bajad las luces —mandó el jefe a través del megáfono—. Estoy aquí. ¿Qué ocurre?

—Envíe una ambulancia. Han disparado a Petersen…

—Hay una ambulancia en camino.

—Sí señor, pero no deje entrar a nadie todavía…

Grave Digger cogió a Coffin Ed por el brazo.

—Agárrate, Ed —le dijo—: tu hija está ahí arriba.

Notó cómo los músculos de Coffin Ed se tensaban bajo su mano mientras el policía proseguía:

—Encontramos a Pickens, pero uno de los Musulmanes cogió la pistola de Pete y le disparó. Utilizó a uno de sus amigos como

escudo y le di al amigo, pero agarró a una de las chicas que estaban aquí y escapó hacia la habitación de atrás. Se ha encerrado ahí y no hay otra forma de salir de esta casa. Dice que la chica es la hija del detective Ed Johnson. Ha amenazado con cortarle el cuello si no consigue hablar con usted y con Grave Digger Jones. ¿Qué quiere que haga?

La ambulancia se acercó y el jefe tuvo que esperar a que apagaran la sirena para hacerse oír.

—¿Sigue teniendo la pistola de Petersen?

—Sí señor, pero se le han acabado las balas.

—Muy bien, agente, no haga nada —dijo el jefe por el megáfono —. Bajaremos a Petersen por la escalera de incendios y yo subiré para ver de qué va esto.

El miedo había contraído la cara desfigurada por el ácido de Coffin Ed en una mueca espantosa.

16

—Tú quédate aquí abajo, Johnson —ordenó et jefe de Policía—. Me llevaré a Anderson y a Jones.

—No a menos que me dispare —replicó Coffin Ed.

El jefe lo miró.

—Deje que venga —intervino Grave Digger.

—Yo también debería ir: conozco el apartamento —recordó el sargento.

—Mi trabajo es estar ahí —añadió el teniente de Homicidios.

—Quién demonios está al frente de este Departamento de Policía —se quejó el jefe.

—No tenemos tiempo —respondió Grave Digger.

Todos ellos fueron lo más rápido y silenciosamente posible. Nadie volvió a hablar hasta que el jefe dijo a través de la puerta de la cocina:

—Muy bien, soy el jefe de Policía. Sal y entrégate y no saldrás herido.

—¿Cómo sé qu'eres el jefe? —preguntó una voz turbia desde el interior.

—Si abres la puerta y sales podrás comprobarlo.

—No t'hagas el hijoputa listillo. Tú eres el jefe, pero yo soy'l Jeque.

—Está bien, de acuerdo, eres el gran jefazo de una banda. ¿Qué es lo que quieres?

—Que siga hablando —susurró Coffin Ed—. Voy a subir a la azotea.

—¿Quién hay contigo? —preguntó Sheik ásperamente.

Grave Digger señaló al sargento y al teniente Anderson.

—El teniente del distrito y un sargento —contestó el jefe.

—¿Onde'stá Grave Digger?

—Aún no está aquí. Tuve que enviar a que lo buscaran.

—Diles a'sos hijoputas que se larguen. Arreglemos esto tú y yo, el Jeque y el Jefe.

—¿Cómo sabrás que se han ido si te asusta salir y verlo por ti mismo?

—Que se quen ahí entonces. M'importa un maldito carajo. Y no creas qu'estoy asustao. No tengo por qué corré ningún riesgo. Tengo a la hija de Coffin Ed cogía por el pelo con mi mano izquierda y con la derecha estoy sujetando un cuchillo de carnicero afilao contra su garganta. S'intentas cogerme le cortaré la puta cabeza antes de que puedas cruzá esa puerta.

—Muy bien, Sheik, nos tienes pillados, pero sabes que no puedes escapar. Por qué no sales pacíficamente y te entregas como un hombre. Te doy mi palabra de que no se te maltratará. El agente al que disparaste no está herido de gravedad. No hay más cargos en tu contra. Es probable que te caigan sólo cinco años. Con reducción de la pena por buen comportamiento, estarás de vuelta en la gran ciudad en tres años. ¿Por qué arriesgarse a una muerte precipitada o a la silla eléctrica por jugar a ser un pez gordo durante un rato?

—Ahórrame'sa puta basura. Me colgarás un cargo de secuestro por llevarme a tu detenío.

—¡Qué demonios! Puedes quedártelo. Ya no lo queremos. Descubrimos que él no mató al hombre. Todo lo que tenía era una pistola de fogueo.

—¿Así qu'él no mató al tío?

—No.

—¿Quién lo mató?

—Aún no lo sabemos.

—Así que no sabéis quién mató al gran griego, ¿eh?

—Está bien, está bien, ¿qué te importa eso a ti? ¿Por qué quieres verte mezclado en algo que no te concierne?

—Eres uno d'esos hijoputas listillos, ¿verdá? Vas a sé tan listo que vas a hacé que le corte'l puto cuello sólo pa que lo veas.

—Por favor, no discuta con él, señor Jefe, por favor —dijo una pequeña y asustada voz desde el interior—. Me matará. Sé que lo hará.

—¡Cállate! —la advirtió Sheik bruscamente—. No necesito que les cuentes que te voy a matá.

Había perlas de sudor formándose sobre el puente de la roja nariz del jefe y en las bolsas azules bajo sus ojos.

—Por qué no eres un hombre —le instó el jefe, llenando su voz de desprecio—. No seas un perro rabioso como Vincent Coll. Sé un hombre como lo fue Dillinger. Tres años y ya está. No té escondas detrás de una niña inocente.

—A quién demonios crees qu'estás engañando con esa basura rancia. Estás hablando con el Jeque. Ningún poli estúpido como tú pue tomarle'l pelo al Jeque. Ties la silla esperándome y te crees que me vas a engañá pa que salga ahí fuera y me siente n'ella.

—No te lo tengas tan creído, niñato —soltó el jefe, perdiendo los nervios durante un instante—. Disparaste a un agente, pero no lo mataste. Secuestraste a un detenido, pero no lo queremos. Ahora quieres desquitarte con una niña que no es capaz de defenderse. Y te haces llamar el Jeque, el gran líder mafioso. Tan sólo eres un niñato fanfarrón de medio pelo, cobarde hasta la médula.

—Sigue y sigue to lo que quieras. No me la estás colando con ese puto cebo engañabobos. Sabes que fui yo'l que le mató. M'habéis tenío vigilao desde que descubristeis qu'ese negro'staba disparando con balas de fogueo.

—¿¡Qué!? —el jefe se sobresaltó. Olvidándose de dónde estaba, le preguntó a Grave Digger—: ¿De qué demonios está hablando?

—Galen. —Grave Digger articuló la palabra con los labios.

—¡Galen! —exclamó el jefe—. ¿Estás tratando de decirme que tú mataste al hombre blanco, niñato cagón? —rugió.

—Sigue, sigue. Sabes condenámente bien que fui yo'l que se cargó al gran griego —sonaba como si estuviera amargamente molesto de que se les hubiera pasado por alto—. ¿A quién te crees qu'estás engañando? L'estás hablando al Jeque. Te crees que porque sea de coló soy lo bastante tonto como pa caé n'esa basura p'arrullá críos qu'estás largando.

El jefe tuvo que reordenar sus ideas.

—¿Así que fuiste tú el que mató a Galen?

—Pa mí era simplemente'l Griego —señaló Sheik con desdén—. Sólo'tro blanquito idiota buscando diversión aquí arriba. Sí, yo le maté. —Había orgullo en su voz.

—Sí, tiene sentido —dijo el jefe pensativamente—. Le viste corriendo calle abajo y te aprovechaste de eso para dispararle por la espalda. Justo lo que haría un hijo de puta cobarde como tú. Probablemente le estabas esperando, y tuviste miedo de salir y enfrentarte a él como un hombre.

—No'staba esperando al hijoputa ni na d'eso —saltó Sheik—. Ni siquiera sabía qu'estaba por aquí.

—Se la tenías guardada por algo.

—No tenía na contra'l hijoputa. Debes d'está fumao. Pa mí sólo era un blanquito idiota más.

—Entonces, ¿por qué diablos le disparaste?

—Sólo'staba probando mi nueva pistola casera. Vi al hijoputa corriendo cerca d'onde yo'staba, así que simplemente le pegué un tiro pa vé lo bien que disparaba.

—Maldita rata —le insultó el jefe, pero en su voz había más pena que ira—. Pequeño bastardo enfermo. ¿Qué demonios se puede hacer con alguien como tú?

—Sólo quiero que dejes d'intentá colármela, porque me da igual cortarle'l cuello a'sta chica ahora que no hacerlo.

—Está bien, *señor* Sheik —claudicó el jefe en tono bajo y frío—. ¿Qué quieres que haga?

—¿Ha llegao ya Grave Digger?

Este último asintió con la cabeza.

—Sí, está aquí, *señor* Sheik.

—Entonces que diga algo, y mejó corta esa basura de señó.

—Eve, soy yo, Digger Jones —dijo Grave Digger, haciendo caso omiso de Sheik.

—Contéstale —ordenó Sheik.

—Sí, señor Jones —respondió ella con una voz tan liviana que flotó hasta el tenso grupo como una pluma temblorosa.

—¿Está Sissie ahí contigo?

—No señor, sólo la abuela Bowee, y está dormida en su silla.

—¿Dónde está Sissie?

—Inky y ella están en el cuarto que da a la calle.

—¿Te ha hecho daño?

—Deja de perdé el tiempo —advirtió Sheik de forma peligrosa—. Voy a daros hasta que cuente tre.

—Por favor, señor Jones, haga lo que dice. Si no va a matarme.

—No te preocupes, pequeña, vamos a hacer lo que diga —la tranquilizó, y luego dijo—: ¿Qué es lo que quieres, chico?

—Estas son mis condiciones: quiero la calle libre de polis, tos los bloqueos policiales retiraos…

—¡¿Qué demonios?! —explotó el jefe.

—Lo haremos —dijo Grave Digger.

—Quiero'scuchárselo al jefe —exigió Sheik.

—Ni hablar —se negó el jefe.

—Por favor —se oyó decir en un tono de voz tan bajo como el de una plegaria.

—Imagine que fuera su hija —trató de persuadirlo Grave Digger.

—Voy daros hasta tre —amenazó Sheik.

—Está bien, lo haré —accedió el jefe, sudando sangre.

—Dame tu palabra de honó de gran hombre blanco —insistió Sheik.

La sudorosa cara enrojecida del jefe se puso pálida.

—Está bien, está bien, te doy mi palabra —dijo.

—Después quier'una ambulancia en la puerta al pie de las escaleras. Quiero que toas las puertas estén abiertas pa podé vé el

interió, las puertas d’atrá y las dos de los laos, y quiero el motó en marcha.

—Está bien, está bien, ¿qué más? ¿La Estatua de la Libertad?

—Quiero’sta casa vacía de polis…

—Está bien, está bien, ya dije que haría eso.

—No quiero que se dé ni un puto aviso d’alarma. No quiero que nadie intente pararme. Si alguien se mete’nmedio antes de que me largue, vais a tené que enterrá el cadáver de una chica. La soltaré sana y salva n’algún sitio cuando’sté bien lejos, fuera del estao.

—No le lleve la contraria —susurró Grave Digger de forma tensa —. Está puesto hasta las cejas.

—Está bien, está bien —continuó el jefe—. Te dejaremos vía libre. Si no hieres a la chica. Si lo haces no te mataremos, pero nos suplicarás que lo hagamos. Ahora espera cinco minutos y sal fuera, y dejaremos que te vayas en la ambulancia.

—¿A quién te crees qu’estás engañando? —volvió a decir Sheik —. No soy tan idiota. Quiero que Grave Digger entre aquí y ponga su pistola’n la mesa, entonces saldré.

—Estás loco si piensas que vamos a darte una pistola —rugió el jefe.

—Entonces voy a matarla ahora.

—Te la daré —accedió Grave Digger.

—Desde este momento estás suspendido —dijo el jefe.

—Muy bien —aceptó Grave Digger. Después le dijo a Sheik—: ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que te ques al otro lao de la puerta con la pistola cogía por el cañón. Cuando abra la puerta quiero que la sujetes delante de ti y entres en el cuarto de forma que lo primero que vea sea la culata. Después quiero que camines de frente y la pongas sobre la mesa de la cocina. ¿Lo has pillao?

—Sí, entendido.

—El resto de vosotros hijoputas bajá las escaleras —exigió Sheik.

Los dos tenientes y el sargento miraron al jefe de Policía a la espera de órdenes.

—De acuerdo, Jones, es todo tuyo —dijo el jefe, añadiendo después—: Suerte.

Se dio la vuelta y comenzó a bajar por las escaleras.

Los demás dudaron. Grave Digger les indicó con gestos enérgicos que se fueran también. A regañadientes, siguieron al jefe.

El silencio se adueñó de la cocina, hasta que el sonido de los pasos de los agentes se perdió en la pacífica planta baja.

Grave Digger se colocó de pie frente a la puerta, sujetando el revólver como se le había dicho. El sudor resbalaba a chorros por su irregular rostro de tono cordobán y se le acumulaba en el cuello de la camisa.

Finalmente, se oyó movimiento en la cocina. El pestillo de la cerradura dejó escapar un clic al abrirse, un pestillo manual fue descorrido con un chasquido chirriante, se quitó una cadena. La puerta se abrió lentamente hacia dentro.

Desde el umbral sólo podía verse a la abuela. Estaba sentada en la quieta mecedora completamente rígida, sujetando los brazos de la silla con las manos y con sus ojos viejos y lechosos muy abiertos, contemplando a Grave Digger con un fijo y feroz gesto de desaprobación.

Sheik habló desde detrás de la puerta:

—Gira la culata hacia este lao pa que pueda vé sistá cargá.

Sin mirar alrededor, Grave Digger giró el revólver para que Sheik pudiera ver los cartuchos en las recámaras del tambor.

—Adelante, sig’andando —ordenó Sheik.

Sin mirar todavía a su alrededor, Grave Digger cruzó lentamente la habitación. Cuando llegó a la mesa, lanzó un rápido vistazo a la pequeña ventana en el extremo más alejado de la pared del fondo. Estaba detrás de un anticuado armario de fabricación casera que bloqueaba parcialmente la visión de la cocina desde el exterior, de manera que sólo resultaba visible la parte situada entre la mesa y la pared lateral.

Vio lo que buscaba. Se inclinó hacia delante con lentitud y colocó el revólver en el lado más alejado de la mesa.

—Ahí tienes —dijo.

Levantando las manos bien alto por encima de la cabeza, se apartó de la mesa y se puso de cara a la pared del fondo. Se colocó de manera que Sheik tuviera que pasar por delante de él para alcanzar el revólver o bien rodear la mesa por el otro lado.

Sheik cerró la puerta de una patada, quedando Sugartit y él al descubierto, pero Grave Digger no giró la cabeza ni movió siquiera los ojos para mirarlos.

Sheik agarraba firmemente la coleta de Sugartit con su mano izquierda, tirando con fuerza de su cabeza hacia atrás para mantener estirado su delgado cuello moreno bajo la hoja del cuchillo de carnicero. Empezaron a caminar lentamente arrastrando los pies, como si estuvieran representando una extraña danza apache en un club nocturno de Montmartre.

Los abiertos y acuosos ojos de Sugartit parecían los de una cierva moribunda, y su pequeña cara color café tenía el frágil aspecto del merengue tostado. Su labio superior sudaba copiosamente.

Sheik tenía la vista clavada en la espalda de Grave Digger mientras bordeaba la habitación por detrás de él y se aproximaba a la mesa por el lado más alejado. Cuando el revólver se puso a su alcance, soltó la coleta de Sugartit, apretó con más fuerza el filo del cuchillo contra su garganta y extendió la mano izquierda para coger el arma.

Coffin Ed estaba colgado boca abajo de la azotea, siendo visibles únicamente su cabeza y hombros bajo el marco superior de la ventana de la cocina. Llevaba colgado veinte minutos esperando a que Sheik entrara en su campo de visión. Apuntó cuidadosamente justo encima de la oreja izquierda de Sheik.

Algún sexto sentido hizo que Sheik girara bruscamente la cabeza en el instante exacto en que Coffin Ed disparó.

Un tercer ojo, pequeño, negro y carente de vista, apareció de repente justo en mitad de la frente de Sheik, entre sus dos sorprendidos ojos felinos de tono amarillento.

La potente bala había recortado únicamente un pequeño agujero redondo en el vidrio de la ventana, pero el ruido del disparo lo rompió entero en añicos y proyectó una lluvia de cristales al interior de la habitación.

Grave Digger giró sobre sus talones para coger a la chica en pleno desmayo mientras el cuchillo caía ruidosamente encima de la mesa.

Sheik ya estaba muerto cuando empezó a desplomarse. Aterrizó doblado sobre sí mismo al lado de la quieta mecedora de la abuela.

La habitación estaba llena de policías.

—Fue demasiado arriesgado, demasiado arriesgado —señaló el teniente Anderson, sacudiendo la cabeza con una expresión aturdida en su rostro.

—¿Qué no es arriesgado en este trabajo? —dijo el jefe de Policía con autoridad—. Los policías tenemos que correr riesgos.

Nadie se lo discutió.

—Esta es una ciudad violenta —añadió de forma agresiva.

—El riesgo no fue tan grande —aseguró Coffin Ed. Estaba rodeando con el brazo los temblorosos hombros de su hija—. Pierden totalmente los reflejos cuando les disparas en la cabeza.

Sugartit se encogió con un estremecimiento.

—Llévate a Eve a casa —aconsejó Grave Digger con voz áspera.

—Creo que sería lo mejor —afirmó Coffin Ed, cojeando de forma dolorosa mientras guiaba con cuidado a Sugartit a la puerta.

—Cielo santo —estaba diciendo un joven policía novato—. Cielos. Estuvo todo el rato ahí colgado con sólo un cable atado a los tobillos. No sé cómo pudo soportar el dolor.

—Tú también lo habrías hecho si se hubiera tratado de tu hija —respondió Grave Digger.

—Olvida lo que dije sobre tu suspensión, Jones —indicó el jefe de Policía.

—No le oí —dijo Grave Digger.

—Dios santo, ¡mirad eso! —exclamó con asombro el sargento—. Todo este jaleo y la abuela sigue durmiendo.

Todos se giraron y le miraron. Durante un momento se pusieron muy serios.

—Nada va a volver a despertarla jamás —explicó el teniente de Homicidios—. Debe de llevar horas muerta.

—Muy bien, muy bien, muy bien —gritó el jefe de Policía—. Limpiemos aquí y vayámonos. Tenemos este caso más cerrado que una caja fuerte. —Luego añadió con tono satisfecho—: No fue tan difícil, ¿no es cierto?

17

Eran las once en punto de la mañana siguiente.

Inky y Bones habían cantado hasta la última nota.

La experiencia les resultó bastante dura, y cuando los policías terminaron con ellos tenían más cardenales en el cuerpo de los que hay en el Vaticano.

Habían cogido e interrogado a los miembros restantes de los Musulmanes Molones —Camel Mouth, Beau Baby, Punkin Head y Slow Motion—, y ahora estaban detenidos junto con Inky y Bones.

Sus declaraciones habían sido prácticamente idénticas.

Todos se encontraban en la esquina de la calle 127 con Lenox Avenue.

P. *¿Qué hacíais allí?*

R. Era sól'un ensayo de vestuario.

P. *¿Qué? ¿Un ensayo de vestuario?*

R. Sí señó, como hacen en Broadway. Estábamos probando nuestros nuevos disfraces d'árabes.

P. *¿Y visteis al señor Galen cuando pasó corriendo a vuestro lado?*

R. Sí señó, ahí fue cuando le vimos.

P. *¿Le reconociste?*

R. No señó, no le conocíamos.

P. *Sheik le conocía*.

R. Sí señó, pero no nos lo dijo, y nosotros nunca l'habíamos visto antes.

P, *Choo-Choo debía de conocerle también*.

R. Sí señó, seguramente. Sheik y él compartían habitación.

P. ¿Pero viste a Sheik dispararle?

R. Sí señó. Dijo: «Mirá esto», sacó su nueva pistola casera y le pegó un tiro.

P. *¿Cuántas veces disparó?*

R. Sólo una. Una pistola casera no tie más tiros.

P. *Si, estas pistolas caseras sólo pueden disparar una vez. ¿Pero sabías que tenía el arma?*

R. Sí señó. Había estao trabajando n'ella durante casi una semana.

P. *¿La fabricó él mismo?*

R. Sí señó.

P. *¿Le habías visto disparar con ella antes?*

R. No señó. La acababa de terminá. No l'había probao.

P. *¿Pero sabías que la llevaba consigo?*

R. Sí señó. Iba a probarla'sa noche.

P. *Y después de que disparara al hombre blanco, ¿qué hicisteis?*

R. El hombre cayó al suelo y nos acercamos pa vé si l'había dao.

P. *¿Conocíais al primer sospechoso, Sonny Pickens?*

R. No señó, también era la primera vé que le veíamos, cuando pasó a nuestro lao disparando.

P. *Cuando visteis que el hombre blanco estaba muerto, ¿sabíais que había sido por el disparo de Sheik?*

R. No señó, pensamos que lo había hecho'l otro tío.

P. *¿Cuál de vosotros, eh, se ventoseó?*

R. ¿Qué?

P. *¿Cuál de vosotros se tiró el pedo?*

R. Oh, ese fue Choo-Choo, señó, él se tiró'l peo.

P. *¿Tenía eso algún significado especial?*

R. ¿Qué?

P. *¿Por qué lo hizo?*

R. Fue sólo un salúo qu'hacemos a los polis.

P. *¡Ah! ¿Lo de arrojar el perfume era parte de él?*

R. Sí señó, cuando se cabreaban Caleb les tiraba'l perfume encima.

P. *¿Para apaciguarlos, esto, eh, para que se alegraran un poco?*

R. No señó, pa cabrearlos más.

P. *¡Ah! Bueno, ¿por qué secuestró Sheik a Pickens, el otro sospechoso?*

R. Simplemente pa jugársela a los polis. Odiaba a los polis.

P. *¿Por qué?*

R. ¿Qué?

P. *¿Por qué odiaba a los policías? ¿Tenía alguna razón especial para odiar a los policías?*

R. ¿Razón especiá? ¿Pa odiá a los polis? No señó. No necesitaba ninguna. Sólo qu'eran polis, eso's to.

P. *Ajá, sólo qu'eran polis. ¿Es esta la pistola que tenía Sheik?*

R. Sí señó. Por lo menos se le parece.

P. *¿Cómo llegó a manos de Bones?*

R. Se la dio a Bones durante la fuga. El viejo de Bones trabaja pa la ciudá y pensó qu'estaría segura con él.

P. *Hemos terminado, chico. Yo que tú estaría asustado*.

R. Lo'stoy.

Ese fue el caso. Claro como el agua.

Sonny Pickens no pudo ser implicado en el asesinato. Se encontraba temporalmente detenido bajo un cargo de alteración del orden público mientras un ayudante del fiscal del distrito estudiaba el código penal del Estado de Nueva York para ver qué otro cargo podía imputársele por disparar a un ciudadano con una pistola de fogueo.

Sus amigos, Lowtop Brown y Rubberlips Wilson, habían sido arrestados como personas sospechosas.

Los casos de las dos chicas habían sido remitidos a los supervisores de libertad vigilada, pero de momento no se había hecho nada. Ambas estaban supuestamente en sus respectivas casas, conmocionadas.

La bala había sido extraída del cerebro de la víctima y entregada al Departamento de Balística. No hicieron falta más autopsias. La hija del señor Galen, la señora Helen Kruger de Wading River, Long Island, había reclamado el cuerpo para su entierro.

Los cuerpos del resto, la abuela y Caleb, Choo-Choo y Sheik, descansaban en el depósito sin que nadie los reclamara. Tal vez la Iglesia Baptista de Harlem, a la que pertenecía la abuela, le diera un entierro cristiano decente. No tenía seguro de vida y resultaría un trastorno económico para la Iglesia, a no ser que los miembros contribuyeran a sufragar los costes.

Caleb sería enterrado junto con Sheik y Choo-Choo en un cementerio para pobres, a menos que la Facultad de Medicina de una de las universidades obtuviera sus cuerpos para prácticas de disección. No obstante, ninguna facultad querría el de Choo-Choo, ya que había resultado seriamente dañado.

Ready Belcher estaba en el Hospital de Harlem, en la misma sala en la que Charlie Richardson, al que le habían cortado el brazo, había muerto previamente. Su estado era grave, pero viviría. Sin embargo, nunca recuperaría su aspecto anterior, y en el caso de que su puta adolescente le volviera a ver alguna vez no lo reconocería.

Big Smiley y Reba estaban bajo arresto por inducción de menores a la delincuencia, homicidio involuntario, regencia de un prostíbulo y otros cargos diversos.

La mujer que recibió en la pierna el disparo de Coffin Ed estaba en el Hospital Knickerbocker. Dos picapleitos se disputaban la obtención de su consentimiento para demandar a Coffin Ed y al Departamento de Policía de Nueva York a cambio de un 50 por ciento de la indemnización que estableciera la sentencia, pero su marido insistía en llevarse ellos el 60 por ciento.

Esa fue la historia: la segunda historia, corregida. Las ediciones de última hora de los periódicos de la mañana se pusieron como locas con ella.

Al prominente ciudadano de Nueva York no le disparó, como se había informado en un primer momento, un negro borracho al que le molestó su presencia en un bar de Harlem. No, nada de eso. Había muerto por el disparo de un pandillero adolescente de Harlem llamado Sheik, que era el líder de una banda juvenil llamada los Musulmanes Molones. ¿Por qué? Bueno, Sheik había querido averiguar si su pistola de fabricación casera podía disparar de verdad.

Los redactores de prensa emplearon un libro de adjetivos para describir los aspectos extravagantes del mediático asesinato de Harlem; dedicaban entretanto algunas palabras de elogio a los valientes policías que habían estado trabajando durante las primeras horas de la madrugada, localizando al asesino en la jungla de Harlem y matándolo a tiros dentro de su guarida menos de seis horas después del disparo fatal.

Los titulares rezaban:

LA POLICÍA LE APRIETA LAS TUERCAS
A LOS MUSULMANES MOLONES

ASESINATO ESTREMECEDOR TERMINA CON OTRA MUERTE

MANÍACO DE HARLEM SE DESBOCA

Pero la historia ya era cosa del pasado, tan muerta como los cuatro personajes principales.

—Suprímela —ordenó el responsable de noticias locales de un periódico de la tarde—. Ya han asesinado a algún otro en algún otro sitio.

Arriba, en Harlem, el sol brillaba sobre el mismo paisaje monótono que iluminaba cualquier otra mañana a las once. Nadie echaba en falta al prescindible puñado de personas de color detenidas por diversos cargos en la cárcel del grande y nuevo

rascacielos de granito de Centre Street que había reemplazado las antiguas tumbas[9] de Nueva York.

En el mismo edificio, en un despacho de la esquina sudoeste situado a gran altura y que tenía una vista espléndida y despejada del Battery y la parte baja del Hudson, se estaban despachando los últimos detalles del caso.

Previamente, el comisario y el jefe de Policía habían tenido una charla íntima sobre la posible existencia de corrupción en la sección de Harlem del Departamento de Policía.

—Hay fuertes indicios de que a Galen lo protegía alguna persona influyente de las altas esferas, bien en el Departamento de Policía o en el Ayuntamiento —dijo el comisario de Policía.

—Del departamento no —mantuvo el jefe—. En primer lugar, el número tan bajo de esa placa de matrícula, UG-16, me dice que tenía amigos muy por encima de un capitán de distrito, porque ese tipo de matrícula se concede únicamente a los especialmente privilegiados, y eso no me incluye ni siquiera a mí.

—¿Encontraste alguna conexión con políticos de la zona?

—No en lo que respecta a Galen; pero la mujer, Reba, telefoneó a un concejal de color esta mañana y le exigió que viniera aquí y la sacara bajo fianza.

El comisario lanzó un suspiro.

—Tal vez nunca lleguemos a saber el alcance de las actividades de Galen allá arriba.

—Quizá no, pero sí sabemos una cosa —dijo el jefe—: el hijo de puta está muerto, y su dinero no corromperá a nadie más.

Después, el comisario de Policía revisó la suspensión de Coffin Ed. Grave Digger y el teniente Anderson estaban presentes junto con el jefe en esta reunión. Coffin Ed había hecho uso de su derecho de ausentarse.

—A la luz de posteriores acontecimientos en este caso, estoy dispuesto a ser indulgente con el detective Johnson —anunció el comisario—. Su impulso de disparar al joven es comprensible, si no justificable, en vista de su desafortunada experiencia anterior con una

persona que le arrojó ácido. —El comisario había llegado al cargo desde el mundo de la abogacía y podía manejar esas palabras enrevesadas con mucha mayor facilidad que los policías, que habían aprendido su oficio a base de patearse las calles.

—¿Usted qué opina, Jones? —preguntó.

Grave Digger se giró desde su asiento habitual, con un muslo apoyado en el alféizar de la ventana y un pie plantado en el suelo, y dijo:

—Sí señor, ha estado susceptible y tenso desde que ese timador le tiró el ácido a los ojos, pero nunca ha sido duro con nadie que hiciera lo correcto.

—Demonios, la cuestión no era tanto sancionar a Johnson como simplemente aliviar de responsabilidad a todo el maldito Departamento de Policía —intervino el jefe en defensa de su acción —. Todos los periodistas sensibleros de esta ciudad nos habrían montado un buen follón si esos niñatos hubieran resultado ser unos bromistas inocentes.

—¿De modo que está a favor de su restitución? —preguntó el comisario.

—¿Por qué no? —respondió el jefe—. Si le dan esos ataques dejémosle desahogarse con esos matones de Harlem que se los provocaron.

—Muy bien —remató la cuestión el comisario. Luego se giró de nuevo hacia Grave Digger—: Quizá usted pueda decírmelo, Jones: hay un aspecto del caso que me tiene intrigado. Todos los informes afirman que había una multitud enorme de gente presente en el momento de la muerte de la víctima, y que fue testigo de los disparos. Uno de los informes dice… —rebuscó entre los papeles de su mesa hasta que encontró la página que quería—: «La calle estaba abarrotada de gente en un radio de una manzana cuando el fallecido murió tiroteado». ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué la gente de Harlem se congrega en la escena de un asesinato como si fuera un circo de tres pistas?

—Es que lo es —explicó Grave Digger de forma lacónica—. Es el mayor espectáculo sobre la Tierra.

—Eso ocurre en todas partes —quiso señalar Anderson—. La gente se reunirá en torno a un asesinato allí donde se produzca.

—Si, por supuesto, por curiosidad morbosa. Pero no me refiero exactamente a eso. Según los informes, no sólo los de este caso, sino todos los informes que han llegado a mi oficina, este, eh, fenómeno, digamos, es más notorio en Harlem que en cualquier otro lugar. ¿Usted qué piensa, Jones?

—Bueno, así es, Comisario —empezó Grave Digger—. Todos los días en Harlem, dos y tres veces al día, la gente de color ve a algún hombre de color siendo perseguido por otro hombre de color con una navaja, un hacha o un palo. O bien por un policía blanco con una pistola, o por un blanco armado con sus puños. Pero sólo de uvas a peras consiguen ver a un blanco siendo perseguido por uno de ellos. Un blanco grande además. Eso fue todo un acontecimiento. Una oportunidad de ver derramada algo de sangre blanca para variar, y derramada además por un negro. Eso fue más grande que el día que terminó la esclavitud. Como dicen allí en Harlem, eso fue lo más grande. A eso es a lo que Ed y yo siempre nos tenemos que enfrentar cuando tratamos de hacer que los blancos estén seguros en Harlem.

—Quizá yo pueda explicarlo —dijo el comisario.

—A mí no —soltó secamente el jefe—. No tengo tiempo para escucharlo. Si esa gente quiere ver sangre ahí arriba, van a ver toda la que quieran si matan a otro hombre blanco.

—Jones tiene razón —coincidió Anderson—. Pero eso sólo conduce a problemas.

—¡Problemas! —repitió Grave Digger como un eco—. Todo lo que conocen ahí arriba son problemas. Si los problemas fueran dinero, todo el mundo en Harlem sería millonario.

Sonó el teléfono. El comisario cogió el auricular.

—¿Sí…? Sí, mándalo para arriba. —Dejó el auricular en su sitio y dijo—: Es el informe de Balística. Viene para acá.

—Excelente —comentó el jefe—. Metámoslo en el expediente y cerremos el caso de una vez. Era un asunto sucio de principio a fin y estoy puñeteramente harto de él.

—Muy bien —convino el comisario.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo.

El teniente de Homicidios que había trabajado en el caso entró y puso encima de la mesa del comisario la pistola de fabricación casera y el abollado perdigón de plomo que había sido extraído del cerebro del hombre asesinado.

El comisario cogió el arma y la estudió con curiosidad.

—¿Así que esto es una pistola casera?

—Sí señor. Está fabricada a partir de una pistola de juguete de hojalata común y corriente. El cañón de la pistola de juguete se corta con una sierra y en su lugar se encaja esta sección de una tubería de latón gruesa. Ve, está soldada al armazón; luego se sujeta en su sitio con cables ajustables para conseguir mayor estabilidad. El cartucho va directamente dentro el cañón, y después se inserta este clip para evitar que el tiro salga para atrás. El percutor va soldado al martillo original. En esta se ha hecho a partir de la cabeza y una sección de algo más de medio centímetro de un clavo corriente del seis, limado para que acabe en punta.

—Es más rudimentaria de lo que había imaginado, pero es ciertamente ingeniosa.

Los otros la miraron con aburrida indiferencia: habían visto pistolas caseras anteriormente.

—¿Y esto proyecta una bala con fuerza suficiente como para matar a un hombre, para perforar su cráneo?

—Sí señor.

—Bueno, bueno, así que esta es el arma que mató a Galen y que a su vez condujo a la muerte del chico que la hizo.

—No señor, esta arma no.

—¡¿Qué?!

Todos se pusieron derechos en sus sillas, con los ojos como platos y las bocas abiertas. El teniente no habría podido causar mayor impacto si hubiera dicho que habían robado y se habían llevado fuera de la ciudad el Empire State.

—¡¿Qué quiere decir con «esta arma no»?! —rugió el jefe.

—Es lo que venía a decirles —explicó el teniente—. Esta arma dispara una bala del calibre 22. Contenía el casquillo de un cartucho del 22 cuando la encontró el sargento. Galen fue asesinado con un calibre 32 disparado desde una pistola más potente.

—Allá vamos otra vez —dijo Anderson.

—¡Y un cuerno allá vamos! —bramó el jefe como un toro enfurecido—. Los periódicos ya han publicado la historia de que fue asesinado con esta arma y se han puesto como locos con ella. Seremos el hazmerreír del mundo.

—No —señaló el comisario en voz baja pero firme—, hemos cometido un error, eso es todo.

—¡Y un cuerno! —replicó el jefe, totalmente rojo de cólera—. Yo digo que el hijo de puta fue asesinado con esa arma y que ese niñato que está tirado en el depósito lo hizo, y me importa un carajo lo que diga Balística.

El comisario miró sus caras de uno en uno con gesto serio. Podía verse en sus ojos que no cabía discusión alguna, pero esperó a que alguno de los demás hablara.

—No creo que merezca la pena reabrir el caso —opinó el teniente Anderson—. Galen no era un personaje especialmente encantador.

—Encantador o no, tenemos al asesino y esa es el arma y no hay más que hablar —insistió el jefe.

—¿Podemos permitirnos dejar libre a un asesino? —preguntó retóricamente el comisario.

Volvió a mirar sus caras de uno en uno.

—Este —dijo Grave Digger con voz áspera— le ha hecho un favor a la comunidad.

—No nos corresponde a nosotros juzgar eso, ¿no es cierto? —señaló el comisario.

—Usted tendrá que decidir eso, señor —contestó Grave Digger —, pero sí me asigna a la búsqueda del asesino, renuncio.

—Eh, ¿cómo? ¿Renunciar al cuerpo?

—Sí señor. Estoy seguro de que el asesino no volverá a matar nunca más y no voy a buscarlo para que pague por este asesinato, incluso si eso me cuesta el trabajo.

—¿Quién lo mató, Jones?

—No sabría decirle, señor.

El comisario tenía gesto serio.

—¿Tan malo era?

—Sí señor.

El comisario miró al teniente de Homicidios.

—Pero esta pistola casera fue disparada, ¿no es así?

—Sí señor. Pero he hablado con todos los hospitales y con la comisaría de Harlem y no ha habido ningún aviso de heridos por arma de fuego.

—Alguien podría haber resultado herido y no haberlo comunicado por miedo.

—Sí señor. O la bala podría haber impactado inofensivamente contra un edificio o un automóvil.

—Cierto. Pero están los otros chicos involucrados. Se les podría acusar de complicidad. Si se demuestra que eran sus cómplices, se enfrentan a la pena máxima por asesinato.

—Sí señor —respondió Anderson—, pero está prácticamente demostrado que el asesinato, o más bien, el disparo de la pistola casera por parte del chico, no fue premeditado. Y los otros no sabían nada de su intención de disparar a Galen hasta que fue demasiado tarde para impedírselo.

—Según sus declaraciones.

—Bueno, sí señor. Pero depende de nosotros aceptar sus declaraciones u obligarles a comparecer ante el jurado de acusación para que sean procesados. Si no los acusamos del cargo de complicidad durante la audiencia, el tribunal sólo los multará por alteración del orden público.

El comisario volvió a mirar al teniente de Homicidios.

—¿Quién más sabe esto?

—Nadie fuera de este despacho, señor. Balística nunca tuvo el arma: sólo la bala.

—¿Lo sometemos a votación? —preguntó el comisario.

Nadie dijo nada.

—Ganan los síes —decretó el comisario. Cogió el pequeño perdigón de plomo responsable del asesinato de un hombre—. Jones, hay una azotea en lo alto de un edificio del otro lado del parque. ¿Cree que podrá lanzar esto de modo que aterrice allí?

—Si no puedo señor, es que no me llamo Don Newcombe[10] —respondió Grave Digger.

18

El viejo bloque de apartamentos en el 2702 de la Séptima Avenida estaba profusamente decorado con adornos de inspiración griega procedentes de los días en que Harlem era un barrio blanco de moda y los suburbios negros se concentraban alrededor de San Juan Hill, en la parte oeste de la calle 42.

Grave Digger empujó la rajada puerta de vidrio y buscó el nombre de Coolie Dunbar en la fila de buzones fijados con clavos a la pared del vestíbulo. Lo encontró en una tarjeta cubierta por diminutos excrementos de mosca, seguido del número del apartamento: 3-B.

El ascensor automático, uno de los primeros que se fabricaron, estaba estropeado.

Remontó la lóbrega y antigua escalera hasta el tercer piso y llamó a la puerta que quedaba a mano izquierda frente a ella.

La abrió una mujer de mediana edad y piel color café con cara de preocupación, que dijo:

—Coolie está en el trabajo, y ya le hemos dicho a su gente que iremos a pagar el alquiler a la oficina cuando…

—No vengo a cobrar el alquiler, soy detective —se presentó Grave Digger, enseñando fugazmente su placa.

—¡Oh! —el gesto de preocupación pasó a ser de temor—. Usted es el compañero del señor Johnson. Pensé que ya habían terminado de interrogarla.

—Casi. ¿Puedo hablar con ella?

—No veo por que tienen que seguir molestándola si no han acusado de nada a la hija del señor Johnson —se quejó desde su

puesto de guardia—. Las dos estuvieron juntas en el asunto.

—No voy a arrestarla. Simplemente me gustaría hacerle unas pocas preguntas para aclarar los últimos detalles.

—Ahora está en la cama.

—Me da igual.

—Está bien —accedió ella de mala gana—. Entre. Pero si tiene que arrestarla, quédesela. Esa chica ya nos ha deshonrado bastante a Coolie y a mí. Somos miembros respetables de la parroquia…

—Estoy seguro de ello —la cortó—, pero se trata de su sobrina, ¿no es así?

—Es sobrina de Coolie. En mi familia no hay descarriados.

—Tiene suerte —comentó él.

Ella frunció los labios y abrió una puerta situada junto a la cocina.

—Aquí hay un policía que quiere verte, Sissie —la llamó.

Grave Digger entró en el pequeño dormitorio cerrando la puerta tras de sí.

Sissie estaba tumbada en una cama estrecha con la manta subida hasta la barbilla. Al ver a Grave Digger, sus ojos, hinchados y enrojecidos por el llanto, se abrieron llenos de terror.

Él se acercó la única silla que había y se sentó en ella.

—Eres una niña con mucha suerte —dijo—. Te has librado por los pelos de ser una asesina.

—No sé a qué se refiere —susurró ella aterrada.

—Escucha —continuó él—. No me mientas. Me encuentro hecho polvo y vosotros, niños, ya habéis conseguido deprimirme más de lo que lo he estado en toda mi vida. No sabéis el infierno que supone a veces ser policía.

Ella lo miraba como un gatito medio salvaje listo para huir en cuanto se le presentara ocasión.

—Yo no lo maté. Fue Sheik —susurró.

—Sabemos que fue Sheik —dijo en tono inexpresivo. Parecía totalmente exhausto—. Escucha, no he venido como policía. He venido como amigo. Ed Johnson es mi mejor amigo y su hija es tu

mejor amiga. Eso debería convertirnos en amigos a ti y a mí. Como amigo, te digo que tenemos que deshacernos de la pistola.

Ella dudó, discutiendo consigo misma, y luego dijo rápidamente antes de que pudiera cambiar de opinión:

—La tiré a una alcantarilla en la calle 128, cerca de la Quinta Avenida.

Él dejó escapar un suspiro.

—Me vale. ¿Qué tipo de pistola era?

—Era una 32. Tenía dibujada una cabeza de búho en el mango, y tío Coolie la llamaba así, «Cabeza de búho».

—¿La ha echado en falta?

—No la encontró en el cajón esta mañana cuando salía para el trabajo y le preguntó a la tía Cora si la había puesto en otro sitio. Pero todavía no me ha dicho nada. Llegaba tarde a trabajar y pienso que quiso darme todo el día para que la devolviera al cajón.

—¿La necesita en su trabajo?

—Oh, no, trabaja en un garaje del Bronx.

—Muy bien. ¿Tiene un permiso para el arma?

—No señor. Por eso está tan preocupado.

—Vale. Ahora escucha. Cuando te pregunte por ella esta noche, dile que la cogiste para protegerte del señor Galen, y que con el jaleo te la dejaste en el cuarto de Sheik. Dile que yo la encontré allí, pero que no sé a quién pertenece. No volverá a sacar el tema.

—Sí señor. Pero se va a enfadar muchísimo.

—Bueno, Sissie, no puedes salir libre de todo castigo.

—No señor.

—De todas formas, ¿por qué disparaste al señor Galen? Ahora me lo puedes contar, dado que ya da igual.

—No lo hice por mí —respondió ella—. Lo hice por Sugartit: Evelyn Johnson. Andaba detrás de ella todo el rato y tenía miedo de que la encontrara. A ella le gusta hacerse la lanzada y a veces hace locuras, y yo tenía miedo de que él la encontrara y le hiciera lo que me hizo a mí. Eso la habría destrozado. Ella no es huérfana como yo, sin nadie que se preocupe realmente de lo que le ocurra: ella

viene de una buena familia, con un padre y una madre y un buen hogar, y no iba a dejar que él la destrozara.

Él estaba allí escuchándola, un duro y fornido policía de rostro curtido, con aspecto de ponerse a llorar en cualquier momento.

—¿Cómo planeabas hacerlo? —preguntó.

—Oh, tan sólo iba a dispararle. Me había citado con él en el Inn en mi nombre y el de Sugartit, pero no iba a llevarla a ella conmigo. Iba a hacer que me llevara en su coche a algún sitio diciéndole que íbamos a recogerla, y después iba a dispararle y a huir. Cogí la pistola de tío Coolie y la escondí en el vestíbulo de abajo en un hueco de la pared, para poder cogerla cuando me fuera. Pero antes de que llegara la hora de irme, Sugartit vino aquí. Yo no la esperaba y no podía decirle que quería irme, así que se me hizo tarde antes de que pudiera librarme de ella. La dejé en el metro de la calle 125, pensando que se iría a casa, y después eché a correr hacia Lenox para encontrarme con el señor Galen; pero cuando llegué vi todo el jaleo. Entonces le vi a él venir corriendo calle abajo con Sonny persiguiéndole y disparándole con un arma. Parecía que la mitad de Harlem estaba corriendo detrás de él. Me metí entre la multitud e hice lo mismo, y cuando le alcancé en la calle 127 vi que Sonny iba a dispararle otra vez, así que yo también disparé. No creo que nadie me viera hacerlo siquiera: todo el mundo estaba mirando a Sonny. Pero cuando le vi caer y todos los Musulmanes con sus disfraces se acercaron corriendo y lo rodearon tuve miedo de que me viera alguno de ellos, así que corrí hasta rodear el bloque y tiré el arma a una alcantarilla; después volví a casa de Caleb por el otro lado y fingí no saber lo que había ocurrido. En ese momento no sabía que habían disparado a Caleb.

—¿Le has contado esto a alguien más?

—No señor. Cuando vi a Sugartit entrar a hurtadillas en casa de Caleb, quise decirle que yo le había disparado, porque sabía que ella había vuelto en su busca. Pero Choo-Choo había dejado escapar que Sheik llevaba su pistola casera y después, cuando Sonny dijo que su pistola sólo disparaba balas de fogueo, supe inmediatamente

que había sido Sheik quien le había disparado; y tuve miedo de decir nada.

—Muy bien. Ahora escúchame. No se lo cuentes a nadie más. Yo tampoco lo haré. Será algo entre tú y yo, nuestro propio secreto privado. ¿Vale?

—Sí señor. Puede apostar a que no se lo diré a nadie más. Tan sólo quiero olvidarlo, si es que lo consigo alguna vez.

—Muy bien. No creo que haya necesidad alguna de recordarte que te mantengas alejada de malas compañías; ya deberías haber aprendido la lección.

—Eso haré, lo prometo.

—Muy bien. Bueno, Sissie —terminó Grave Digger, poniéndose lentamente en pie—, tú te lo buscaste; si las cosas no han salido como querías, no te quejes.

Era la hora de visita del día siguiente en la cárcel de Centre Street.

Sissie dijo:

—Te he traído algunos cigarrillos, Sonny. No sabía si tenías una chica que te los trajera.

—Gracias —contestó Sonny—. No tengo chica.

—¿Cuánto tiempo crees que te echarán?

—Sei meses, supongo.

—Tanto. Solamente por lo que hiciste.

—No les gusta que la gente ande disparándole a nadie, incluso si no les das, o incluso si sólo'stás disparando balas de fogueo como yo.

—Ya lo sé —dijo ella de forma comprensiva—. Puede que no hayas salido tan mal parado.

—No me quejo —bromeó Sonny.

—¿Qué vas a hacer cuando salgas?

—Volvé a limpia botas, imagino.

—¿Qué pasará con tu salón de limpieza de calzado?

—Ah, lo perderé, pero abriré otro.

—¿Tienes coche?

—Tuve uno, pero no pude mantenerm'al día con los plazos y me lo quitaron.

—Necesitas una chica que cuide de ti.

—Claro, ¿y quién no? ¿Qué vas a hacé tú, ahora que tu novio'stá muerto?

—No lo sé. Sólo quiero casarme.

—Eso no debería sé difícil pa ti.

—No conozco a nadie que quisiera estar conmigo.

—¿Por qué no?

—He hecho un montón de cosas malas.

—¿Como qué?

—Me daría vergüenza contarte todo lo que he hecho.

—Escucha, pa'nseñarte que no m'asusta na que pudieras habé hecho, quiero que tú seas mi chica.

—Ya no quiero andarme con juegos.

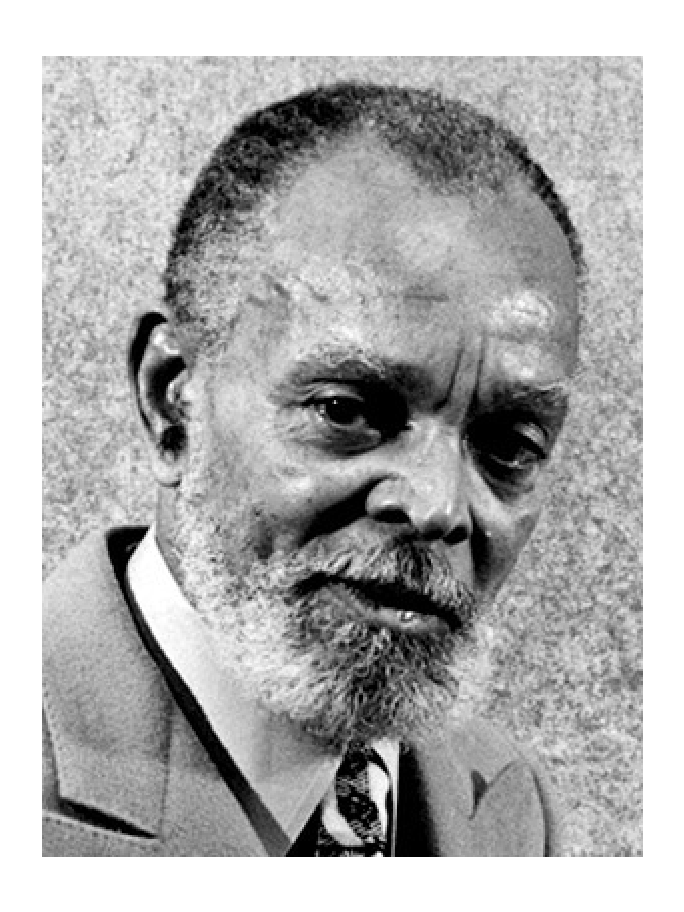
—¿Quién está hablando de juegos? Toy hablando'n serio.

—Por mí vale. Pero hay algo que tengo que contarte primero. Es sobre Sheik y yo.

—¿Qué es?

—Voy a tener un bebé para cuando salgas de la cárcel.

—Bueno, eso cambia las cosas —dijo él—. Mejó nos casamos ya mismo. Hablaré con los jefes a vé si puen arreglarlo.



CHESTER BOMAS HIMES. (Jefferson City, Missouri, EEUU, 1909 – Moraira, Alicante, España, 1984) fue un escritor afroamericano, conocido sobre todo por sus novelas de serie negra, aunque también practicó otros géneros. Hijo de una familia de clase media, Chester Himes creció en Missouri y Ohio. Estudió en el instituto de Cleveland (Ohio) y en la Universidad de Columbus, de donde fue expulsado en 1926 tras su detención por participar en un robo. Por aquel entonces ya se desenvolvía en ambientes delictivos y de juego. Pudo evitar la cárcel, pero, dos años después, ingresó en prisión por robo a mano armada con una condena de 20 años. Durante su encierro comenzó a escribir relatos cortos y a publicarlos en revistas. El primero apareció en 1934.

Puesto en libertad en 1935, desempeñó diversos oficios y siguió escribiendo hasta que en 1945 publicó su primera novela, *If he*

hollers let him go! (Si grita, déjalo ir), que obtuvo un gran éxito y le permitió dedicarse a la literatura.

En 1953, siguiendo el ejemplo de otros escritores americanos, como Ernest Hemingway, Himes comienza a pasar largas temporadas en Francia, en donde es un escritor popular; hasta que, en 1956, cansado del racismo de su país, se instala permanentemente en París, en donde coincide con los también escritores afroamericanos Richard Wright y James Baldwin.

Es en esta época cuando comienza la serie de novelas de género negro policial que protagonizan los detectives de Harlem «Ataúd» Ed Johnson y «Sepulturero» Jones («Coffin» Ed Johnson y «Grave Digger» Jones), que le haría mundialmente famoso y lo pondría a la altura de otros reconocidos autores del género, como Dashiell Hammett o Raymond Chandler.

En 1969, Himes se trasladó a vivir a Moraira (Alicante, España), en donde falleció en 1984.

Aunque las novelas y relatos de Himes pertenecen a varios géneros, especialmente el policial y el de denuncia política, todas tienen en común el tratamiento del problema racial en los Estados Unidos.

La serie de novelas más popular de Himes fue la que presenta a los detectives «Ataúd» Ed Johnson y «Sepulturero» Jones, de la policía de Nueva York, que prestan servicio en Harlem. Las narraciones se desarrollan en un tono sarcástico y despliegan una visión fatalista de la vida en las calles del barrio negro. Los títulos más conocidos de la serie son: *Por amor a Imabelle (For love of Imabelle*, 1957), *Todos muertos (All shot up,* 1960), *El gran sueño del oro (The big gold dream*, 1960), *Algodón en Harlem (Cotton comes to Harlem*, 1965), *Empieza el calor (The heat's on,* 1966), y *Un ciego con una pistola (Blind man with a pistol*, 1969).

Notas

[1] Famoso gánster de origen alemán. *(N. del T.)* <<

[2] Referncia a Dutch Schultz. En inglés coloquial, el gentilicio *Dutch* («holandés») se aplica también a los alemanes y a su idioma. *(N. del T.)* <<

[3] Término usual a principios de siglo para designar a los gánsteres más duros y peligrosos. Corrupción del término yidis *ihtarker*. *(N. del T.)* <<

[4] El picudo del algodonero recibe el nombre de *boll weevil* en inglés. *(N. del T.)* <<

[5] *Samson* es el nombre anglosajón del sansón bíblico. *(N. del T.)* <<

[6] Justice Broome suena igual que «escoba de la justicia», Un nombre ciertamente ridículo. *(N. del T.)* <<

[7] Inky significa «manchado de tinta». *(N. del T.)* <<

[8] *Sheik* significa «jeque». Un apodo apropiado para el líder de una banda. *(N. del T.)* <<

[9] Referencia a la cárcel de Tombs («tumbas»), construida en 1838 y reformada por primera vez en 1902. *(N. del T.)* <<

[10] Don Newcombe fue uno de los primeros jugadores de béisbol negros que obtuvieron fama en las Grandes Ligas estadounidenses. Pitcher de extraordinarias cualidades, recibió varios premios a lo largo de su carrera deportiva en las filas de los Brooklyn/Los Angeles Dodgers, los Cincinnati Reds y los Cleveland Indians entre 1949 y 1960. *(N. del T.)* <<